La chica de las abejas

murto diaz

Image not found.

Capítulo 1

1

Ausente, estrechaba la mano al cortejo fúnebre que ante él desfilaba.

Su retina reflejaba, uno a uno, esos rostros desconocidos. Al igual que un ciclo infinito oía, una y otra vez, las mismas frases protocolarias.

Mientras permanecía de pie, al lado de su madre y su hermano, veía desfilar cuerpos enfundados en sobrias vestimentas.

La mayoría de los asistentes eran conocedores de la inexistente relación entre él y su padre. Aun así, le mostraban sus condolencias y su más sentido pésame.

El funeral de su padre tocaba su fin y, aún a estas alturas, se preguntaba el sentido que tenía el estar allí.

Hacía más de cinco años que no se dirigían la palabra. Más de tres que no se habían visto. Ni tan siquiera acudió a la llamada de su hermano, meses atrás, cuando le comunicó que su padre había sufrido un infarto y estaba ingresado grave en el hospital. Pero esta vez, esta vez no pudo negarse a ir. Una llamada de su madre, a las tantas de la madrugada, le comunicaba que su padre había fallecido. Le pidió por favor que no faltara al funeral. A eso no se podía negar. Pocas habían sido las veces que su madre le había pedido algo, y en ninguna de ellas se había podido negar.

Y… ahí estaba él, representando un papel con el que se sentía incómodo. Rodeado de falsas apariencias, de hipocresía, de falsedad.

- Mi presencia en todo este circo ya no es necesaria. – le susurró a su madre al oído.
- No creo que sea oportuno… - protestó ella en voz baja, a la vez que estrechaba la mano de uno de los asistentes.
- Te espero en la salida. – contestó con decisión.

Sin dudar comenzó a caminar, dejando a sus dos únicos familiares recibiendo las condolencias por tan irreparable pérdida.

Se desabrochó los botones de la chaqueta, se deshizo el nudo de su corbata y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Caminó cabizbajo por los senderos del cementerio hasta llegar al puesto de flores. Compró un ramo de lirios blancos y tras pagar el importe, continuó su

camino.

Al llegar al lado de la tumba de ella, se arrodilló. Pasó su mano derecha por la lápida, rozando con la yema de sus dedos las letras talladas sobre el frío mármol blanco. Bajó la cabeza, cerró sus ojos y un profundo suspiro salió de lo más hondo de su ser. Después de unos segundos, volvió a abrir los ojos, dirigiendo su mirada hacia el ramo de lirios. Lo dejó con delicadeza frente a la lápida, sustituyendo el que había.

- Hola… - dijo con voz entrecortada. – Aquí tienes tus lirios, mi amor. De todo lo que te prometí, esto es lo único que puedo seguir cumpliendo… Te prometí un ramo de flores cada día. Aquí lo tienes, tus favoritos. Lirios blancos de corazón amarillo. – después de pronunciar estas palabras guardó silencio.
- *Sabes que esto no es necesario. ¿Cuántas veces he de repetírtelo?* – dijo una voz situada a su lado.

Giró la mirada y allí la vio, arrodillada a su lado, con su imborrable sonrisa dibujada en su rostro. Vestida con un traje negro y su pelo recogido en un inmaculado moño.

- El color negro no te sienta bien.
- *La ocasión lo requería.* – le respondió.
- Él no se merecía tu presencia. No tenías por qué haber venido. – le regañó.
- *No he venido por él. Deberías saberlo. He venido por ti. No quería dejarte sólo en este trance. Sé que no te gustan los funerales.* – le dijo con dulzura.
- No tienes de qué preocuparte. Esto no ha sido más que una simple parodia. Una función teatral representada por lo más selecto de nuestra sociedad. No sé ni por qué he venido.
- *Es el funeral de tu padre. Eso justifica con creces tu asistencia.* – le aclaró.
- ¿Mi padre? Tú mejor que nadie deberías saber que hace años que dejó de serlo. Hace años que dejó de desempeñar ese papel. – contestó de mal humor.
- *¿Y tu madre? Ella te pidió que vinieras. Es motivo más que suficiente. No pensarías dejarla sola en medio de ese circo de fieras.* – le recordó.
- Puede que ella tampoco debiera estar aquí. Menuda hipocresía. – continuó protestando.

- Siento interrumpir. - se disculpó Carlos acercándose a él.
- ¿Qué ocurre? – preguntó cerrando sus ojos.
- Todo ha terminado. Tu madre y tu hermano esperan en la salida. Al llegar y no encontrarte… Pensé que estarías aquí. – le aclaró su amigo.
- No creo que hayas tenido que pensar mucho para llegar a esa deducción. – respondió con mala educación.
- ¿Qué te ocurre, tío?! No lo pagues conmigo. Creo que soy el menos

indicado para aguantar tu mala leche. Yo no tengo la culpa de nada. – protestó Carlos.
- Perdona. ¿Vamos? – propuso levantándose.

Ambos emprendieron el camino hacia la salida del cementerio. Caminaron en silencio, uno al lado del otro.

- ¿Todo bien, Jorge? – le preguntó su madre con preocupación. Él no respondió, se limitó a dirigirle una mirada desafiadora.
- Será mejor que nos marchemos. Debemos pasar por el bufete de abogados antes de regresar a casa. – dijo su hermano Rubén.
- ¿Es necesario hacerlo ahora, cariño? ¿No podría posponerse? – preguntó su madre.
- No, mamá. Es necesario hacerlo cuanto antes. De no ser así…
- De no ser así… - interrumpió irónico Jorge a su hermano.
- ¿Perdona? – replicó Rubén.
- Hablas cómo el viejo. Dentro de poco acabarás comportándote cómo él. ¿Me equivoco? – le reprochó a su hermano.
- Si, ¡te equivocas! Puede que el hecho de llevar cuatro años al lado de nuestro padre, ocupándome de los negocios de la familia, a los que tú dejaste completamente de lado, hayan hecho que eso sea así. – le contestó desafiante.
- Sí, claro. Perdona, olvidaba que en esta familia tú eres el hijo responsable. Yo tan solo soy el garbanzo negro. El que no consintió someterse a los deseos explícitos de ese que tú llamas nuestro padre. Soy ese que ha logrado emprender sus propios negocios, sin aceptar las migajas que el viejo nos tiraba con caridad. – le contestó con superioridad en el tono.
- ¡Sigues siendo el mismo cabrón orgulloso y egoísta de siempre! De sobras deberías saber el por qué me he mantenido en esta posición. ¡Para mí no ha sido fácil! Lo fácil hubiera sido adoptar tu aptitud. Desaparecer y dejar que todo esto hubiera acabado en manos de esa puta con aspiraciones de marquesa.
- ¡Basta ya! – gritó su madre. - ¿Queréis dejarlo ya! Este no es el lugar ni el momento para mantener esta discusión. – les interrumpió.
- Mejor que te calles, mamá. – dijo Jorge.
- ¿Ahora vas a mandarme callar, Jorge? – preguntó encolerizada.
- En estos momentos, tú eres la menos indicada para hablar. Nunca hubiera imaginado esto de ti. Después de todo por lo que te hizo pasar. Después de tantos años. Tienes el valor de asistir a su funeral. Y no contenta con ello, te enfrascas en el papel de la señora Escuredo. Te admiro. En serio, admiro tu entereza a la hora de recibir las condolencias por alguien con el que hace años que no convives. Alguien que te humilló. Tu hipocresía a la hora de ejercer el papel de esposa… Cuando la verdadera señora Escuredo, en la actualidad, estaba sentada a tan solo dos filas de ti. Esa que hace años ocupó tu lugar. Aunque puede que tu

lugar en la cama lo ocupara mucho antes…

Sin darle tiempo a concluir la frase, Caroline, su madre, le asestó una inesperada bofetada que lo acalló de golpe.

A tan solo unos metros de ellos, en el puesto de flores de la entrada, estaba Elisabeth ajena a toda aquella discusión. Centrada en la elección de un ramo de flores. Finalmente se decantó por un ramillete de margaritas amarillas. Abonó el importe a la dependienta y continúo su camino.

Inesperadamente, dos abejas hicieron acto de presencia, posándose una de ellas sobre las flores y la otra revoloteando alrededor de su cara. Con nerviosismo, balanceó su mano izquierda, intentando espantarlas. Eso no hizo sino enfurecerlas más, dirigiendo su vuelo hacia su rostro. Su nerviosismo aumentó al recordar su alergia a las picaduras de abeja. Movió con más intensidad sus brazos intentando alejar a aquellos indeseables insectos de su camino.

Caminaba hacia atrás, a la vez que incesable intentaba deshacerse de esos molestos voladores que habían arremetido contra ella y su ramillete de flores. Sin ser consciente de ello, dirigió sus pasos hacia donde se encontraba Jorge discutiendo con su familia, chocando fuertemente con la espalda de él.

Tal fue la inesperada embestida, que lo hizo tambalear avanzando unos pasos y haciendo que ella perdiera el equilibrio y acabara cayendo al suelo, quedando sentada de culo en medio de la comitiva fúnebre.

Todos sorprendidos ante la escena, guardaron silencio y por unos instantes dirigieron sus miradas hacia ella, sentada en el césped con el ramillete medio descompuesto a su lado.

Elisabeth, sin prestar demasiada atención a lo que su traspiés había provocado, se afanó a recoger las margaritas del suelo.

- ¿Se encuentra bien, señorita? – se aventuró a preguntar Caroline ante el silencio del resto.
- Eh…. Si, si… Perfectamente. Perdón. Perdónenme… - se comenzó a excusar al darse cuenta de lo que su torpeza había provocado.

Jorge se giró y mirándola fijamente le tendió la mano, invitándola a levantarse del suelo.

- ¿Seguro qué se encuentra bien? – le preguntó sin apartar la mirada de sus ojos negros.
- Si, seguro. Lo siento mucho. Lamento este estúpido incidente. Unas abejas la habían emprendido contra mí y… Soy alérgica, ¿sabe? – le

explicó alzando su mirada hacia él.
- No, la verdad es que no tenía constancia de que fuera alérgica a las picaduras de abeja. Pero a partir de ahora… - comentó sonriente.
- Lo siento. Lo siento mucho, he sido una torpe. Casi… ¿le he hecho daño? – se interesó ella.
- No. Aunque el ramillete… - dijo Jorge mirando el ramo descompuesto.

Elisabeth miró fugazmente a todos los allí presentes, que en silencio continuaban observando la escena.

- Lo siento… - se volvió a disculpar antes de emprender nuevamente su camino.

Los ojos de Jorge la siguieron, viéndola alejarse con nerviosismo adentrándose hacia el cementerio, intentado recomponer su ramillete de margaritas.

- ¿Y bien? – retomó Rubén la conversación que había quedado a medias tras el incidente con Elisabeth.
- Yo no pienso ir a ningún bufete. Por mi podéis seguir representado este circo que habéis montado alrededor de toda esta historia. No me interesa nada de lo que esos abogados del demonio tengan que decir. – contestó con rotundidad a su hermano.

Su madre, tras oírlo hablar de aquella forma, lo miró amenazadora, a lo que él contestó manteniéndole desafiante la mirada.

Al final, Caroline y Rubén, desistieron del intento de hacerle recapacitar su decisión. Sabían que en ese momento todo seria inútil. Sabían del rencor que hacia su padre habitaba en su interior. Abandonaron el cementerio. Tan sólo su incondicional amigo Carlos permaneció a su lado.

- ¿Nos marchamos? Te invito a una copa. - le propuso.
- Gracias, pero prefiero quedarme un rato. – le contestó Jorge.
- ¿Un rato? Joder tío, esto es un cementerio. – protestó.
- Un lugar idóneo para descargar tensión y desconectar.
- Yo prefiero descargar tensiones de otra forma. – le aclaró irónico. – Pensaba que tú opinabas lo mismo.
- A veces. Hoy, prefiero quedarme aquí un rato. Luego nos vemos.
- ¿Por qué te empeñas en martirizarte de esa forma? El volver a sentarte frente a su tumba a mirar fijamente su lápida, preguntándote una y mil veces el por qué, no va a solucionar nada. Todo continuará igual. El pasado no se puede cambiar. ¿Cuándo vas a querer superarlo? – le regañó a su amigo.
- Nunca. Luego nos vemos. – volvió a decirle alejándose de él.
- ¡Jorge! No tienes coche. – le recordó Carlos.
- Volveré en taxi. No te preocupes. Ve a descargar tus propias tensiones.

Luego nos vemos.

Caminó sin rumbo, con la mente perdida en pensamientos del pasado. Se sentó en un banco, buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un paquete de tabaco, se encendió un cigarrillo y aspiró por la boquilla hasta inundar sus pulmones con el humo. Levantó la vista hacia el infinito, y allí, a mitad de camino, la vio. Limpiando las crecidas hierbas que rodeaban una tumba. Se quedó observándola. Sin saber por qué, observó con atención sus movimientos. Observó su figura. Se preguntaba para quién serían esas flores. A quién habría venido a ver. De quién sería esa lápida que con tanto cariño limpiaba.

Allí quedó, embobado mirándola, perdiendo la noción del tiempo hasta que por fin la vio levantarse y dirigirse hacia el caminito que zigzagueante, la conducía hacia la salida, obligándola a pasar a tan solo unos metros del banco dónde él estaba sentado.

Al pasar delante de él desvió sus ojos y sus miradas se encontraron. Ambos se observaron descaradamente, en silencio, manteniéndose la mirada fija el uno en el otro.

Elisbeth no detuvo su paso. Continuó su camino. Jorge la siguió con la vista hasta que desapareció de su alcance.

Capítulo 2

- ¡Eli, el teléfono! Es para ti. – gritó su padre desde el comedor.

Con una cinta métrica colgando de su cuello, acudió a la llamada.

- ¿Dígame?
- ¿Se puede saber dónde tienes el móvil? Llevo toda la tarde llamándote. – protestó Marta.
- Pues…
- Déjalo estar, debería estar acostumbrada. Prepárate que paso a buscarte. Esta noche salimos. – le dijo con decisión.
- No, Marta. Esta noche…
- No admito un no por respuesta. En una hora paso a buscarte. – volvió a decirle.
- No puedo. Estoy acabando el disfraz de Cristina. Quiero tenerlo listo para cuando regrese. Se lo prometí. – se excusó intentando disuadir a su amiga.
- Y lo tendrás, de eso no me cabe la menor duda. Pero esta noche salimos. – insistió.
- No, en serio, Marta. Esta noche no puedo salir. – volvió a negarse.
- Elisabeth, esta noche no puedes echarle la culpa al trabajo. Hoy no curras. Así que no hay más que hablar. Te paso a recoger en una hora. Y si no estás lista, te sacaré por los pelos de tu casa, tal y cómo estés.
- Vale… En una hora. Pero si no tengo listo el disfraz serás tú la encargada de explicárselo.
- De acuerdo. Yo me encargaré de explicarle el porque su madre no ha tenido tiempo de acabárselo. Es más, me comprometo a acabárselo yo misma. – le afirmó con seguridad.
- ¿Tú? ¿Acabárselo? Déjalo Marta, eso es tan imposible cómo encontrar la rana que se convierte en príncipe. – contestó en mitad de una carcajada.

Colgó el teléfono y se dirigió nuevamente hacia la habitación. En el pasillo se cruzó con Pablo, su padre.

- Hubiera sido mejor ir a la tienda a comprarle el disfraz a la niña. – le comentó.
- ¡Papá! – protestó. – Gracias por tu confianza.
- No se trata de confianza, cariño. Mi confianza en ti es ciega, ya lo sabes. Pero la costura y tú, nunca habéis sido buenas amigas. Reconócelo. Hacer ese disfraz de princesa te está costando sudores. – dijo sonriente.
- Jejeje… Llevas razón. Pero, puedo asegurarte que al final lo conseguiré. Me cueste lo que me cueste, lo conseguiré. Cristina tendrá su disfraz de princesa, tal y cómo le prometí.
- No lo dudo, cariño. No lo dudo. Lo que no veo tan claro es que sea igual

al de la foto. Espero que mi nieta no tenga que ir disfrazada de hada del espacio, en lugar de princesa. Con lo fácil que hubiera sido ir a comprarle uno. No se el por qué de tu insistencia en confeccionarlo tú misma. ¿Qué pretendes demostrar?
- Nada papa, nada. Simplemente me hacia ilusión hacerlo yo misma. Esta noche salgo con Marta. – informó a su padre cambiando el tema de conversación.
- Me parece estupendo. En esta vida todo es necesario, Eli. No lo olvides.

Una hora después, Marta se presentó en su casa.

- Y bien, ¿Cuál es el plan para esta noche? – preguntó Elisabeth subiendo en el taxi.
- Pues… No sabría decirte…., jejeje.

Llegaron a la zona centro de la ciudad. Abonaron el recorrido al taxista y andando llegaron al bar dónde habían quedado con el resto de sus amigos. En un rincón del local, entre risas y copas, llegaron a la media noche. Decidieron cambiar de ambiente.

- Yo me retito. – dijo Elisabeth.
- ¿Cómo? ¿Te rajas? – le preguntó Marta.
- Si. Prefiero volver a casa. Estoy cansada, hoy ha sido un día largo y mañana trabajo.
- ¿Estás segura? Anímate. – insistió.
- No, en serio. Otro día.
- Está bien. Pero que sepas que te lo perderás. La cosa pinta animada.
- Voy al lavabo antes de irme. – le dijo a su amiga dando por zanjada la conversación.
- Mañana te llamo. – se despidió Marta.

Al salir del servicio se dirigió a la barra.

- Una botella de agua, por favor. – le pidió al camarero.

Mientras esperaba, miró a su derecha. En el taburete de al lado había sentado un hombre. Pensativo, miraba hacia su vaso mientras lo hacia girar lentamente entre sus dedos. Lo observó en silencio. Ese rostro le era familiar. Esa cara ya la había visto antes. ¿Dónde? , pensó.

- Su agua. – le dijo el camarero, dejando la botella frente a ella que inmersa en la tarea de recordar dónde había visto esa cara, no lo oyó. - ¡Señorita! Su agua. – le volvió a decir elevando el tono de voz.

Dejó su ensoñamiento y atendió al camarero, que esperaba para cobrar la consumición. Pagó y cogió la botella. Volvió a dirigir su mirada hacia aquel desconocido, chocando con los ojos de aquel hombre de rostro triste que

ahora la observaba.

Durante unos segundos permanecieron mirándose sin decir nada. Simplemente se observaban en silencio. Se mantenían sus penetrantes miradas.

"¡Claro! El chico del cementerio. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Esta misma mañana casi lo tiro al suelo después de mi torpe tropiezo". Pensó.

- Hola, chica de las abejas. – la saludó.

Elisabeth tragó saliva y guardó silencio.

- ¿Crees qué estaré seguro aquí sentado? – le preguntó con burla.
- ¡Qué gracioso! – respondió molesta, con la intención de darse la vuelta e irse.
- Perdona, lo siento. Ese comentario ha sido una estupidez por mi parte. – se disculpó con rapidez.
- Yo no lo hubiera descrito mejor.
- Volvemos a coincidir. Aunque esta vez, sin abejas que te persigan.
- No sé qué es mejor, que me persigan abejas o aguantar tus gracias estúpidas. Menudo gilipollas… - dijo en un susurro.
- Me llamo Jordi. Lamento si mis comentarios te han molestado. – le respondió con seguridad en su tono, a la vez que le tendía la mano. – Me alegro de esta coincidencia. Esta mañana, te fuiste rápido, muy rápido. No me diste tiempo de preguntarte si te habías hecho daño.
- Después del espectáculo… No me pareció oportuno quedarme a tomar café. – comentó con ironía.
- Veo que la chica de las abejas tiene humor, también. – le dijo sonriente.
- ¿Qué tal tu trasero?
- ¿Mi trasero? – preguntó fuera de lugar.
- Si, después del batacazo de esta mañana…
- Bien…, mi trasero bien. – respondió con vergüenza.
- Me alegro. Aunque no creo que las margaritas que llevabas hayan podido decir lo mismo. – observó.
- Bueno…, algunas puede salvar.

Ambos quedaron en silencio, observándose mutuamente.

- Te invito a una copa. – le propuso Jorge.
- … No gracias…, ya tengo agua. – contestó mirando hacia la botella que sostenía en sus manos.
- Pues tómate tú agua aquí conmigo. – le insistió.
- Es que…, ya me marchaba. – se excusó.
- ¿Te esperan? ¿Has quedado? – preguntó con descaro.

Elisabeth no contestó.

- No, no te esperan. Ni tampoco has quedado con nadie, ¿cierto? – volvió a preguntar descarado.
- ¿Y tú qué sabes? – contestó a la defensiva.
- No, no lo sabía. Tu silencio me lo ha dicho.
- ¿Mi silencio?
- Si. Venga, chica de las abejas, tómate algo conmigo. Simplemente me gustaría charlar con alguien. No conozco a nadie en este garito y…, prometo no hacer más bromas fáciles. Siéntate, por favor. – le pidió, señalándole el taburete que había entre ellos.

Ella obedeció.

- No eres de por aquí, ¿verdad? – se aventuró a preguntar, con la intención de iniciar una conversación con ese desconocido.
- Más o menos. – contestó después de darle un trago a su vaso.
- ¿Más o menos? Esa no es una respuesta. – protestó ella.
- Digamos que… Llevo tiempo fuera.
- Es triste regresar para un funeral. Porque…, por eso estabas esta mañana en el cementerio, ¿no?
- ¿Por qué si no se acude a un cementerio? – le devolvió la pregunta, intentado indagar el motivo de la visita de ella.
- No siempre. Hay veces que simplemente se va a visitar a alguien. – le contestó.
- Ese alguien… Debe ser una persona importante. Alguien tan importante como para permanecer más de una hora delante de su tumba. – le dijo con seguridad.
- ¿Me espiabas? – preguntó dirigiéndole una mirada inquisidora.
- No. Por favor, no. Simplemente paseaba y me encontré contigo. No era mi intención…
- Mi madre. Es la tumba de mi madre. Hoy es su cumpleaños. – contestó seria.
- Lo siento. – se disculpó.
- ¿Y tú? Hay millones de lugares más idóneos para pasear que un cementerio, ¿no crees?
- Quizás. Los cementerios me infunden paz, tranquilidad, silencio. Los que allí descansan no se revelarán contra ti.
- Aunque siempre puede aparecer de la nada una despistada, huyendo de unas abejas y hacer que pierdas la estabilidad. Romper esa paz y tranquilidad. – comentó sonriente.
- Eso, no siempre es malo. – le respondió insinuante.
- ¿A no? – preguntó sorprendida.
- No. Gracias a eso estamos tú y yo charlando aquí, ahora. Sino, seguiría enfrascado en mis pensamientos. Bebiendo sólo.
- Beber solo no es bueno. – observó Elisabeth pensativa.
- No. Y beber en compañía de alguien que toma agua, tampoco. Es jugar en desventaja. – le afirmó. – Tómate algo que no sea agua. Yo te invito. –

dijo llamando al camarero.
- Yo lo pago.
- Vale. Si ese es el problema, por mi, vale. - contestó indiferente.

El camarero les sirvió dos nuevas consumiciones.

- ¿Era alguien importante en tu vida? – preguntó ella.
- ¿Cómo dices?
- El funeral. ¿Era de alguien querido?
- No. Querido no. Digamos que se trataba de uno de esos compromisos que no te puedes saltar. Pero no es ninguna pérdida irreparable en mi vida.
- Me alegro. Bueno…, no me mal interpretes… No me alegro de que esa persona haya muerto. Me alegro de que no sea nadie cercano a ti. – comentó con nerviosismo.
- Era mi padre. – le dijo de repente.

Ella se asombró ante esa afirmación. Guardó silencio. No sabía cómo continuar con la conversación sin meter la pata nuevamente.

- Llevábamos años sin vernos y más aún sin hablarnos. Las relaciones por muy estrechas que sean, se mueren si no se alimentan. Puede que te resulte extraño, que te parezca un mal bicho, pero… las cosas no siempre son cómo uno quiere. Sobre todo las relaciones familiares no son siempre cómo estipulan los patrones de la sociedad. A veces, los familiares, por muy cercanos que sean, acaban convirtiéndose en tu peor enemigo. En tu mayor problema. Mejor así. – concluyó.
- Al final, cada uno acabamos teniendo lo que nos merecemos, lo que hemos cosechado.
- ¿Tú crees? – preguntó molesto.
- ¿Tú no?
- No. Siempre no es así. Es más, casi nunca lo es. En la mayoría de los casos esa norma no se cumple. ¿Tu madre se merecía morir? – le preguntó con frialdad.
- No. – contestó tragando saliva y bajando la mirada.
- Seguro que era una buena mujer. Una buena madre. De no ser así, no habrías acudido esta mañana al cementerio. No habrías limpiado su tumba con la delicadeza con la que lo has hecho. No le habrías llevado flores. Esa es una de las afirmaciones más estúpidas que hay. El consuelo de los que se cansan de luchar. Muchos de los que nos rodean, a pesar de ser malas personas, cosechan una vida de éxito, una vida sin baches. Al final mueren, es verdad. Pero ese es el final que nos espera a todos. La muerte.
- Visto de ese modo… - comentó ella.

Pudo ver, a través de los ojos de ese hombre que acababa de conocer, la tristeza que habitaba en su interior. Pudo ver su soledad. Dirigió su

mirada hacia el vaso que sostenía entre sus manos y guardo silencio.

- Eh…, chica de las abejas, no era mi intención ponerte triste. Precisamente pretendía alegrarme un poco con tu conversación, no hacer que tú te entristecieras con la mía. – se disculpó Jorge.
- Ese razonamiento… - susurró.
- No me hagas caso. A veces me dejo llevar por mis gilipolleces. - Mis pensamientos abstractos, como los llama mi amigo Carlos.
- Ah, ¿tienes amigos? – preguntó risueña.
- ¡Claro! ¿Qué pensabas, qué era un bicho solitario?
- No… Simplemente al verte aquí solo. Después de saber que esta mañana has asistido al funeral de tu padre… no se… yo, quizás estaría en estos momentos rodeada de mi gente. De mis amigos más íntimos.
- Tú también estás sola. Aquí sentada a mi lado. Intentando mantener una conversación con alguien que acabas de conocer.
- Es diferente. – contestó rotunda.
- ¿Diferente? ¿En qué? – preguntó frio.
- Hombre…, no compares. Yo he pasado la noche con mis amigos. Justo acaban de marcharse. Sin embargo tú…
- Yo también podría estar con ellos. Es más, puedo asegurarte que había quedado con uno de ellos. He sido yo el que ha elegido estar solo. – le aclaró Jorge.
- Sigo sin entenderte. La soledad, en ocasiones, no es buena aliada. Hay momentos en que es mejor rodearse de gente y olvidarse de lo que sucede a nuestro alrededor. - le aconsejó con sinceridad.
- Puede. Pero hay momentos en que uno no es buena compañía para nadie. La mejor elección es permanecer solo.
- Sigo sin entenderte. Hace un instante me has dicho que te apetecía estar con alguien, hablar con alguien. Es más, me has elegido a mí para mantener una conversación, perdona que te lo diga, sin mucho sentido. Y ahora intentas convencerme de que tu mejor elección era el permanecer sólo. Me estás liando. – una tímida sonrisa se dibujó en el rostro de Jorge al oírla protestar cómo una niña pequeña. – Hombre… veo que sabes sonreír. Deberías hacerlo más a menudo. Tienes una bonita sonrisa. – le comentó Elisabeth al verlo cambiar su gesto.

Los ojos de él se iluminaron, surgieron de la sombra tras la que estaban ocultos. La tristeza que los inundaba desapareció, dando paso a un brillo embelesador. Dejando relucir un verde intenso en su mirada. Ella lo observaba, embobada en el blanco de su sonrisa, en la luz que, de pronto, había comenzado a radiar todo su ser. Parecía estar delante de un hombre muy distinto al que hacia unos minutos había comenzado esa extraña conversación con ella.

- No intentes huir del pasado. Si lo haces con demasiado ímpetu e insistencia, te perseguirá, oprimiéndote hasta dejarte sin aire, sin espacio. El pasado es mejor dejarlo allí, en el pasado. Lo mejor es mirar hacia delante. Solo de esa forma se puede labrar el nuevo porvenir que nos

espera a cada uno de nosotros. El pasado no se puede cambiar, por mucho que nos empeñemos en que así sea. Sin embargo, el futuro no esta escrito. Lo escribimos con nuestro día a día. Es lo único que podemos definir, el futuro. El pasado ya esta definido y finiquitado, es una tontería luchar contra eso. Lo hecho, hecho está.

Después de pronunciar estas palabras con decisión y contundencia, Elisabeth le dio un trago a su vaso, acabándose el líquido que en su interior había. Jorge la observo con sorpresa. De un solo trago se acabó el whisky que momentos antes le había servido el camarero. Dejo el vaso en la barra con autoridad.

- Creo que te estás quedando atrás, señor de mirada triste. – le dijo sonriente.

Él la miró acentuando su sonrisa y la imitó, acabándose su copa. Después llamo al camarero y pidió dos nuevas consumiciones.

- Estas las pago yo, chica de las abejas. – dijo a la vez que sacaba la cartera de su pantalón.
- Y, ¿Quién te ha dicho que yo quisiera otra? – preguntó sonriente.
- Tu sed. Hacia tiempo que no veía a una chica acabarse de un solo trago un malta de reserva. – le afirmó sin borrar la sonrisa de su cara.
- Pues, eso debe ser porque hace mucho tiempo que no sales. O que no frecuentas los lugares adecuados para ello. – le aseguró.
- Puede que en eso lleves razón. – le afirmó.
- ¿Cuánto tiempo llevas fuera? –preguntó con decisión.
- Unos cuatro años.
- Bueno…, eso es bastante tiempo. Según se mire. En cuatro años…, un mismo lugar puede cambiar hasta volverse irreconocible. ¿Has estado en el extranjero? – le volvió a preguntar.
- A temporadas. Podría decirse que…, si recopilamos el tiempo…, he estado la mitad de él en el extranjero y la otra mitad dentro del país, aunque lejos de aquí. – le explicó pensativo.
- ¿Qué te hizo marchar?- preguntó de nuevo.
- Las circunstancias. – respondió indiferente.
- ¿Las circunstancias? Menuda respuesta. Déjame adivinar… Una discusión con tu padre hizo que acabaras de decidirte a poner espacio de por medio entre los dos. – Jorge no contestó, guardó silencio. – Vale…, lo pillo. No te apetece hablar de ello. Pues no hablemos. Pero te advierto que no soy muy buena interlocutora y que los temas de conversación se me están agotando. Teniendo en cuenta que hace poco más de media hora que te conozco y que…, perdona que te lo diga, eres un tipo bastante cerrado.
- ¿Yo, cerrado?
- Si, tú. Lo único que me has dejado averiguar es que después de llevar un largo tiempo fuera de la ciudad, vuelves para el funeral de tu padre, con el cual no te llevabas bien y…, punto y final. – protestó.
- Yo tampoco se mucho de ti.

- Sabes más que yo de ti.
- ¿A si? – preguntó sonriente.
- Si. Sabes que hasta hace un rato estaba con mis amigos. Que esta mañana he estado en la tumba de mi madre a llevarle un ramo de margaritas por su cumpleaños. Que soy bastante patosa. Eso debería haberte quedado claro esta mañana, después de nuestro casual encuentro. Ah… y estás al tanto sobre mi alergia a esos indeseables insectos. Es mucho más de lo que yo se de ti.
- Puede que así sea. ¿Qué quieres saber? – preguntó Jorge.
- Pues…, no se, así de repente. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Debió de ser un sitio bastante aburrido cómo para no salir de copas.
- México, Puerto Rico, Holanda, Noruega, Dinamarca, Madrid, Bilbao, Alicante…, entre otros. Y si no he salido con asiduidad ha sido porque han sido viajes de trabajo. ¿Contenta?
- Joderrr, menuda lista. ¿Qué eres, piloto o algo así?
- Abogado. – le aclaró.
- ¿Abogado? Pues…, no lo hubiera dicho nunca.
- ¿Y eso? – preguntó sorprendido.
- No se... los abogados que conozco tienen un aspecto muy diferente al tuyo.
- ¿A si? ¿Y, cual es ese aspecto? ¿En que me diferencio de ellos?
- No se. Todos son personas mayores. Su aspecto… Infunden autoridad y seguridad. – dijo titubeando.
- Jejeje. O sea, que te resulto un tipo inseguro y sin autoridad.
- No, no. No quería decir eso. – intentó disculparse.
- Pues es justamente lo que has dicho, chica de las abejas. – respondió sonriente al ver cómo los nervios aumentaban en ella.
- No era mi intención. Aunque, has de reconocer que esta noche no tienes la apariencia de un tipo seguro de si mismo.
- Te asombrarías…- le dijo con seguridad en su tono.
- ¿De qué tendría que asombrarme? – quiso saber Elisabeth.
- De lo seguro que puedo ser cuando me lo propongo. Cuando quiero alcanzar un objetivo. – afirmó con una desafiante mirada posada sobre ella.
- ¿Un objetivo?
- Si, un objetivo. Un propósito. – le repitió.
- ¿Eso es una insinuación? – preguntó fijando sus ojos en él.
- Eso es lo que tú quieras que sea, chica de las abejas. - contestó insinuante.
- Siento decirte que pierdes el tiempo, Jordi.
- ¿Seguro?
- Tan segura como que me acabo esta copa y me marcho.

Sus intensas miradas se volvieron a entrelazar mientras ella daba fin a su consumición.

- ¿Ya has acabado tu interrogatorio? ¿No deseas saber nada más? Estaba preparado para una larga lista de preguntas. – le insinuó.

- Digamos que ya he averiguado todo lo que me interesaba. – contestó a la defensiva.
- Pensaba que eras más curiosa.
- Pues te equivocas. La curiosidad no es mi fuerte. – le respondió Elisabeth con seguridad.
- ¿Y cómo es tu vida? – preguntó Jorge.
- Mi vida… Puede que mi vida no sea tan apasionante cómo la tuya. No está cargada de viajes, ni nada por el estilo. No tengo un trabajo atractivo, cómo el tuyo.
- ¿Qué te hace suponer que mi vida es apasionante? ¿Por qué supones que mi trabajo es atractivo? – le interrumpió.
- No se. Una persona que se pasa la vida viajando a lo largo del globo terráqueo, me hace suponer que tiene una vida emocionante y un trabajo intenso.
- Las cosas, a veces, no son lo que parecen. Muchas veces me he planteado que mi vida seria mejor sin tanto viaje, sin tanta obligación de por medio. Puede que todo fuera más fácil con un trabajo aburrido y monótono. – le aclaró dando un trago a su copa.
- Pues si ese es el problema…, tiene fácil solución. Búscate un puesto de cajero en cualquier supermercado y de esa forma podrías cambiar esa rutina que, según tú, tanto te aburre. – le propuso sonriente.

Jorge la observaba. Embelesado en su sonrisa. Esa chica que acababa de conocer radiaba energía, positividad. Esa positividad que puede que a él le faltara. Desprendía una energía que hacía mucho tiempo que no podía percibir en nadie.

- ¿Qué te gustaría ser de mayor? – le preguntó Elisabeth ante el silencio de él.
- ¿Cómo dices?
- ¿A qué te gustaría dedicarte? Si tanto te agobia lo que haces… Seguro que has pensado en más de una ocasión en qué te gustaría invertir tu tiempo.
- La verdad…, no lo se. Nunca me lo había planteado. – le contestó un tanto fuera de lugar.
- Ese es el principio para todo cambio. Plantearse qué nos oprime, qué nos hace sentirnos mal, qué cambiaríamos de nuestra vida. Sin eso, seguimos estancados, compadeciéndonos de nosotros mismos.
- ¿Qué eres, psicóloga o algo por el estilo? – preguntó sonriente.
- ¿Psicóloga? Nooo. Nunca más lejos de eso.
- ¿Entonces? ¿A qué te dedicas? – preguntó con curiosidad Jorge.
- Trabajo en un hotel.- contestó acabándose su copa.
- Entonces, estarás acostumbrada a ver un sinfín de caras diferentes todos los días. Un ir y venir de personajes. Algo de psicología si se necesita para sobrellevar eso.
- Digamos que en mi puesto, no es precisamente un ir y venir de personas distintas de lo que disfruto. – le aclaró sin decirle exactamente en qué

consistía su trabajo.

Perdieron el cómputo del tiempo que permanecieron sentados en aquella barra de bar. Despreocupados dejaban entrever vagos aspectos de sus respectivas vidas.

Poco a poco, los clientes abandonaron el local hasta quedarse solo ellos. Ellos y los camareros.

Ninguno de los dos fue consciente de esa situación hasta que las luces se encendieron y la música dejó de sonar.

- Nos están pidiendo disimuladamente que nos marchemos, ¿no crees? – comentó Elisabeth.
- Tiene toda la pinta, chica de las abejas.

Ambos se levantaron de los taburetes e iniciaron el camino haca la salida. Elisabeth dirigió la mirada a su reloj de muñeca

- ¡Son casi las cinco de la mañana! – exclamó sorprendida.
- Eso parece. – contestó Jorge sonriente. – El tiempo pasa volando cuando estás a gusto, ¿no crees?
- Ufff! Llevamos horas hablando. – comentó sonriente.
- Contigo el tiempo pasa sin darte cuenta. Eres una buena compañía, una excelente interlocutora, chica de las abejas. Has logrado evadirme de todos los fantasmas que me asolaban esta noche. Has conseguido distraerme hasta hacerme olvidar las preocupaciones con las que entre en ese garito. – le comentó Jorge con nostalgia en la voz.
- Me alegro por ello. Aunque siento decirte que, las preocupaciones continuaran ahí mañana. No tengo el don de hacerlas desaparecer, aunque ya me gustaría, ya. Siendo sincera, si poseyera ese don, empezaría por las mías. Serían las primeras que haría desaparecer. Y los fantasmas… Seguirán ahí mientras tú sigas alimentándolos. Hazme caso, olvídate de esos fantasmas, no sigas prestándoles atención y ellos solitos se marcharan.
- Pareces una entendida en la materia.
- Te sorprenderías. Poseo una colección de lo más variopinto en temas fantasmales. Y puedo asegurarte que somos nosotros los que los retenemos en nuestro interior, dándoles así la oportunidad de atormentarnos.
- Y, ¿cómo se deja de alimentar a esos fantasmas, según tú? – preguntó con curiosidad.
- Dejando de darles importancia. Dejándolos de lado. Impidiéndoles que ocupen un lugar privilegiado en tu vida. Dándole esa misma importancia, ese lugar privilegiado a otras cosas que si que la merecen. A los anhelos inalcanzables, a los sueños incumplidos. A la felicidad más cercana. Esa que tenemos al lado y que en la mayoría de los casos no vemos porque no le damos la importancia que merece. Es más sencillo de lo que parece,

créeme. – le explicó.
- ¿Seguro qué no eres psicóloga?
- No, no lo soy. - le contestó entre risas. - ¿Tienes prisa? – preguntó de repente Elisabeth, mientras caminaban sin rumbo.
- No…, no. Son las cinco de la mañana. ¿Qué prisa podría tener a estas horas? – contestó sorprendido.
- No se. Yo mañana madrugo. Mejor dicho, entro a trabajar dentro de un par de horas. – contestó Elisabeth con convencimiento.
- Pues se te esta haciendo un poco justo para dormir, jejeje…
- Muy gracioso. Me abruma tu humor negro.
- Lo siento, no quería molestarte con mi comentario.
- Te invito a ver amanecer. – le propuso decidida.
- ¿Cómo dices? – se sorprendió Jorge ante tal propuesta.
- La playa está aquí cerca. Me has contado que llevas cuatro años viajando por esos mundos, pero ¿Cuánto hace que no ves amanecer en la playa? ¿Cuánto hace que no ves el comienzo de un nuevo día?
- Mucho tiempo. Demasiado.
- Pues eso tiene fácil solución. Vamos. – le dijo cogiendo su mano a la vez que dirigía sus pasos hacia la playa.

Sin salir de su asombro, por la proposición que Elisabeth le acababa de hacer, se dejó llevar. No puso resistencia y la siguió. Después de caminar dos manzanas, llegaron al paseo marítimo. Delante de ellos podía entreverse la playa.

Los primeros rayos del sol surcaban tímidamente el horizonte. El intenso color negro del cielo había desaparecido, dando paso a un gris que poco a poco iba tomando cientos de mágicas tonalidades que presagiaban el comienzo de un nuevo día.

Se sentaron en la arena, uno al lado del otro, y dirigieron sus miradas hacia el horizonte. Ese horizonte que cambiaba por momentos. Allí en el infinito, donde mar y cielo se juntaban.

Las olas iban y venían sin descanso. Serenas, rompían en la orilla, acabando su recorrido en una espuma blanca.

- Respira hondo y no pienses en nada. Simplemente contempla lo que te ofrece el nuevo día. Contempla el amanecer en su estado más puro. Despeja tu mente y absorbe la fuerza del mar. Observa los rayos del sol, cómo tímidamente se abren paso a través de la oscuridad de la noche. Y deja en ella, en esa oscuridad, todos tus problemas. Afronta este nuevo día cómo una página en blanco. Sin notas del pasado. Una página que puedes escribir a tu antojo. Con tus propias decisiones. Esta es una forma de romper con todo lo que te atormenta. Este momento es mágico, grande, divino. Ver amanecer es una de las cosas más bonitas del universo. Uno de esos privilegios que no somos capaces de admirar

porque nos ciegan nuestras propias preocupaciones.

Jorge guardaba silencio. Escuchaba las palabras de Elisabeth con su vista posada en el horizonte, contemplando ese amanecer que más que nunca se le antojaba lleno de esperanza.

En silencio y embobados en esos rayos que tímidamente asomaban desde el infinito. Con el sonido de las olas del mar rompiendo en la orilla cómo única banda sonora de ese momento mágico.

Con disimulo, Jorge, dirigió su mirada hacia ella. Contempló, casi a escondidas, el rostro de esa chica que acababa de conocer y que sin saber por qué tanta paz le transmitía. Algo en su interior le dijo que ella era especial.

Sin darse cuenta, el amanecer los sorprendió cogidos de la mano. Sentados en la arena de esa playa desconocida.

Ese momento había sido algo no planeado para el. Y hacia mucho tiempo que no experimentaba nada que no estuviera de antemano en su agenda. No lograba recordar el tiempo que hacia que no se detenía a admirar un amanecer, tanto que había olvidado la sensación de paz y libertad que se experimentaba con ello. Esta práctica era algo normal en un tiempo atrás. En un pasado no muy lejano, el también admiraba las pequeñas cosas que la vida le ofrecía. Esos insignificantes detalles que hacen más llevadero el día a día. Esas cosas que hacen que cada día sea especial y distinto.

La claridad de la nueva mañana hizo desaparecer a la noche.

- ¿Y, bien? – preguntó Elisabeth.
- No puedes llegar a imaginar el tiempo que hacia que no me paraba a hacer nada parecido. Había olvidado lo fantástico que pude llegar a ser. – le confesó fascinado.
- Lo ves. Te lo había dicho. No prestamos atención, y lo tenemos delante. – dijo Elisabeth mirándolo fijamente.

Del rostro de Jorge había desaparecido todo abismo de preocupación. Su cara, al igual que la de un niño pequeño, reflejaba felicidad. Los ojos de él chocaron con la mirada de ella y su penetrante color verde se entrelazo con aquellos ojos negros que lo miraban con deleite. Expectantes se mantuvieron la mirada, sin atreverse, ninguno de los dos, a dar ese primer paso que ambos anhelaban.

Estaban ansiosos por atrapar los labios del otro pero, sin embargo, permanecían inmóviles, con sus miradas hipnotizadas el uno en el otro.

Jorge alzo su mano derecha, haciéndola descender por la melena de ella, acariciando cada uno de sus rizos con ternura. Lentamente fue acercando

sus labios a los de ella, sin pestañear, sin apartar su mirada de esos negros ojos.

Elisabeth podía notar cómo sus nervios aumentaban. Cómo un pequeño cosquilleo le nacía en el interior de su estómago y ascendía despacio por el pecho. Sus labios estaban tan cerca que podían sentir el calor que sus bocas emanaban. Podían notar sus respiraciones chochando.

De pronto y sin previo aviso, el móvil de Jorge comenzó a sonar, rompiendo ese instante. Rompiendo la magia que alrededor se había creado.

Elisabeth se separó de él y volvió a dirigir su vista al horizonte mientras se acariciaba su nunca y suspiraba en silencio.

Jorge metió la mano en su chaqueta y extrajo el endemoniado chisme que sonaba sin descanso. La alarma de su móvil le recordaba que eran la siete de la mañana.

- Es la alarma. Son las siete. – comentó con torpeza.
- Pues, debería pensar en irme. Se me hace tarde. – dijo Elisabeth poniéndose en pie.

Jorge, maldiciendo el momento y sin saber qué hacer, la imitó. Se levantó de la arena y la siguió mientras se alejaban de la playa. Caminaban en silencio. Uno al lado del otro.

- ¡Taxi! – gritó Elisabeth alzando su brazo. – Bueno, señor de mirada triste, la noche se ha acabado. – le dijo sonriente a la vez que abría la puerta trasera del coche.
- Eso parece.
- Me alegra haberte conocido, Jordi. – dijo entrando en el interior del habitáculo.
- Lo mismo digo.

Sus miradas se volvieron a entrelazar. Elisabeth le dedicó una tímida sonrisa a modo de despedida antes de cerrar la puerta e indicarle al taxista que iniciara la marcha.

Jorge quedó cómo un pasmarote, en mitad de la calle, viendo cómo se alejaba el taxi. Sin moverse.

- ¿Eso parece? ¿Lo mismo digo? ¡Serás gilipollas! – se recriminó a él mismo iniciando la marcha.

Capítulo 3

- Adelante. – dijo sin apartar la vista de los documentos que revisaba.

La puerta se abrió con decisión y apareció su amigo Carlos.

- ¿Se puede saber dónde te metiste anoche? Te estuve llamando. Habíamos quedado. – le dijo acomodándose en una de las sillas que había delante de la mesa.
- Si, ya se que habíamos quedado. – contestó sin interés.
- Te estuve llamando. – le reprochó.
- Si, ya se que me estuviste llamando. – contestó sin apartar la mirada de los documentos.
- ¿Puedes mirarme cuándo te hablo?
- ¿Ahora qué eres, mi madre? – dijo Jorge levantando la vista y apoyando su espalda en el sillón.
- Eso está mejor. No me gusta que me trates cómo a un vulgar trabajador tuyo. Te estuvimos esperando.
- A última hora cambie mis planes. – dijo dibujando una sonrisa en su rostro al recordar a su chica de las abejas.
- Eso suena…
- ¿Quiénes me esperabais? – se interesó.
- De sobras lo sabes. No te hagas el inocente. Sandra te estaba esperando en candeletas. Creo que en su interior se había hecho la idea de pasar una gran noche. – le informó.
- ¿Cómo se ha enterado qué estoy en la ciudad? ¿No habrás tenido nada que ver en eso?
- Dios me libre… Todo el mundo sabe que has vuelto. La muerte de tu padre ha sido de dominio público.
- Si, olvidaba lo socialmente público que era ese cabrón. – protestó con indignación.
- ¿Y bien? – preguntó Carlos a la espera de una respuesta cargada de morbo.
- ¿Y bien, qué?
- ¿Qué fue eso que te hizo cambiar los planes a última hora? – volvió a preguntar con interés.
- ¿Cómo estaba el ambiente?
- ¿El ambiente? Expectante, tío. Te perdiste una buena noche. Te puedo asegurar que había más de una que rondaba por allí con una única pretensión. Y con ello no me refiero solamente a Sandra.
- ¿Y aún pretendes hacerme creer qué no fuiste tú el que corriste la voz de mi llegada?
- No, gilipollas. No hay que ser ningún lince para saber dónde acabarías la noche si visitabas la ciudad. Pero, no es de eso de lo que hablábamos. No intentes desviar mi atención. Te he hecho una pregunta.

- ¿A si? – preguntó Jorge con fingida inocencia en su tono.
- Si. ¿Qué fue lo que te hizo cambiar de opinión? O quizás debería preguntar por quién.
- ¿Quién? Buena pregunta. – respondió Jorge pensativo.

Hasta ese preciso momento, en que su amigo le formuló esa pregunta, no había caído en la cuenta que ni tan siquiera le había preguntado su nombre. Se había pasado la noche charlando despreocupadamente con ella, había compartido el amanecer de ese día con ella, había descubierto vagamente algunas facetas de ella. Es más, sin saber el por qué, sin encontrarle una respuesta, desde que se despidió de ella, desde que la vio alejarse dentro de ese taxi anónimo, no la había podido echar de su mente. Su sonrisa, su mirada, su cabello rizado, su energía, se habían metido dentro de él.

- Sigo esperando, gilipollas. – protestó Carlos interrumpiendo sus pensamientos.
- Pues… No se. – respondió con indecisión.
- Joder, ya ni tan siquiera te paras a preguntarles su nombre.
- No… No se trata de eso.
- ¿Entonces?
- No estuve con nadie. Bueno si, pero, no en la forma en que estás suponiendo.

Carlos le dirigió una mirada de desesperación.

- ¿Anna? ¿Pretendes decirme qué pasaste la noche con Anna? – le preguntó con preocupación.
- No. No se trata de Anna. Y no me gusta el tono en que me lo has preguntado. – le advirtió Jorge.
- Lo siento pero… Ese tema… No es que no te crea. Pero me cuesta... – titubeaba.
- Déjalo ya. – le interrumpió Jorge.
- Me he perdido. – le aclaró con desespero.
- Camino de Tapioca decidí parar y tomarme una copa. Entré en el primer garito que vi interesante. Estaba sentado en la barra, solo, cuando de pronto, de pronto me encontré con ella de nuevo. Fue toda una casualidad. Sin saber cómo me hipnotizó. Me hipnotizó su mirada, su voz… Empezamos a hablar y sin darnos cuenta nos dieron las cinco de la mañana. – su amigo lo miraba con asombro mientras escuchaba su relato. – He visto amanecer en la playa. Ha sido algo genial. Algo… Hacia años que no veía un amanecer cómo el de hoy. De hecho hacia años que no veía amanecer de la forma en que lo he visto hoy. Ha sido genial. Esa chica… irradia energía, tiene algo…, su mirada…

En la cara de Jorge podía apreciarse un haz de ilusión que su amigo hacia años que no lograba divisar en él. El brillo de sus ojos tenía una luz distinta, una luz especial, y la forma en la que le estaba hablando de esa

misteriosa chica no eran algo normal en él.

Desde que Anna murió, el Jorge que Carlos conocía había desaparecido. Había dado paso a un hombre sin sentimientos, sombrío. Cerrado a las sensaciones que la vida ofrece. Abierto tan solo a los negocios y a alguna que otra noche de sexo sin compromiso. Esa mañana estaba delante de un Jorge muy diferente al de los últimos años.

- Ves, mis pensamientos nos se equivocaban. Al fin y al cabo has amanecido en una cama que no era la tuya.
- No, Carlos. He amanecido en mi cama, solo. Anoche no pasó nada. Simplemente pasamos la noche hablando. Hablando y bebiendo. Menudo saque tiene. Acabé perdiendo la cuenta de las copas que nos tomamos. Y lo más curioso es que ni siquiera se inmutó. Era cómo si estuviera bebiendo agua. – le explicó ilusionado.

Carlos se levantó y mirándolo fijamente a los ojos se acercó hacia él.

- ¿Dónde está mi amigo? Devuélvelo alienígena. – dijo a la vez que lo zarandeaba por los hombros.
- Es increíble. Es una tía increíble, Carlos. – le aseguró dirigiéndose hacia el mueble bar para servir un par de copas.
- Todo esto está muy bien. Pero podías haber contestado a mis llamadas. – le recriminó.
- Lo siento.
- Lo siento, lo siento. A ver, recopilemos. En medio de tu relato me has dicho que allí estaba de nuevo. Eso significa que ya la conocías. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?
- No se. No se su nombre. No se lo pregunté.
- ¿Me estás diciendo que te pasas la noche hablando con una tía de la cual ni tan siquiera sabes su nombre? No me lo puedo creer.
- Es cierto. No se su nombre. Pero tú sabes quien es.
- ¿Yo? – preguntó Carlos con asombro.
- Ayer, en el entierro, cuando todo acabo, en la salida. La chica que tropezó con nosotros.
- ¿La qué acabo de bruces en el suelo? – preguntó con curiosidad.
- Si. Ella.
- Interesante… - contestó antes de darle otro trago a su bebida. - ¿Y ni tan siquiera le preguntaste cómo se llamaba?
- No. Y lo peor es que no se cómo localizarla. – comentó pensativo.
- ¿Cómo localizarla? Joder… joder… ¿Qué es lo que me he perdido? Hace años que no te oigo hablar de ninguna tía con el interés con el que hablas de esta de la que ni tan siquiera sabes su nombre. Me estás contando que una tía con la que has pasado la noche charlando y bebiendo, una tía con la que has visto amanecer en la playa cómo vulgares quinceañeros, ¿te ha absorbido la mollera? Y lo más asombroso es que me estás diciendo que no hubo nada más. ¿No hubo sexo?
- No Carlos, no hubo sexo. No todo gira en torno a él. – contestó con

convicción.
- “No todo gira en torno al sexo” Y eso me lo dices tú. Tú, Jorge. El mismo Jorge al que llevo años escuchando decir y poner en práctica justamente lo contrario que hoy intentas reflejarme con esas palabras. – Carlos se lo quedó observando durante unos instantes, buscando en el rostro de su amigo una respuesta a lo que acababa de oír. – Jorge…, desde que Anna…, desde que ella nos dejó, no te he visto acercarte a ninguna mujer con otra intención que no fuera meterte entre sus piernas. Te he oído decir miles de veces que con eso te bastaba. Que no buscabas nada más. Es más, si te soy sincero…, tan sólo con Sandra te he visto repetir. Y se que ni tan siquiera eso ha significado nada. Y hoy te encuentro pensando en alguien de la que no sabes ni cómo se llama. Alguien con la que no has sacado a pasear tu polla. Esto es nuevo amigo. Esto… ¿cómo decírtelo?
- Ella es diferente, Carlos. Ella… Me sorprendió, amigo. Esa mujer irradia energía, es todo positividad. Tiene una fuerza… Y lo mejor de todo es que estoy seguro que ni ella es consciente de ello.
- A lo mejor se trata de una buena estratega. A lo mejor ha encontrado la forma de engatusar al gran Jorge Kraufh.
- No Carlos. Te equivocas. Ella ni tan siquiera sabe quién soy en realidad.
- ¿Cómo dices? – preguntó aún más asombrado por la afirmación que había escuchado.
- No tiene ni puta idea de quién soy en realidad. Cuando me presente, tan solo le dije que me llamaba Jordi. Nada más.
- Ahora si que no entiendo nada.
- Me trato cómo a una persona normal. No me trato teniendo en cuenta mi apellido.
- Pero, ¿esa chica es de este planeta? Tu cara sale en las principales revistas de economía del momento. Y en estos últimos días, debido a la muerte de tu padre, tú nombre…

En ese preciso instante picaron a la puerta.

- Adelante. – dijo Jorge.

Tras la puerta apareció Caroline.

- Hijo, buenos días. He pasado por tu casa, pero ya no estabas. Imaginé que estarías aquí. Buenos días Carlos. – saludó.
- Buenos días, Caroline. Yo os dejo, tengo asuntos que resolver. Nos vemos luego Jorge. Tienes que acabar de perfilas esos documentos conmigo, no lo olvides.
- Buenos días, mamá. – la saludó sin mucho entusiasmo.
- Haces mala cara, hijo. ¿Te encuentras bien?
- Me encuentro perfectamente.
- ¿Aún estás molesto conmigo? – preguntó Caroline.
- Mamá, ¿a qué has venido? Será mejor que vayas directamente al grano. Tengo trabajo y no es tiempo lo que me sobra precisamente.
- Jorge… El martes será la lectura del testamento de tu padre.

- Me parece estupendo.
- Jorge, el abogado ha dicho que es preciso que todos los familiares directos estén presentes.
- El martes estaré en Dublín. Tengo una reunión que no puedo aplazar.
- Jorge, es necesario que asistas.
- Al igual que es necesario que atienda mis propios asuntos. Mis negocios.

- ¡Jorge! ¿Es qué no lo entiendes? Ya está bien de permanecer en esa postura. Tu padre ha muerto.
- Haz el favor de no seguir llamándole mi padre! Creía haber dejado claro hace años que eso ya no era así. Creía haber dejado claro que por mi parte, hace años que dejó de serlo. Os he demostrado que solo he sido capaz de salir adelante, por mis propios meritos, muy al contrario de lo que pensabais.
- ¡No tienes derecho a guardar esa postura! Es que no entiendes que con eso nos perjudicas a todos. Lo que está en juego es mucho más de lo que imaginas. Es mucho más de lo que tu ego enrabiado te deja ver. Lo que está en juego en estos momentos es el futuro de nuestra familia. El futuro de tu hermano, de su trabajo, del trabajo de tantos años. Y aunque no lo quieras reconocer también podría estar en juego parte de tu futuro.
- En eso te equivocas mamá. Hace años que me labro mi propio futuro. Futuro que sólo depende de mis actos. De los de nadie más. No quieres darte cuenta, pero hace años que me desvinculé de esta comedia a la que tú llamas familia. De esta familia a la que él envenenó, que cubrió de falsas apariencias con el vulgar pretexto de que era lo mejor para todos.
- Por favor, Jorge, recapacita. No te estoy pidiendo que lo hagas por mí. Ni tan siquiera te estoy pidiendo que lo hagas por ti. Hazlo por tu hermano. Él se lo merece. Merece tu apoyo en estos momentos. – guardó silencio mientras observaba a su hijo mover sus manos con nerviosismo. – La lectura tendrá lugar el martes a las nueve de la mañana.

Después de pronunciar esta última frase se levantó del asiento y sin volver a dirigir la mirada hacia él, salió del despacho.

Quedó pensativo, en silencio. Analizando las palabras que, aunque con serenidad, habían sido pronunciadas con autoridad por su madre. No llegaba a entender la postura de ella ante esta situación.

Caroline era una mujer orgullosa, independiente, luchadora, con dinero suficiente para vivir holgadamente lo que le restaba de vida manteniendo su estatus social. Su apellido, por sí sólo, tenía mucha más fuerza y poder del que jamás llegó a tener el de su difunto padre. Y en el caso de que todo esto fallara, siempre lo tendría a él. Era por todo esto por lo que no entendía la forma de actuar de su madre. No llegaba a comprender a qué le temía.

Su madre sabía cómo tocar su punto sensible. Sabía que cuerdas mover

para conseguir que bailara a su son.

Pasó lo que restaba de día encerrado en su despacho. Revisando informes y atendiendo llamadas. A última hora de la tarde su secretaria le informó que una tal Sandra había venido a verle.

- Adelante. – dijo con autoridad.

Apareció Sandra vestida con un provocativo y elegante vestido negro. Subida en unos impresionantes tacones, caminó hacia él con decisión.

- Jorge, cuanto tiempo. Me alegro de volver a verte, aunque lamento el motivo de tu regreso.
- Hola, Sandra. – le respondió levantándose de su sillón y acercándose a ella para saludarla con dos besos.
- Siento lo ocurrido a tu padre. Ha sido una gran perdida. Lamento no haber podido asistir al funeral. Espero que me perdones. – le comentó.
- ¿A qué has venido Sandra? No creo que el darme el pésame sea el motivo que te ha traído hasta aquí. – preguntó brusco a la vez que le ofrecía asiento en el sofá que había en el extremo derecho del despacho.
- Podrías ser un poco más cortes, Jorge.
- No es precisamente la cortesía lo que nos une a ti y a mí. – respondió sentándose al lado de ella.
- Me resultó extraño no verte anoche. Eso es todo. - comentó Sandra con su voz acaramelada.
- Y ahora me dirás que estabas preocupada por mí. Que no has podido reprimir tus impulsos de venir a ver mi estado de ánimo.
- Eres un gilipollas, Jorge. Pues sí. Al no dejarte ver anoche por el club, he pensado que tal vez la muerte de tu padre te ha podido afectar más de lo que pretendes aparentar.
- Como me conoces… Sí, estoy verdaderamente afectado por la muerte de ese cabrón. - contestó irónico.

Sandra, levantándose, deslizó su esbelta figura hasta la parte trasera del sofá. Posó sus manos en los hombros de él y comenzó a deslizar sus dedos sobre ellos.

Aflojó el nudo de la corbata y le desabrochó los dos botones superiores de la camisa. Continuó su acometido centrándose en la nuca. Jorge apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Lentamente, Sandra, posó sus labios sobre los de él. De la garganta de Jorge salió un insinuante ronroneo.

Ella introdujo su mano derecha en el interior de la camisa hasta alcanzar un pezón. Lo pellizcó incansable. La respiración de él se aceleró mientras su lengua exploraba sin descanso la boca de Sandra.

Tras unos minutos de incesante provocación, ella paró y volvió a ocupar su asiento en el sofá.

La mirada de Jorge se había inyectado de lujuria. Sus ojos excitados la examinaban. Sentada a su lado, con las piernas levemente entreabiertas, lo miraba sonriente.

Jorge posó su mano derecha sobre la rodilla de ella. Comenzó a dibujar invisibles círculos acariciándola. El tacto sedoso de las medias que cubrían sus piernas lo excitaba por momentos. Lentamente comenzó a ascender sus caricias por el muslo. La respiración de ella se aceleró.

- No sabía que te preocuparas tanto por mi estado de ánimo, Sandra. – le dijo con voz ronca.
- Hay muchas cosas de mí que no sabes, cariño.
- No me llames cariño. Sabes que no me gusta. Eso no va con nosotros. – protestó Jorge.

Diciendo estas palabras su mano llegó al final de la pierna, sus dedos continuaron ascendiendo hasta encontrarse con la tela del tanga que le impedía llegar a la meta propuesta. La retiró hacia un lado y sin preámbulos introdujo dos dedos en el interior de ella. Un tímido gemido se deslizó entre los labios de Sandra, su espalda se tensó y su cabeza se inclinó hacia atrás cerrando los ojos.

- Abre los ojos y mírame. – le ordenó Jorge. Ella obedeció y con su mano cubrió la hinchada entrepierna de él. – Abre las piernas. – le volvió a ordenar con autoridad.

Con soltura le desabrochó el cinturón, desbotonó el pantalón y bajó la cremallera, hasta poder introducir su mano dentro de sus calzoncillos y cubrir su caliente y latente pene. Lo agarró con fuerza y comenzó a masajearlo. Con su otra mano se bajó la cremallera delantera de su vestido y dejó al descubierto sus pechos desnudos.

- Están cómo a ti te gustan. Duros, muy duros. – le dijo al mostrárselos.

Jorge descendió hasta ellos y comenzó a lamerlos. Se centró en el pezón izquierdo que mordisqueaba sin descanso. Lo atrapaba entre sus dientes y tiraba de él con delicadeza hasta hacerla estremecer. La respiración de Sandra se aceleró y su vagina se humedeció ante los incesantes acometidos de los dedos de Jorge que la exploraba sin tregua.

- Más fuerte. Agárrala mas fuerte, joder! Eso es… Así… - jadeó al comprobar que ella obedeció al momento.
- Sigue, Jorge. Sigue. Cómetelos…

Después de unos minutos en los cuales ambos se dedicaron sin descanso a darse mutuo placer y aumentar así su lujuria y desenfreno, Jorge apartó su boca de los pechos de ella. Con soltura se deshizo de sus pantalones y cogiéndola de la nuca le devoró la boca mientras ella sostenía entre sus dedos su erecto pene y con un certero movimiento de mano se lo masajeaba.

- Te voy a follar la boca. ¿De acuerdo? Me vas a comer la polla cómo si te fuera la vida en ello.
- Estoy deseando. Ayer te estuve esperando y no apareciste. No me gusta que me dejen plantada. – le dijo dirigiendo su boca hacia el miembro de él.
- Chupa y calla. Tú y yo no habíamos quedado. Así que no me acuses de algo que no hice. – le respondió en medio de sordos gemidos de placer.

La lengua de ella envolvía con destreza el hinchado glande, succionándolo a la vez que se introducía una y otra vez el pene en su boca. Con su mano derecha le masajeaba el escroto mientras que con la izquierda pellizcaba la nalga derecha de él.

Arrodillada en el suelo, frente a él, disfrutaba, una vez más, comiendo esa fruta prohibida que tanto la excitaba y la hacia enloquecer. Ningún otro hombre la trataba con tanta rudeza e indiferencia cómo Jorge. Y era precisamente eso lo que le gustaba de él. Le excitaba su indiferencia, su falta de compromiso más allá del placer mutuo que se propinaban en sus encuentros. Encuentros que se habían espaciado últimamente. Era consciente que con él no había ni habría nada más. Sólo sexo. Noches de placer y sexo duro, sin ataduras, sin romanticismos. Con la única meta de darse placer mutuo.

Sandra, en el fondo, deseaba que eso cambiase. Jugaba sus cartas estratégicamente, con el fin de poder cambiar esa situación. Con el anhelo de que eso algún día cambiase y llegar a atraparlo en su tela de araña de la cual no lo dejaría marchar. Jorge era un buen partido. El tesoro que toda mujer cómo ella deseaba poseer. Un bien preciado por el que todas luchaban y que hasta ahora ninguna había podido conquistar. De sobras sabía que ella era la única que había tenido el privilegio de poder repetir y pensaba que eso le daba el derecho de poder soñar mas allá de una noche. Pero, aunque posiblemente había ganado alguna que otra batalla, era consciente de que la victoria de esta guerra no estaba en su estantería de trofeos.

Jorge era un tipo casi perfecto. Poseía un apellido que le otorgaría una posición social envidiable, económicamente estaba en la cima de la montaña, era atractivo, un amante excepcional. Lo único que no le acompañaba era el humor. Tenía un humor de perros y un carácter difícil de llevar. Sin contar con que tendría que luchar con el recuerdo de una difunta mujer a la que después de tantos años continuaba teniendo en un

pedestal de oro. Pero eso no eran obstáculos suficientes para que abandonara su propósito.

Con los dedos enredados en su melena, le sujetaba la cabeza mientras incansable movía sus caderas introduciendo una y otra vez su miembro en esa húmeda y caliente boca.

Después de unos minutos, ceso su acometido. Abandonó la boca de Sandra y se quedó observando como ella se relamía los labios mientras sus dedos pellizcaban su clítoris dándose placer.

La levantó e hizo que se apoyara en el sofá, quedando de espaldas a él. Le agarró la melena acercó su boca al cuello de ella. Lo lamió, lo mordisqueó, le propinó tímidos besos, mientras le susurraba.

- Veo que me has echado de menos.
- No seas egocéntrico, Jorge. No eres la única polla sobre la tierra. – le respondió Sandra.
- Si, eso ya lo se. Pero no me negarás que es mi polla la que más te hace disfrutar.

Descendió su mano derecha acariciando su espalda, haciendo que se inclinara sobre el respaldo. Al llegar a sus nalgas las acarició sin prisas. Le propino un par de azotes que hicieron que su piel se sonrojara.

Lentamente se acercó a ella y la penetró desde atrás, haciendo que gimiera de placer al notar cómo se llenaba por dentro. Sus manos se dirigieron con destreza a los pezones endurecidos de ella. Agarró con seguridad sus pechos mientras que sus dedos pellizcaban incansables esos pezones a punto de estallar. La empalaba una y otra vez mientras ella pedía más.

Acercó dos de sus dedos a la boca de ella, haciendo que los chupara y los humedeciera. Después, con destreza se los introduzco por detrás, sin dejar de embestirla. Eso la hizo enloquecer suplicándole que no parara y pidiéndole más.

- Eso es…, disfruta. ¿Te gusta eh? – le preguntó lascivo.
- Me encanta, Jorge. No pares ahora. Estoy a punto de correrme.
- Córrete y mójame la polla.

Jorge notó cómo su vagina se contraía, lo que hizo que endureciera sus embistes. Cuando la respiración de ella se había calmado levemente, la abandonó para invadirla por detrás.

- Ahora me toca a mí. Voy a llenar tu precioso culo, nena.

Fue acelerando lentamente sus movimientos hasta invadirla por completo. La agarró por las caderas y sin dejarla escapar llegó al clímax.

Capítulo 4

Sentados alrededor de la ovalada mesa de madera de sauce, esperaban expectantes la lectura del testamento. Sus caras inexpresivas pretendían aparentar tranquilidad, pero eso distaba mucho de la realidad interna de la mayoría de ellos.

Un silencio sepulcral reinaba en el despacho.

Con sus torsos rectos, esperaban que el abogado diera comienzo.

Jorge, era el más relajado de todos. Le traía sin cuidado lo que contenían esos documentos. No le preocupaba lo más mínimo las posesiones que su padre hubiera decidido dejarle cómo legado. Es más, no contaba con que ese retorcido cabrón, cómo él lo llamaba, lo hubiera incluido en el reparto de sus bienes.

- Si me permiten, tras comprobar que todos los interesados están presentes, podemos dar comienzo a la lectura del testamento de mi difunto cliente. – pronunció el abogado a la vez que abría un dossier.

Caroline, sentada en medio de sus dos hijos, los observaba con el rabillo del ojo. Enfrente de ellos se encontraba Sheila, aparentando una fingida tristeza por la pérdida del que había sido su pareja durante los últimos años.

Arturo, el padre de Jorge, tras abandonar el domicilio familiar, fijó su residencia junto a ella. Habían compartido esta última década de sus vidas. Sheila había logrado cosechar un buen estatus junto a él. Poco a poco, había conseguido tener peso dentro de los negocios de este. Pero lo que nunca logró conseguir, por mucho que se lo propuso, fue llegar a ser su esposa. Arturo nunca accedió a divorciarse de Caroline, su primera mujer. Sus tretas no lograron convencerlo para ello. Él siempre se mantuvo firme en esa posición, alegando que eran demasiado los intereses económicos que debían de trastocarse para poder hacer eso posible y que el resultado final no compensaba económicamente los daños causados.

Rubén picaba, incansable, con sus dedos en la mesa. Estaba nervioso. Puede que de todos los que estaban en esa sala fuera el que más se jugaba en todo ese trámite.

Tras licenciarse en la universidad, comenzó a trabajar junto a su padre codo con codo. En un principio fue difícil adaptarse a la forma de ser y de actuar de su padre, pero lo consiguió. Todo parecía funcionar bien hasta

que, astutamente, Sheila consiguió hacerse un hueco en la empresa. Su opinión fue tomando fuerza hasta convertirse en una socia más. Una socia con voz y voto. En ese momento todo se torció de nuevo. Rubén tuvo que luchar para convencer a su padre de cuales eran las decisiones más adecuadas para la empresa. En vano intentó innumerables veces hacerle ver que Sheila solamente miraba por sus bienes personales. Esto le acarreó incontables problemas y la desconfianza de su padre. Aun así, siguió en la empresa. No quiso abandonar el que él pensaba que era su acometido, luchar por los intereses familiares dentro del negocio.

La lectura del testamento fue larga, interminable.

El abogado fue leyendo, lentamente, una a una las más de treinta páginas que formaban el documento. En él se reflejaba minuciosamente la repartición de todos los bienes de Arturo Escuredo.

Con la información latente en la mente de los allí presentes, todos permanecieron serios y sin nada que objetar. El abogado había dejado muy claras las clausulas a las que se asociaban cada una de las reparticiones hechas.

Las propiedades adquiridas durante la convivencia de Arturo y Caroline pasaron íntegramente a Caroline. Junto con una suntuosa mensualidad vitalicia que provendría en parte de los beneficios del negocio, en parte de un fondo metálico acumulado por Arturo.

A Sheila le adjudicó la casa en la que residían, un lujoso apartamento en la playa y el veinticinco por ciento de las acciones del negocio sumado a una notable cantidad en metálico.

A su hijo Rubén, el treinta por ciento de las acciones del negocio y el cargo de director gerente.

A Jorge, otro treinta por ciento de las acciones, junto con un sobre cerrado que le entregó en mano el abogado.

Y por último, a los accionistas mayoritarios del negocio les cedió el quince por ciento restante de las acciones que componían la empresa.

- Estos han sido los últimos deseos de mi cliente y así los he reflejado en la lectura del testamento. Mi secretaria les hará entrega de una copia a cada uno de ustedes. El traspaso de propiedades y demás reparticiones se hará efectivo en el plazo estipulado por la ley a contar desde el día de hoy. Si alguno de ustedes tiene alguna duda o alguna objeción al respecto estaré a su entera disposición. – pronunció el abogado en el tono serio en el que había realizado la total lectura del documento.

Ninguno de los allí presentes pronunció palabra alguna. Todos guardaban silencio.

Jorge los observaba, intentando camuflar una emergente sonrisa en su rostro. Al final el cabrón había obrado de una forma justa con su madre, pensó.

- Gracias por todo, Emilio. Por mi parte todo está correcto. Si necesitas alguna cosa más de mí, no dudes en ponerte en contacto conmigo. Gustosamente mi secretaria me hará llegar tu mensaje. Salvando las circunstancias, ha sido un placer volver a tratar contigo. – dijo Jorge levantándose de su asiento, acercándose hacia el abogado a la vez que le tendía la mano.

Después de eso, se abotonó la chaqueta y acercándose a su madre le dio un beso y se despidió de ella. Dirigió su mirada hacia Rubén.

- Nos vemos pronto. – le hizo saber.

Sin vacilación, se dirigió hacia la puerta y abandonó el despacho.

El ascensor lo condujo hasta el parking y con una sonrisa en el rostro se encaminó hacia su coche. Las luces le dieron la bienvenida al accionar el mando para abrir las puertas. Ocupó el asiento del conductor y buscó su móvil.

- ¿Ya has acabado, cabrón? – lo saludaron desde la otra punta de la línea.

- Si. Oye…, deberías controlar tus saludos. Podría estar acompañado y con el manos libres. – le recriminó Jorge.

- Si eso fuera así, no me habrías llamado desde tu número particular. Nos conocemos, Jorge.

- En eso llevas razón, Carlos. – contestó con una sonrisa en sus labios.

- ¿Qué tal ha ido? – se interesó.

- Todo tal y cómo tú me previniste. ¿Cómo te lo has hecho para conseguir esa información? Aún logras sorprenderme. ¿Quién ha sido tu fuente esta vez?

- Eso prefiero guardármelo para mí. Secreto profesional. Pero me debes una. Una más. – contestó Carlos en medio de una carcajada. - ¿Vienes hacia la oficina? ¿Comemos juntos?

- No. Me voy para casa.

- Te recuerdo que a las tres tienes la reunión por videoconferencia con la delegación de Múnich.

- Sí. Lo recuerdo. Llamaré a Gloria. ¿Nos vemos esta noche? Tenemos que acabar de ultimar los detalles para zanjar este asunto. Elige restaurante y mándame la dirección. Te debo una cena.

- Es lo menos que puedes hacer, amigo. Invitarme a cenar. Déjame que piense y te lo haré saber. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. Descansa, cabrón. – se despidió antes de cortar la comunicación.

Jorge arrancó su coche y tras abandonar el parking, puso rumbo a su casa.

- Despacho del señor Kraufh. – contestó una voz femenina.

- Gloria, soy Jorge. No iré a la oficina en todo el día. Desvíame la videoconferencia a mi portátil. Por lo demás, si no hay nada urgente, nos vemos mañana a primera hora. Un saludo.

Capítulo 5

Cerró la puerta de su casa tras de sí. Su mano derecha sostenía el maletín, la izquierda desanudaba la corbata, mientras se dirigía a su despacho.

Al entrar miró a su alrededor. La estancia estaba vacía. Se dejó caer en su sillón, reclinando la espalda en él. Observó lo que le rodeaba. Todo estaba tal y cómo él lo había dejado.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Mientras, su mente analizaba todo lo sucedido esa mañana en el despacho del abogado. Las expresiones de los que allí se encontraban a lo largo de la lectura del testamento. La tensión que flotaba en el ambiente. La reacción de su hermano junto con la de Sheila, al ser conscientes de la repartición. La inexpresividad característica de su madre… Todos y cada uno de los pequeños detalles de los que había sido testigo. Ahora que todo había pasado, repasaba la escena, cómo si se tratase de la reposición de una película que ya había visto.

- *¿Qué tal ha ido todo, Jordi?* – preguntó una voz femenina.

Jorge abrió los ojos y dirigió su mirada hacia la izquierda. Allí, de pie frente a la inmensa estantería repleta de libros, estaba Anna. Parecía estar leyendo los títulos de los volúmenes que ocupaban la tabla central.

- Como esperaba. Carlos no se equivocó en su predicción. Su información era de fiar. Estaba en lo cierto. Cómo siempre. – le contestó meditabundo.

- *Seguís formando un dúo invencible. Te veo cansado, cariño. Deberías comer algo y descansar un rato. Quedan más de dos horas para la reunión con Múnich. Tienes tiempo de echarte una siesta.* – le recomendó mientras se sentaba sobre sus piernas y acariciaba su mejilla.

- No echo siestas. Eso forma parte del pasado, Anna.

- *Pues deberías recuperar esa costumbre. A veces un sueñecito y uno vuelve a estar cómo nuevo. Tus ojeras te delatan. Anoche no dormiste mucho.*- le regañó.

- Me desvelé y no pude volver a conciliar el sueño. Pensé que vendrías a hacerme compañía. Te estuve esperando. - Anna retiró la mano que acariciaba su cara. – No, no lo hagas. Sigue acariciándome, por favor. – le suplicó.

- *Jordi, sabes que este contacto no es verdadero. Por mucho que lo intento no logro poder acariciarte. No logro llegar a fundir mis labios con los tuyos como lo hacía antes. Es frio, Jordi… Esto…*

- ¿Tú también me vas a decir que todo esto no es real. Qué no estás sentada en mis piernas. Qué no estás junto a mí? Sé que tus caricias no son cómo las de antes. Pero poco a poco conseguiremos que lo sean, cariño. Yo si te siento. He sentido tu mano en mi barbilla. Siento tu presencia. Te veo, Anna. No intentes convencerme de que abandone. No intentes convencerme de que he de luchar por dejar de verte. Tú no, Anna. Tú no.

Jorge pasó su mano por la cabeza de ella, acariciando con sus dedos los cabellos negros y lisos, mientras ella recostaba la cabeza en su hombro.

- *Estaba buscando un libro, y no logro encontrarlo. Pensé que tal vez lo habrías cogido.*

- En esa estantería no lo encontrarás. Eso son todos libros sobre abogacía, Anna. Tus libros siguen en nuestra casa, cariño. – le aclaró.

- *Ya he mirado allí, y no lo encuentro.*

- ¿De qué libro se trata? – le preguntó Jorge.

- *Rebeldes.*

- ¿Piensas volver a leértelo? Anna… ¿Cuántas veces te lo has leído?

- *Unas cuantas. No sé, he perdido la cuenta. Sabes que es mi favorito.*- le contestó sonriente.

- Si cariño, lo sé. Aquí no está. Sigue en casa. Te lo buscaré.

- *¿No piensas volver?*- preguntó Anna con nostalgia.

- ¿Volver a dónde?

- *A nuestra casa, Jordi. Creo que ya va siendo hora. Este apartamento es frio, impersonal. Al menos podrías decorarlo. Podrías hacer que esto se pareciera a un hogar.*

- Ya está decorado, Anna. Hay muebles y todo lo necesario para vivir.

- *No me hagas reír, Jordi. Ni siquiera te has molestado en cambiar la decoración de los antiguos inquilinos. Todo está cómo el día en que*

entraste a vivir. – protestó.

- Lo compré amueblado precisamente por eso. Para no tener que perder el tiempo en pensar cómo poner las cosas. – respondió sonriente.

- *Te estas volviendo un vago.* – rio.

- Y sobre lo de volver a nuestra casa... Todavía no. No estoy preparado.

- Ha pasado mucho tiempo. Lo de no estar preparado es una excusa, Jordi. A este paso nunca lo estarás. Te has acomodado. Vas arrinconando el momento.

- Lo que me estás pidiendo… Esa era nuestra casa. Y eso ya no es posible. Nuestra casa dejó de serlo cuando tú te fuiste. Allí mi vida sin ti no tendría sentido.

- Claro que tendría sentido. Todo lo mío pasó a ser tuyo, Jordi. Ese es tu hogar. Si los recuerdos no te dejan seguir, guárdalos. Hazla tuya, solo tuya.

- No quiero guardarlos. Quiero que sigan dónde están. No quiero meterte en una caja y arrinconarte en el desván. – protestó.

- Mejor vamos a dejar esta conversación. No nos llevará a ningún sitio. Como siempre. Hablar esto contigo es cómo darse cabezazos contra un muro de hormigón pretendiendo que se mueva.

El sonido del teléfono distrajo la atención de Jorge.

- Kraufh. – contestó serio.

- Señor Kraufh, he desviado la videoconferencia a su portátil, cómo usted ordenó. En cinco minutos dará comienzo.

- Gracias Gloria.

La reunión fue más larga de lo que previno en un principio. Fue intensa y complicada.

Sin aparente explicación, las líneas de negociación se torcieron por momentos, y le costó mantener las riendas de la situación.

Un momento de distracción por su parte, fue aprovechada por sus interlocutores para poner sus propias ideas en su contra.

Sin darse cuenta se vio luchando por no ceder ni un ápice ante las propuestas de sus inversores, los cuales estaban usando estratégicamente

sus propias tretas para arrinconarlo.

Era imperdonable por su parte que esto le hubiera ocurrido a él. Un hombre curtido en el mundo de las negociaciones. Alguien que había cosechado un impresionante palmarés de éxitos gracias a su sangre fría y a su mano derecha para los negocios. Alguien que durante los últimos años había estado entregado en cuerpo y alma a sus negocios. Nada ni nadie le había hecho distraerse ante la meta que quería lograr.

Pero eso hoy había cambiado. Algo había hecho que perdiese esa impenetrable concentración.

Una imagen invadió su mente, durante lo que a él tan solo le parecieron unos míseros segundos. Eso le bastó para perder el rumbo de la reunión y verse inmerso en una lucha interna por tratar de recuperar la compostura.

Esa imagen volvía a ser la misma que, durante los últimos días, lo asaltaba sin previo aviso. No era la primera vez que se había sorprendido a él mismo pensando en ella. Absorto, alejado del mundo que lo rodeaba y con su imagen en la mente, su pulso acelerado y el corazón bombeando más rápido de lo habitual.

Bajó la pantalla de su ordenador y apoyó su espalda en la butaca de piel. Cerró los ojos y a su mente volvió esa imagen. La imagen de ella.

Ella sentada a orillas de la playa, sobre esa arena húmeda y con un incipiente amanecer de fondo.

Se preguntaba por qué. Por qué le estaba pasando esto.

Hacía días que aquello había sucedido y desde entonces no había podido sacarla de su mente. Esa chica misteriosa de la que poco, o más bien nada, sabía.

Por primera vez en muchos años se encontraba pensando en una mujer que no era Anna.

Una inexplicable sensación de culpa y miedo se apoderaba de él.

Se sentía culpable por pensar en ella de esa forma. Como si con eso le estuviera siendo infiel a la que había sido su esposa, a su compañera durante toda su vida.

Tenía miedo de volver a sentir por alguien lo que por esa chica, de la que ni tan siquiera su nombre sabía, estaba empezando a sentir.

Era asombroso cómo aquella sonrisa lo había hipnotizado. Cómo aquel espíritu libre lo había conquistado con tan solo una conversación impersonal en la barra de aquel bar, con ese amanecer en aquella playa.

Se preguntaba una y mil veces quién sería ella, que estaría haciendo ahora. Le gustaría volver a verla, volver a coincidir con ella. Pero no sabía por dónde empezar. No sabía dónde buscar, a quién preguntar.

Estacionado en el número doce de la calle Balmes, esperaba a que su amigo bajase de su casa.

- Estoy listo. Nos podemos ir. – dijo Carlos cerrando la puerta del copiloto.

- Llevo diez minutos esperando. Eres cómo una princesita. Habíamos quedado a las ocho y media. – le recriminó Jorge.

- Lo sé. Tenía que zanjar un asunto. Me entretuve hablando por teléfono. Arranca y deja de quejarte. Llegaremos tarde.

- Serás cabrón…

Ocuparon una lujosa mesa situada en un rincón estratégico del restaurante.

El camarero se acercó a tomarles nota.

- Porque todo ha salido a pedir de boca. – brindó Carlos.

- Yo no diría tanto. Cierto es que podía haber sido mucho peor. Pero ahora debemos jugar nuestras cartas estratégicamente o nada de esto llegará a buen puerto. No las tengo todas conmigo, tío.

- No seas cafre. Todo va a salir bien, ya lo verás. Solamente hace falta tiempo.

- Espero que no te equivoques. – concluyó Jorge dándole un trago a su copa de vino.

El resto de la cena transcurrió en calma. La conversación giraba en torno a los negocios de Jorge.

Carlos era su hombre de confianza, su mano derecha y su mejor amigo desde tiempos inmemoriales. Se habían conocido en el primer año de universidad, y desde entonces sus vidas habían transcurrido paralelas. Compartían amistad y trabajo, eran inseparables. Ambos sabían del otro

todos los secretos, todos los anhelos, todos los miedos.

- ¿Te apetece ir a tomar una copa? – preguntó Jorge después de pagar la cena.

- Eso no se pregunta. Hay un local nuevo no lejos de aquí…

- ¿Qué tal si vamos al Luna? – propuso Jorge interrumpiendo a su amigo.

- ¿El Luna? Eso está en la otra punta de la ciudad, ¿no? – preguntó asombrado ante la proposición Carlos.

- Sí.

- Y, ¿qué se te ha perdido en ese garito?

- Nada. Estuve la otra noche y no lo encontré mal. La música que ponen está bien.

- ¿Desde cuándo vas a los garitos a escuchar música? – se burló Carlos.

Ambos se subieron en el coche de Jorge y pusieron rumbo al Luna.

Aposentados en la barra, acababan su segunda consumición. El local no estaba muy lleno aquella noche. La gente que al igual que ellos lo visitaba, estaban dispersados, ocupando los butacones repartidos por toda la sala.

Jorge, disimuladamente, miraba a su alrededor mientras distraído conversaba con su amigo.

- ¿Me vas a decir de una vez el por qué hemos venido hasta aquí? – se interesó Carlos ante la ausencia de su amigo. - ¿Se puede saber a quién estás buscando? Que yo sepa, nadie de nuestras supuestas amistades frecuenta este ambiente.

- Ya te he dicho que estuve la otra noche, y no me pareció un mal sitio. – contestó Jorge intentando desviar la curiosidad de su amigo.

- Y, ¿la otra noche se te perdió algo? Porque no paras de buscar.

- ¿Buscar?

- Venga tío… Desde que hemos entrado no haces más que mirar a tu alrededor buscando no sé qué. Supongo que buscando a alguien. ¿De quién se trata? Suéltalo. – le sugirió Carlos.

- Tan observador cómo siempre. – contestó Jorge.

- Supongo que es deformación profesional. Venga, suéltalo.

- La noche del entierro estuve aquí. Tú y yo habíamos quedado. Tenía tiempo de sobra y decidí entrar aquí a tomar una copa y así hacer tiempo. Coincidí con una chica. Eso es todo. – le contestó escueto.

- ¿Eso es todo?

- Sí, eso es todo. Simplemente quería ver si… Bueno, quería volver a coincidir con ella.

- Ella es esa chica de la que me hablaste. Esa con la que fuiste a ver amanecer.

- Si, ella. – contestó Jorge ante la sonrisa suspicaz de su amigo.

- Volver a coincidir con ella… Pero si ni tan siquiera sabes su nombre.

- No se… Me gustaría volver a verla, eso es todo. Pero no sé por dónde buscar. Tú mismo lo has dicho, ni tan siquiera se su nombre. Pensé que tal vez frecuentara este garito. – explicó dirigiendo la mirada hacia su copa.

- Al menos el príncipe tenía el zapato de su Cenicienta. Tú no tienes ni tan siquiera eso. Ufff, Jorge Escuredo Kraufh queriendo volver a ver a una tía. ¿Qué me he perdido?

- No te has perdido nada. Me resultó una chica simpática, eso es todo. No hay más.

- ¿No hay más? Me dejas plantado en una noche que prometía porque te lías a hablar con una tía que ni tan siquiera te zumbaste, venimos aquí con la excusa de quizás volver a encontrártela y aún me quieres hacer creer ¿qué no hay más? ¡Venga ya! – protestó a la vez que le daba un largo trago a su consumición.

- Es difícil de explicar, tío. Ni tan siquiera yo soy capaz de encontrarle un por qué. Desde la otra noche… No soy capaz de sacármela de la mente. Su imagen me asalta cuando menos me lo espero. Sin darme cuenta me encuentro ido, con la imagen de esa chica en mi cerebro. Con esa mirada, con esa sonrisa que me impide pensar en nada más. Necesito volverla a ver. Necesito encontrar una explicación a lo que me está pasando. Es como si… - Carlos lo miraba fijamente mientras atento escuchaba la explicación sin sentido de su amigo. - Todo es tan extraño. Primero aparece de la nada en el cementerio y luego, por la noche me la

encuentro aquí.

- ¿Extraño? Eso no tiene nada de extraño. Simplemente has visto dos veces en el mismo día a alguien que no conocías. Entablasteis conversación y ahí acaba todo. Nada de extraño. Salvo por el detalle que creo que hace años que no entablas una conversación con una fémina sin el propósito de acabar con ella en el catre. – le aclaró Carlos.

- No, no se trata de eso. No sabría cómo explicártelo… No pienso en ella de la forma en la que tú imaginas. Me gustaría conocerla. Es más siento la necesidad de saber más de ella. Una rara sensación de vacío, una sensación de querer más. Aquella noche, es cómo si después de mucho tiempo volviera a ser yo con alguien. Me comporté de una forma natural, sin la sensación de que la otra persona esperara nada de mí. Me sentí seguro, confiado. Fue cómo una bocanada de aire fresco. De aire renovado. Fue cómo salir del círculo vicioso.

- Quizás esa sensación se debe al hecho de que ella no supiera quién eres tú en realidad. Simplemente hablaba con alguien llamado Jordi.

- Me gustó esa sensación. Me sentí valorado por mí, no por mi currículum. Me gustó la sensación de volver a ser yo. Me gustó lo que transmitía. – continuó explicándole a Carlos.

- ¿Y qué transmitía esa chica misteriosa? – se interesó.

- Paz, serenidad, fuerza, ganas de vivir, alegría. - enumeró pensativo.

- Ufff… No sé qué decir.

- Hoy tenia la esperanza de volvérmela a encontrar aquí. Pero no ha sido así.

Carlos levantó su mano derecha y llamó al camarero. Este no tardó en situarse frente a ellos a la espera de una nueva demanda.

- Perdona, me gustaría hacerte una pregunta.- comenzó a decirle Carlos al camarero. – Mi amigo estuvo aquí la otra noche. ¿Le recuerdas? – le preguntó decidido.

- Si, lo recuerdo. – contestó extrañado mirando a Jorge.

- Verás… Estuvo aquí con una chica. - le informó a la espera de una respuesta.

- Si, a ella también la recuerdo. Alta, metro setenta más o menos, de pelo castaño y rizado. Ojos color verde. Complexión delgada. – describió con

eficacia.

- Estupendo, veo que la recuerdas a ella también. ¿La conoces? ¿Sabrías decirnos quién es? ¿Su nombre? – continuó Carlos interrogándolo.

- Lo siento. Aquella era mi primera noche en este trabajo. – contestó.

- Vaya… ¿La has vuelto a ver por aquí? – volvió a preguntar.

- No, lo lamento. No la he vuelto a ver. Pero ya le he dicho que aquella era mi primera noche. Llevo poco tiempo en este lugar. Prácticamente todas las caras son nuevas para mi. Aun no se quién es quién. Prácticamente no distingo a los clientes habituales de los que no lo son. Pero puedo asegurarle que ella no ha vuelto por aquí desde aquella noche. – les confirmó.

- Muchas gracias. – dijo Carlos dando por zanjada la conversación. - Bueno, al menos lo hemos intentado. Por algo se empieza. Ya sabemos que no ha vuelto por aquí desde aquella noche. Suponiendo que este sea uno de los garitos que frecuenta. – dijo Carlos a Jorge.

- Será mejor que lo deje. Que la olvide. Es imposible volver a encontrarla. No tengo nada. Ni tan siquiera su nombre.

- Solo a ti se te pasaría por alto preguntarle el nombre a alguien con la que pasas la noche hablando. Te presentas y no eres capaz de preguntarle su nombre. Lo tuyo es de juzgado de guardia. Es lo menos que podrías haber hecho si tanto te gustó. – protestó Carlos.

- No me gustó. Yo no he dicho eso. – rectificó Jorge.

- No, tú no lo has dicho. Eso es cierto. No te gustó, pero después de quince días sigues pensando en ella. Y aquí estamos los dos, a la espera de que aparezca tu Cenicienta. – dijo entre risas.

Capítulo 6

6

Los días continuaron pasando uno tras otro. Sin detenerse por nada, ni por nadie.

Dos meses habían transcurrido desde el entierro de su padre y todo apuntaba que la normalidad había vuelto a su vida. La rutina se había vuelto a apoderar de su día a día. El ocuparse de sus negocios era su eje central.

Atrás habían quedado los innumerables días en los que había acompañado a su madre a arreglar los diferentes papeles que el acontecimiento había provocado. Cómo una sombra, pegado a ella y a su hermano, presenciaba en silencio la lectura de los incontables documentos. Todo eso para él estaba demás. Nada que proviniera de su padre le interesaba lo más mínimo. Aun así, no abandonó a sus únicos familiares en este trance.

Él tenía su propio plan. Tenía una estudiada estrategia que seguir. Simplemente se trataba de tiempo. Tiempo y paciencia para que las piezas encajaran solas. No tenía nada que perder y en el fondo nada que ganar. Todo ello lo hacía por su hermano. En silencio, desde la oscuridad, movía sus fichas con inteligencia.

Cerró, tras de si, la puerta de la suite presidencial del hotel en Verona. Se deshizo de su americana y dejó su maletín sobre la mesa. Se sirvió un wiski con hielo y encendió la televisión. Sin prestarle la más mínima atención, se dirigió a buscar su móvil.

- Jorge, ¿ya has llegado? – preguntó Rubén desde la otra punta de la línea.

- No, Rubén. No he llegado. Continúo en Verona. Me ha sido imposible volar esta noche. – le explicó Jorge a su hermano.

- Joderrr, Jorge! Hace más de quince días que te avisé. La cena es mañana. No me la juegues. ¡Esta vez no! – gritó Rubén.

- Rubén, tranquilízate. No te la voy a jugar. Nadie ha dicho que vaya a hacerlo. En ningún momento te he dicho que no voy a asistir a esa puta

cena.

- Nos conocemos, Jorge. Tenías que haber regresado esta noche. ¿Cómo pretendes que preparemos todo? Hay una montaña de papeles que revisar. Nos jugamos mucho en la reunión de mañana. Aunque a ti nada de esto te importe, yo me juego mucho. – continuó protestando Rubén.

- Sé exactamente todo lo que te juegas Rubén. Es por eso precisamente por lo que no renuncié a asistir a esa cena. Por ti, coño. ¿Cuándo vas a darte cuenta? Escucha. Te aseguro que asistiré. Te aseguro que todo saldrá bien. No tienes nada que temer. Carlos tiene estudiado minuciosamente todos esos documentos. Sabes que me fio al cien por cien de él y su profesionalidad. Mañana en cuanto llegue a la ciudad, él me pondrá al corriente de todos los cambios. Todo saldrá bien. Aquí todo se me ha complicado. Pensaba que todo sería más llevadero y me daría tiempo de volar a última hora de la noche. Pero no ha sido así. Tengo previsto salir mañana temprano. – explicó Jorge malhumorado.

- Lo siento, Jorge. Estoy nervioso. Esa puta ha usado todas sus artimañas para lograr poner en duda las clausulas principales del contrato. Sé que desde la muerte de papá no me has fallado. Pero…, estos cambios de última hora me tienen preocupado. También sé que has de atender tus propios negocios. Perdóname. – se disculpó Rubén.

- Dos cosas. La primera, no vuelvas a usar la palabra papá en ninguna frase en la que se refiera a mí y a Arturo. Y la segunda, ¿puta? – soltó una carcajada. - ¿Qué forma es esa de hablar, hermanito? – continuó riendo. – Espero que mañana no utilices ese apelativo al referirte a la respetable señora Sheila. No sería conveniente. Y por último, vete a tomar por culo y deja de disculparte ante mí. Todo saldrá bien. Ahora deja que te cuelgue y me pueda ir a descansar un rato. Son más de las tres de la mañana y lo que menos me apetece es estar hablando contigo. Buenas noches. – se despidió antes de cortar la comunicación.

Dejó el teléfono sobre la mesita de noche y se dirigió al baño. Le apetecía una buena ducha después del día interminable al que había hecho frente. Y lo peor de todo es que el siguiente no pintaba mejor.

Italia amaneció sumergida en una terrible tormenta eléctrica que impedía que los aviones despegasen con normalidad. Su vuelo se retrasó.

Su amigo Carlos lo esperaba en el aeropuerto. Con nerviosismo condujo por las calles de la ciudad, rumbo al apartamento de Jorge, mientras le ponía al tanto de los últimos cambios.

Con puntualidad inglesa llegaron al restaurante de uno de los hoteles de su difunto padre. Allí les esperaban los otros socios. Sentados en un reservado, tomaban un aperitivo mientras hacían tiempo para que diera comienzo la reunión.

Rubén, al ver llegar a su hermano, se dirigió hacia él y sin dejar que este acabara de saludar a los otros socios, lo agarró del brazo y con autoridad le pidió que le acompañara. Salieron de la sala, caminaron por el pasillo y entraron por la primera puerta que encontraron abierta. Una vez dentro se dieron cuenta que era uno de los almacenes de menaje.

- ¿Sabes qué hora es?!- preguntó Rubén malhumorado. - ¿Cómo te atreves a llegar tan tarde? Encima tienes la poca vergüenza de entrar sonriendo cómo si nada. ¡Sigues siendo el mismo irresponsable de siempre! En eso no has cambiado. Soy un estúpido iluso al pensar que podría confiar en ti. Al pensar que posiblemente estos años habrían hecho que tu actitud cambiase. Pero ya veo que me equivoqué. – le gritó a su hermano.

Jorge quedó quieto, callado, observándolo detenidamente.

- ¿No tienes nada que de decir? – volvió a preguntar Rubén en tono elevado.

- ¡Que sea la última vez que me sacas de una sala de la forma en que lo has hecho hace unos instantes! – le dijo acercándose intimidatoriamente.

- Discúlpeme el señor… - contestó con rintintin.

- Veo que sigues sin entender nada, Rubén. De todos los que están ahí dentro creo que soy el único que no pretende joderte la vida. Por mucho que intentes en buscar lo contrario. Italia ha amanecido bajo una terrible tormenta. Me ha sido imposible llegar antes. Los vuelos se cancelaban sin que pudiera hacer nada. Si te soy sincero, por un momento creí que no sería capaz de llegar. Pero no por mi culpa. Yo no tengo aún el poder para manejar la meteorología a mi antojo. He hecho lo imposible por poder llegar a tiempo a esta puñetera reunión. ¿Y por qué? Todo por ti, maldito cabezón. A mí, personalmente, me trae sin cuidado lo que le pueda pasar a esta puta cadena de hoteles y a todos los negocios que ese cabrón tenía. ¿Cuándo coño te vas a dar cuenta? Esa puta con aspiraciones tiene a los socios minoritarios de su parte. Tan sólo si tú y yo vamos a una esto se puede mantener a flote. Nuestras acciones suman la mayoría, pero aún con eso necesitamos la aprobación minoritaria de los otros accionistas. Eso es lo que ponía en las escrituras. A estas alturas no te ha quedado claro que para que esto siga adelante tenemos que estar unidos. Yo no pretendo joderte la vida. Nunca lo he pretendido. Y ahora, si no tienes un plan mejor, salgamos de aquí, vayamos a esa reunión y démosle por culo a todos los que esperan. Si seguimos el plan que hemos trazado, todo

saldrá bien. Sheila no tiene nada que ofrecerles. Al menos nada mejor que nosotros.

Sin esperar una respuesta por parte de su hermano, abrió la puerta y salió del almacén.

Una alargada mesa preparada para quince comensales, en un comedor privado, les esperaba. Tranquilamente, uno por uno, fueron tomando posiciones alrededor de ella.

Jorge rodeado por su hermano y su inseparable hombre de confianza, Carlos, la presidieron.

Con profesionalidad, engalanados camareros, sirvieron el vino, seguido por un surtido de lo más selecto de la cocina. La mesa se fue poblando de exquisiteces. Aunque los allí presente no parecían estar dispuestos a disfrutar de los manjares, sino a negociar un asunto de lo más serio.

Rubén dio comienzo al discurso que se prolongó durante toda la velada.

- Buenas noches señores. Antes de empezar con el asunto que hoy nos ha reunido aquí, me gustaría agradecer la asistencia a todos los aquí presentes. Los temas que hoy afrontamos son de vital importancia y les rogaría que se armaran de paciencia para razonar los distintos frentes y juntos poder lograr una solución eficiente.

Uno a uno, fueron presentados todos los puntos a tratar. Algunos de ellos dieron como resultado acaloradas discusiones.

Al final de la noche parecían tener encarrilados la mayoría de los temas. Estratégicamente, los dos hermanos, jugaron sus cartas logrando arrinconar a Sheila, dejándola sin la mayoría del apoyo del resto de los accionistas.

Cansado de fingir una aparente tranquilidad, Jorge decidió abandonar la sala. Todos los allí reunidos charlaban apaciblemente sentados en sus sillas y degustando sus copas de la sobremesa.

- Necesito aire. – le dijo a su amigo Carlos, antes de levantarse y abandonar el comedor.

Salió a la calle y se encendió un cigarrillo. Apoyado en la fachada del edificio, fumaba con la mirada perdida en el horizonte de la calle, cuando una voz llamó su atención.

- ¿Se encuentra bien, señor? ¿Necesita que le pida un taxi? – le preguntó

un botones.

- No, gracias. Estoy bien. Simplemente tomaba el aire. No se preocupe. No necesito nada. – contestó cortés.

Acabó el cigarro y caminó calle abajo.

Unos golpes salidos del callejón que rodeaba el edificio llamaron su atención. Decidió dirigirse hacia allí.

Conforme se acercaba, el sonido de esos golpes se intensificaba y unas maldiciones con voz femenina se dejaban oír. Alguien golpeaba el contenedor de basura del hotel.

- Joder… ¡Maldito imbécil! ¡Prepotente de mierda! A estas alturas no serás tú quién me enseñe a mí. – Maldecía una chica a la vez que le propinaba una patada tras otra al contenedor.

Jorge se quedó quieto observando la escena. Aquella voz… Aquella voz le era familiar. Aguzó la vista para intentar distinguir de quién se trataba.

De pronto, se dio cuenta. Era ella. Aquella chica que la tenía tomada con el contenedor era la misteriosa chica de las abejas. Esa que le había nublado el sentido durante semanas y que creía haber podido expulsar de su mente.

Sonriente, se acercó un poco más. Elisabeth continuaba con su acometida, aunque los pasos de él a sus espaldas llamaron su atención. Se giró y lo vio allí parado, observándola.

- Creo que eso es jugar con ventaja. Por mucho que lo intente, no creo que el contenedor pueda defenderse. Como mucho logrará que tu pie quede magullado.

- Interesante observación. – le contestó Elisabeth.

- Buenas noches. Volvemos a coincidir, chica de las abejas.

- Buenas noches. ¿Se puede saber qué se te ha perdido en este callejón? – le preguntó malhumorada.

- Nada. Simplemente paseaba. – respondió triunfante por su hallazgo.

- Pues…, empiezas a resultarme un tipo de lo más raro. Te gusta pasear por cementerios y ahora descubro que también por callejones oscuros sin salida. Extraña afición la tuya, ¿no crees, Jordi?

- Hombre… Me alegra saber que recuerdas mi nombre. Es más, me alegra descubrir que me recuerdas.

- No has contestado a mi pregunta.

- ¿Puedo acercarme? ¿Me prometes que no continuaras conmigo lo que has dejado a medias con el contenedor?

- Imbécil. Puedes acercarte. – contestó sonriente.

- Es todo un alivio. Cenaba en el restaurante y he salido a tomar el aire. ¿Responde eso a tu pregunta?

- ¿Cenabas en el Suculent? – preguntó extrañada.

- Sí. ¿Y tú? – se interesó.

- Pues yo, estaba aburrida en casa y decidí salir a hacer footing. Luego la emprendí a golpes contra este pobre contenedor. – le contestó con sarcasmo.

Jorge fijó la mirada en ella. Iba ataviada con el uniforme de la cocina del hotel. La observó de arriba abajo. Llevaba el pelo recogido en una cola alta. No iba provista de delantal y su uniforme estaba considerablemente limpio, teniendo en cuenta que ya habrían finalizado el servicio. Un zueco de cada color vestía sus pies. Eso le extrañó. Levantó la vista de nuevo y en su chaqueta pudo ver bordado su nombre en hilo azul. Elisabeth.

- Elisabeth. – pronunció.

- ¿Cómo dices? – preguntó fuera de juego.

- Elisabeth. Te llamas Elisabeth. – repitió a la vez que señalaba hacia el bordado.

- Según esto sí. Me llamo Elisabeth.

- La otra noche me fui sin saber tu nombre. Ahora lo descubro en tu indumentaria de hacer deporte.

- Pues ya lo sabes. Problema resuelto. – le contestó sonriente.

- Así que… trabajas aquí. – reemprendió la conversación.

- Sí. Lo del footing no ha colao ¿verdad?

- Hombre… en un principio tenía mis dudas. ¿Se puede saber qué es lo

que te ha ocurrido para tener ese enfado?

- Calentones del trabajo. Nada del otro mundo.

- Pues por la forma en que le arreabas al contenedor…

- El jefe de cocina. Un hipócrita engreído. Un pelota remilgado. Nada que no se salve con una pequeña sesión de boxeo.

- ¿Qué te ha hecho? – se interesó nuevamente.

- Hay veces que es tan obcecado que no diferenciaría un plátano de una naranja. Y si algo no sale a la perfección… por supuesto la culpa no es suya y de su falta de organización. Pero dime… ¿Has cenado aquí?

- Sí.

- ¿Sólo?

- No. Con unos amigos. Podría decirse que celebrábamos el anticipo de un triunfo.

- Ufff, me lo imagino. Una mesa llena de abogados hablando de leyes, juicios y toda esa jerga.

- Más o menos.

- Y dime, ¿es la primera vez que vienes?

- Sí.

- ¿Habéis cenado bien? – se interesó.

- Pues la verdad es que sí. Le puedes decir a tu jefe que no tiene que preocuparse tanto. Yo he encontrado la cena exquisita.

- Jejeje... No te lo tomes a mal, pero no era tu mesa el motivo de la crispación de mi jefe.

- ¿A no? ¿Entonces?

- Esta noche teníamos unos comensales importantes. Una de esas mesas en la que tienes que dar el doscientos por cien de ti mismo. Una de esas en la que no puede fallar ni en el más mínimo detalle.

- Vaya… Pues no he visto a nadie conocido en el comedor.

- Claro que no. Estaban en un comedor privado. Aislados del resto de comensales.

- Vaya… ¿Tenéis de eso también? Curioso. Y ¿puede saberse de quién se trataba? – preguntó curioso.

- Supongo. No creo que sea ningún secreto. Se trataba de los jefazos. De los jefes gordos y todo su sequito. – le explicó.

- Interesante. ¿Los conoces? - comentó pensativo.

- Pues en estos momentos, sinceramente, no se ni quiénes son mis verdaderos jefes.

- ¿Y eso? – volvió a preguntar Jorge fingiendo inocencia.

- Hace unos meses el propietario de la cadena falleció. Según los rumores todo ha pasado a manos de sus dos hijos y de su esposa.

- ¿Rumores?

- Sí. En estos momentos no sabría decirte quién es el que paga mi nomina exactamente. El antiguo propietario, a veces, se dejaba ver por las cocinas. Pero estos dos, a fecha de hoy, no han dado señales de vida. Uno de los hermanos trabajaba junto a su padre, pero el otro… No se ha dejado ver jamás. Las alcahuetas dicen que es un apuesto Don Juan. Que siempre ha trabajado fuera del cobijo de su padre. – le explicaba Elisabeth inocente, sin saber quién era realmente su interlocutor.

- ¿Eso dicen? ¿Y tú qué piensas? – indagó con curiosidad.

- Qué más da lo que yo piense. No me pagan para pensar. – dijo en medio de una carcajada.

- Algo pensarás al respecto, ¿no? – insistió Jorge.

- Sinceramente, creo que es un niño rico venido a más. Creo que lo que ha hecho en su vida es aprovechar su posición y su situación económica para darse la gran vida. Para recorrer el mundo fundiendo la pasta de papá pasándolo en grande. Y ahora…, ahora que el patriarca ha estirado la pata se ha visto obligado a volver a casa para hacerse cargo de la parte del negocio que le corresponde. Aunque no creo que eso llegue a ningún puerto. – concluyó.

Jorge la observaba con interés. Definitivamente, esa chica no tenía ni idea de quién era él. De lo contrario, seguro que su explicación habría sido

diferente.

- Así, que no crees que el Don Juan salga airoso. – dijo sonriente.

- Pues…, no. Llevar un negocio de esta envergadura no debe ser tarea fácil. Imagínate a alguien que ha llevado una vida de lo más distendida ocupándose de todo esto. Demasiadas responsabilidades de golpe.

- Visto así, tal vez lleves razón. Tengo entendido que esta es una de las cadenas hoteleras más importantes del país. – le informó Jorge.

- La tercera más importante a nivel nacional. Eso traducido a números es igual a un pastizal considerable.

- Nunca lo hubiera definido así. – sonrió Jorge.

- Claro que no. Tú eres abogado. Un chico de cultas palabras. Lo tuyo deben ser más los números exactos y cifras calculadas al milímetro, ¿no?

- Posiblemente. – respondió con una sonrisa. – Así, que tus nuevos jefes no te inspiran confianza.

- No, no se trata de eso. Me trae sin cuidado la confianza que puedan inspirarme. Lo que me preocupa es cobrar a final de mes.

- Y dices que ¿llegaste a conocer al antiguo dueño? – preguntó resoluto.

- Sí. A veces visitaba la cocina. Revisaba el funcionamiento de esta. Se pasaba todo un servicio observándonos trabajar. Rectificaba lo que veía conveniente y luego desaparecía, no sin antes echarnos una charla. – le explicó escueta.

- ¿Y qué te parecía? ¿Cómo era? – se interesó fingiendo inocencia.

- Pues no sabría decirte. Un hombre serio, cerrado. Las últimas veces que se dejó ver, tenía un aspecto cansado. – respondió pensativa.

- Interesante…

- ¿Interesante? Esto parece un interrogatorio. – dijo entre risas.

- Está bien, cambiemos de tema. ¿Qué es lo que haces exactamente en la cocina? – continuó su interrogatorio.

- Pues…, lavo platos. – respondió sin pensar.

- ¿Friegaplatos? – preguntó asombrado.

- Sí. Sorprendido, ¿verdad? Es un puesto de lo más atractivo. Y con una responsabilidad que no está pagada, jejeje...

Jorge la observaba con detenimiento. Estudiaba cada una de sus reacciones, queriendo averiguar más de esa chica que sonreía delante de él.

- ¿Fumas? – preguntó Jorge ofreciéndole un cigarrillo.

- Pues…, no debería, pero… - se decidió y cogió un cigarro de la cajetilla.

- ¿Te apetece tomar una copa conmigo cuándo salgas? – le preguntó.

- Chico directo, ¿eh? – contestó fijando su mirada en él.

- ¿Para qué perder el tiempo con rodeos?

- ¿Y tus amigos?

- No creo que me echen en falta. Sobrevivirán sin mí. ¿A qué hora acabas?

- No creo que tarde mucho. Aunque exactamente no sabría decirte. – respondió Elisabeth.

- ¿Quedamos aquí? – preguntó Jorge.

- ¿En el callejón? Es un lugar interesante, pero sería mejor quedar en el aparcamiento. ¿No crees? Allí tengo mi coche.

- De acuerdo, en el aparcamiento. Te esperaré.

- Espero que no se demore la cosa. – dijo sonriente.

- No se demorará. Estate tranquila. – le aseguró.

Se despidieron con una incipiente sonrisa en sus rostros. Elisabeth entró de nuevo en el edificio a través de una puerta trasera y Jorge encaminó sus pasos hacia la entrada principal.

Triunfante por su hallazgo se dirigió de nuevo hacia el comedor donde aún estaban todos. Tomó asiento al lado de Carlos, en silencio observó al resto de los asistentes.

- Que callado has vuelto. Cualquiera diría que has visto un fantasma ahí

fuera. – le comentó su amigo.

- Podría ser. – Carlos lo observó con más detenimiento. – Esto está finiquitado. No creo que esta noche logremos avanzar más de lo que hemos hecho. De momento podemos estar contentos con lo que hemos logrado. – dijo Jorge.

- Quizás estés equivocado. Hay veces que con un buen wiski en la mano se puede lograr dar otra vuelta de rosca. – le aclaró su amigo.

- Por mi parte no pienso dar ninguna vuelta de rosca más. Me marcho. – dijo con seguridad.

- ¿Cómo que te marchas? – se asombró Carlos.

- Es fácil. Me levantaré, caminaré hacia la salida y desapareceré. – le aclaró sonriente.

- Deberíamos asaltar a Gómez. Creo que es un buen momento. Lo he visto bastante indeciso. Podríamos asegurarnos un tanto a nuestro favor.

- ¿Gómez? En estos momentos ese vejestorio no creo que distinga su mano derecha de la izquierda. Ha bebido más de la cuenta. Además, de eso te puedes encargar tú. Eres un genio en la materia.

- ¿Yo? Eres un cabrón. No pensarás dejarme a mí esa papeleta. – protestó Carlos.

- Reconócelo. En el fondo te gusta el trabajo sucio. Disfrutarás engatusando a ese viejo. Invítalo a una partida de golf. O simplemente llévatelo de putas. Tengo entendido que es un experto en la materia. – contestó sonriente.

- ¿Se puede saber a qué viene esa prisa? ¿Qué me he perdido?

- La he encontrado, Carlos. He encontrado a mi chica de las abejas. La tenía mucho más cerca de lo que nunca creí. Acabo de quedar con ella para tomar algo. Y no me gustaría llegar tarde.

- Señor Don Juan. ¿Me cambias por una fémina?

- Curioso… Es la segunda vez esta noche que utilizan ese apelativo para referirse a mi persona. – le confesó entre risas. – Te llamo mañana y me pones al corriente. Disculpa mi ausencia entre los asistentes.

- ¿No piensas despedirte? Tu hermano tenía previsto que os presentarais

a los empleados. – le recordó asombrado Carlos.

- No. De eso también te encargarás tú.

Jorge se levantó y en silencio abandonó la reunión. Encaminó sus pasos hacia el parking de empleados. Sin saber dónde esperar, exactamente, a su chica de las abejas, se recostó en la pared, al lado de la puerta de salida.

Esperó hasta que comenzaron a salir los empleados. Los observaba detenidamente, sin otro fin que encontrar a Elisabeth. Por fin la localizó. Iba acompañada por una chica y un chico con los que conversaba sonriente. Su indumentaria había cambiado Vestía unos tejanos negros y una blusa sin mangas de color naranja. Caminaba con soltura, subida en unos zapatos de tacón negro Se despidió de sus compañeros y dirigió sus pasos hacia su coche. Al llegar a él, dirigió una mirada hacia el parking, buscándolo.

Sonriente, Jorge, caminó hacia ella.

- Llegas tarde. – le dijo a modo de saludo.

- Ya te dije que tendrías que esperar. – contestó Elisabeth examinándolo.

Enfundado en un traje negro con camisa blanca, estaba plantado frente a ella, con las manos metidas en los bolsillos y una reluciente sonrisa en sus labios. Sus ojos desprendían un color verde mucho más intenso que la noche en que se conocieron. Su cabello castaño claro, casi rubios, peinados a la perfección.

- ¿Este es tu coche? – preguntó mirando el vehículo.

- ¿Tú qué crees?

- La próxima vez iremos en el mío. – le dijo con resolución.

- ¿La próxima vez? Jejeje…

- ¿Qué te ha hecho gracia? – preguntó Jorge con descaro.

- Tu confianza en ti mismo. La próxima vez…

- Habrá próxima vez, puedes estar segura.

- Si tu lo dices… ¿Qué problema tienes con mi coche? – preguntó a la defensiva.

- ¿Es seguro?

- Hasta hoy, me lleva y me trae de una pieza a dónde yo decido ir. Pero si no te inspira confianza, puedes pedirte un taxi. Chico pijo.

- Es un poco viejo, ¿no?

- Es lo que es. Y es lo que tengo. Fregar platos no me da para mucho más. Diecinueve años. Así, que se podría decir que vas a ir en un coche clásico. No todos los días te debe surgir una oportunidad cómo esta para subirte a un gran clásico. – le contestó acariciando el techo de su Renault Clío.

- Tú conduces. - sugirió él.

- Por supuesto que yo conduzco. ¿Qué pensabas, que iba a dejar una pieza de colección cómo ésta en manos de alguien que no conozco? – le contestó encaminándose hacia la puerta del conductor.

Ambos subieron en el coche.

- ¿Dónde piensas llevarme? – preguntó Jorge.

- A dos manzanas de aquí hay un tablao flamenco. Es lo último en la vida nocturna de esta ciudad. Palmas, guitarritas y fino. ¿Qué te parece? – contestó Elisabeth a la vez que arrancaba y abandonaba el parking.

- No sabría qué decirte. Pero si tú dices que es lo último…

- Pues no se hable más. – contestó sonriente.

Condujo por las calles sin tráfico hasta llegar a una zona de copas, no lejos del hotel. Aparcó su coche y ambos bajaron de él. Elisabeth se acercó a Jorge y se quedó examinándolo.

- ¿Ocurre algo? – preguntó él extrañado.

- Vas demasiado elegante. Parece que vengas de una boda. Ese traje…, desentona.

- Pues… - contestó fuera de juego sin saber muy bien qué hacer.

Elisabeth dirigió las manos a su cabeza y con decisión lo despeinó. Luego paseó sus dedos a modo de peine entre los cabellos de Jorge intentando darle un aspecto más informal.

- Listo. Así mejor. – le aseguró con decisión.

- Si tú lo dices. – contestó sonriendo sorprendido.

Elisabeth guio sus pasos hacia un pub que había al final de la calle. El portero abrió la puerta al verlos llegar. Entraron con decisión.

El ambiente se tornó oscuro. Una alfombra negra cubría el suelo de la entrada y una gruesa cortina de color burdeos ocultaba el interior del local. Elisabeth la deslizó abriéndose paso a través de ella. Multitud de cabezas se divisaron. Ella lo cogió de la mano y con decisión lo condujo hacia el interior. La iluminación se convirtió en tenue. Jorge observó la decoración. Era cómo entrar en un teatro. Los laterales del local estaban ocupados con imitaciones de palcos, ocupados por mesas y pequeños butacones. En el centro del local, la pista de baile, franqueada por columnas griegas. Del techo colgaban lámparas con largos lagrimales de cristal. Al fondo una larga barra.

La música sonaba alta. La gente bailaba, bebía, reía. En definitiva, disfrutaban de la noche.

Jorge se sintió aliviado al descubrir que no habían acabado en un tablao flamenco cómo le había hecho creer al salir del hotel.

- ¿Qué te apetece tomar? – le preguntó Elisabeth al oído.

- Lo mismo que tú. – contestó sin dejar de observar su alrededor.

- ¿Lo mismo que yo? Que poco original que eres Jordi. – le contestó esperando una respuesta.

Observó cómo él, absorto, miraba el local. Analizando su entorno.

- Un whisky con hielo. Glenfiddich. Con un cubito sólo. – se decidió con resolución.

- Un Glenfiddich con un sólo hielo y una Tanqueray con tónica. – le pidió Elisabeth a la camarera.

Volvió su mirada hacia él que seguía observándolo todo con detenimiento.

- Como sigas mirándolo todo de esa forma, pensaran que no eres de este planeta. ¿Qué es lo que te llama tanto la atención? ¿Qué buscas? – le susurró Elisabeth haciéndolo salir de su ensimismamiento.

- Busco las guitarras y los cataores. – le respondió serio.

- Pues siento decirte que no los encontrarás. Te engañé. Esto no es un tablao flamenco.

- Que desilusión. Me había emocionado al pensar que me llevarías a cantar bulerías y fandangos. – le respondió con cara de decepción.

- ¿En serio? ¿Pensabas qué te llevaría a un sitio así? – preguntó sorprendida.

Jorge comenzó a reír al observar la cara de sorpresa de ella. La camarera esperaba frente a ellos a que abonaran las consumiciones. Jorge sacó su cartera a la vez que ella buscaba en su bolso.

- Ni se te ocurra. Estas las pago yo. – le dijo amenazante.

- Ja.

- Chica de las abejas, no intentes discutir conmigo. Tú me has traído en tu coche clásico, yo invito a las copas. Y no me gustaría ponerme a discutir contigo este asunto. La camarera espera. – le dijo a la vez que dejaba un billete encima de la barra.

Elisabeth se lo quedó mirando con cara de poca convicción, pero decidió no discutir.

- Esta noche has cambiado. ¿No bebes whisky? – le preguntó Jorge cogiendo su copa.

- No. Esta noche tengo sed. No es buena idea calmarla con whisky.

- Por nosotros y por esta noche. – propuso Jorge acercando su copa a la de ella.

Brindaron y bebieron.

- Trabajas en el Succulent. Nunca lo hubiera imaginado. – dijo Jorge iniciando la conversación.

- ¿Por qué?

- No se… Te hacia más ejerciendo de administrativa, recepcionista…

- Bueno… administro los platos de la cocina. Me encargo que no falte ninguno y que todos estén relucientes y en orden. Podría decirse que algo

de administrativa sí que tengo, ¿no?

- Visto así…

- ¿Qué triunfo celebrabais? – preguntó Elisabeth.

- ¿Cómo dices?

- Me dijiste que celebrabais el triunfo de algo.

- Sí. Un caso algo complicado. Es largo y con muchos frentes abiertos. Aunque poco a poco lograremos encauzarlos todos y atar los cabos para que todo salga según el plan trazado. – le explicó.

- Interesante. – contestó sin el menor entusiasmo.

- Y, cuéntame, ¿cómo ha acabado el enfado con el jefe de cocina?

- Bah, bien. La sangre no ha llegado al rio. Por suerte estaba más preocupado en conocer a los nuevos jefes que en los pormenores del servicio. – le explicó dándole un nuevo sorbo a su copa.
- Así que, habéis conocido a los jefes.

- No. Al final nada de eso ha pasado. – le contestó Elisabeth.

- ¿Por qué? – se interesó a sabiendas de la respuesta.

- Pues ni idea. Nos habían avisado que los jefes se presentarían después de la cena. Pero no ha sido así. Gregor, el jefe de sala, nos ha dicho que el señor Don Juan decidió irse sin avisar. Cenó y desapareció sin más, dejando plantado a todos los asistentes. – le explicó sonriente.

- ¿El señor Don Juan?

- Sí. El hijo desconocido del señor Escuredo. Supongo que se aburriría. Se cansaría de aguantar la parafernalia de los demás socios y decidió abrirse.

- Ese es el vividor, ¿no? – preguntó con indiferencia.

- Si, ese. Si cuando yo te digo que esto le queda grande… Según Gregor, el otro hermano se ha pillao un cabreo monumental al enterarse que había desaparecido sin más.

- Ya se le pasará. Seguro que algún motivo de peso tenía para hacer lo que ha hecho, ¿no crees?

- Yo no creo nada. Para mí ha sido todo un alivio enterarme que no tendría el honor de conocer a semejante par de estirados.

- No deberías juzgar a las personas sin conocerlas, chica de las abejas. – le aconsejó.

- ¿Tú los conoces? – le preguntó seria.

- …No. – contestó dubitativo.

- Pues entonces… Pijos estirados y no se hable más. – dijo dando el último trago a su copa.

Jorge se la quedó mirando sonriente. En su interior se preguntaba cual sería su reacción si se enterara de quién era él en realidad.

- Uuuuhhhhh!!!! ¡Me encanta! – gritó ella levantando sus brazos y comenzando a bailar al oír los primeros acordes de la nueva canción. Despacito, de Luis Fonsi, sonaba a todo volumen.

La gente comenzó a bailar al unísono. Elisabeth se giró y continuó bailando de cara a la pista. Sus caderas insinuantes se movían al son de la música. Jorge la observó en silencio. Su figura se grabó a fuego en su retina. No podía apartar la vista de ella, de ese cuerpo que se movía con soltura. Su respiración se aceleró y por su mente comenzaron a desfilar imágenes que hicieron que su entrepierna se endureciera. En ese momento comprendió que lo que más anhelaba era tenerla entre sus brazos, hacerla suya y oír sus gemidos de placer al hacerle el amor. Deseaba sentir el calor de su piel ardiente contra la suya.

Elisabeth se acercó a él. Atrajo su cuerpo hacia ella y rodeándole el cuello con su brazo lo alejó de la barra. Comenzó a mover sus caderas de nuevo. Los labios de Jorge se arquearon dibujando una sonrisa. Posó sus manos sobre las caderas de ella e intentando seguir sus movimientos, comenzó a bailar.

Hacía años que no bailaba. Antes eso era algo normal en él. Le encantaba salir y pasarse la noche bailando una canción tras otra hasta que el día los sorprendía y volvían felices a casa. Pero de eso había pasado mucho tiempo. Esa era una de tantas costumbres que había dejado almacenadas en el rincón de tiempos pasados. Elisabeth, sin proponérselo, había conseguido hacer aflorar de nuevo esa faceta suya olvidada.

La siguió hasta la pista de baile y cómo si de un sólo cuerpo se tratase, bailó pegado a ella. Sus miradas entrelazadas dejaban ver deseos prohibidos. Sin palabras se decían todo lo que deseaban obtener el uno del otro. Sus cuerpos se rozaban sin pudor, acelerando sus pulsos. Juntaron sus frentes, sintiendo sus respiraciones chocando entre ellas.

Podían notar el calor de sus alientos ascendiendo por sus fosas nasales, el deseo sexual que emanaba sus poros se hacía cada vez más inaguantable para ambos.

Jorge exhaló su aroma. Olía a fresas y menta fresca. Cerró sus ojos y la estrechó con más fuerza hacia él.

Era la primera vez que la imagen de Anna no lo invadía al estar con otra mujer. En su mente podía ver con nitidez la sonrisa y la mirada de Elisabeth. Notaba el cuerpo de ella rozando el suyo. El tacto de sus manos acariciándole el cuello y sus dedos perdiéndose entre su cabello alborotado.

Las manos de Jorge abandonaron sus caderas y ascendieron por la espalda de ella explorando cada milímetro del recorrido hasta llegar a su larga y rizada melena.

Abrió los ojos y se encontró con la encendida mirada de ella observándolo sin pudor.

La canción acabó. Ambos pararon, aunque sus cuerpos no se separaron. Continuaron abrazados, con la mirada perdida el uno en el otro.

- Creo que es el momento de tomar otra copa. – rompió Jorge el momento.

Elisabeth separó su cuerpo y respiró profundamente. Tragó saliva intentando deshacer un nudo de sensaciones que se había formado en su garganta. Ambos se dirigieron hacia la barra.

- No sabía que eras un bailarín de primera. – comentó Elisabeth.

- Hay muchas cosas de mí que no sabes. – le contestó con indiferencia.

- Uhhh, ¿pretendes hacerte el interesante? – preguntó sonriente.

- No es mi intención, chica de las abejas. – le respondió a la vez que le retiraba un mechón de pelo que cubría su cara. – Dos de lo mismo, por favor. – le pidió a la camarera. - ¿Trabajas mañana? – le preguntó con decisión.

- No.

- Estupendo. – respondió aliviado.

- ¿Estupendo? – se sorprendió Elisabeth al escuchar la respuesta.

- Sí. De esta manera no tendrás que preocuparte por la hora. Brindemos. Te toca elegir.

- ¿Yo?

- Sí. Antes he brindado yo. Ahora te toca elegir a ti el por qué. Es lo justo. – contestó sonriente.

- Pues… Por las abejas, esos odiosos bichejos causantes de que tú y yo coincidiéramos.

- Por las abejas. – brindó sonriente fijando su mirada en ella.

La música no cesaba de sonar, una canción tras otra, y Elisabeth no cesaba de mover sus pies al compás de esta.

Embobado, Jorge la miraba. Le costaba mantener el hilo de la conversación. La imagen de ella frente a él hacía que su atención se evadiese a otros niveles.

Sin saber cómo, ni el momento en que sucedió, se encontraban nuevamente en mitad de la pista de baile. Bailaban y se divertían cómo hacía mucho tiempo que ninguno de los dos lograba recordar. Se reían y se dejaban llevar por el ritmo de las canciones cómo una pareja más de las tantas que había a su alrededor, aunque para ellos no había nadie más que ellos. Sus miradas estaban blindadas el uno en el otro. Se perseguían con los ojos y sus retinas reflejaban los incontenibles deseos que en su interior luchaban por salir. Deseos a los que ninguno de los dos se atrevía a dar rienda suelta.

Jorge hacia acopio de todo su autocontrol para no cogerla y perderse con ella lejos de miradas ajenas y hacerla suya. Deseaba arrancarle la ropa que cubría su cuerpo. Saborear su piel brillante por el sudor incipiente que comenzaba a aparecer. Deseaba estrecharla entre sus brazos. Acariciar cada milímetro de ella y explorar todos y cada uno de sus rincones favoritos y desconocidos para él. Deseaba oír sus gritos de placer pidiéndole más.

Esa chica casi desconocida le estaba robando la razón. Le estaba haciendo sentir algo que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Era cómo tener una fruta prohibida a su alcance y no poder disfrutar de ella.

En cualquier otra ocasión ya se habría lanzado. Ya habría tomado el control de la situación con total inmunidad, sabiendo que el triunfo estaba de su parte. Pero esta vez era diferente. Y lo que más le turbaba era el no saber por qué esta vez era distinta. Por qué esta vez no era cómo todas las anteriores. Qué era lo que Elisabeth tenía que lo hacía diferente. Le fallaba su confianza en sí mismo y su autocontrol le estaba poniendo a

prueba.

Puede que fuera el hecho de que para Elisabeth no era Jorge Kraufh. Para ella no era más que Jordi, un abogado, alguien anónimo. Con ella su curriculum no tenía validez. Estaban al mismo nivel. Dos personas que se habían conocido por casualidad.

Podía ver, en la mirada de ella, los mismos deseos que tanto le estaban costando mantener a línea a él. Pero había algo, algo inexplicable que hacía que no se decidiera a dar el primer paso. Algo que le impedía sacar la bestia que luchaba en su interior por dar rienda suelta a sus deseos más carnales.

Elisabeth lo miraba, lo observaba con detenimiento. Se preguntaba el porqué de su comportamiento. Sus movimientos habían sido de lo más cometidos. Su actitud hacia ella había sido correcta en todo momento, a pesar de haberse insinuado en más de una ocasión durante la noche. A pesar de haberle dejado vía libre para dar un paso más. Él no había actuado.

En su interior deseaba que todo eso cambiase. Puede que la ginebra ingerida estuviera haciendo efecto en ella y en su sentido común. Deseaba que la abordase. Cada vez se sentía más atraída por ese hombre desconocido que bailaba junto a ella. Su mirada se había grabado a fuego en lo más interior de su ser. Deseaba sentir sus manos más allá de una simple e inocente caricia al bailar. Deseaba sentir el peso de su cuerpo sobre ella. Deseaba sentir su aliento abordándola. Deseaba sentirlo irrumpiendo en su interior. Deseaba dejarse llevar por los deseos de él que eran los suyos propios. Sentía que junto a él podría dar rienda suelta a sus deseos contenidos por tanto tiempo. Sin apenas conocerlo, sin apenas saber nada de él, sentía que sus anhelos más íntimos y desconocidos luchaban por salir, dejarse descubrir de la manera más salvaje ante él. Era cómo si algo sobrenatural la estuviera abordando y dejándola despojada de todo su pudor, desnuda ante él.

Estaban de nuevo de pie, frente a la barra. Bebían de sus copas en silencio. Jorge, con delicadeza, abrazó su cintura y la atrajo hacia él.

- Eres una gran persona, chica de las abejas. – le dijo con sinceridad fijando su mirada en la de ella.

Elisabeth se vio sorprendida por esos ojos verdes posados en ella. Por unos segundos bajó su vista hacia el suelo.

Alzó de nuevo su mirada hacia él y decidió actuar.

Con delicadeza le acarició sus rubios cabellos y lentamente se acercó hacia él hasta fundir sus labios sobre los suyos. Eran unos labios carnosos,

insinuantes, con sabor a whisky.

A Jorge ese gesto lo cogió por sorpresa. Le costó unos segundos reaccionar y responder a la demanda de Elisabeth. A la demanda de esos ardientes labios que habían cogido la iniciativa y el control de la situación. Esa decisión lo dejó por unos momentos fuera de juego, sorprendido. Normalmente era él el que tomaba la iniciativa, el que tenía el control de la situación. Las mujeres con las que solía relacionarse, aun a sabiendas del deseo que sentían por lanzarse sobre él, se contenían y era él el que dirigía en todo momento los movimientos. Esta vez estaba siendo diferente.

Elisabeth devoraba sus labios con ansia. Su lengua buscaba la de él con destreza. Mientras sus dedos se perdían entre sus cabellos dorados y su muslo rozaba su entrepierna con delicadeza.

Jorge posó sus manos al final de la cintura de ella y la estrechó más hacia él. Su entrepierna se endurecía por momentos con los roces que ella le propinaba con maestría.

Cesó ese beso salvaje y sus ojos quedaron fijos los unos en los otros. Sus respiraciones se habían acelerado. La castaña mirada de Elisabeth retaba a esos penetrantes ojos verdes a seguir, a dar un paso más.

- Será mejor que nos marchemos. – propuso él. – Este no es lugar para terminar lo que acabas de empezar, chica de las abejas.

- Conozco el lugar perfecto. – contestó Elisabeth.

Con decisión lo cogió de la mano y abandonaron el local. Caminaron en silencio hasta llegar al coche. De pronto Jorge la agarró por la cintura y la giró hacia él. Pegó su cuerpo al de ella y asaltó su boca con desespero. Perdió su mano derecha entre los rizos de ella y con delicadeza la obligó a que inclinara la cabeza hacia atrás. La boca de ella quedó totalmente expuesta a los deseos de él. Jorge buscaba su lengua, la saboreaba con deleite. Con sutileza le separó las piernas con su rodilla hasta que el muslo de ella quedó a la altura de su bragueta, entonces se pegó más a ella, dejando constancia de su estado.

Elisabeth, abrazada a su cuello, se dejó llevar. Al notar su duro miembro rozar con su muslo, bajo las manos hasta sus glúteos y lo apretó más hacia ella.

Estaban perdiendo el control de la situación. En mitad de la calle, apoyados sobre el coche de ella, se devoraban mutuamente.

Los labios de Jorge descendieron por el cuello de ella, propinándole tiernos besos, lamiéndole la piel a su paso, saboreándola. Aspiraba ese aroma

embriagador a menta y fresas.

Mordisqueo esos pechos cubiertos por la fina blusa naranja. Podía notarlos duros, muy duros.

Los dedos de ella volvieron a perderse entre los cabellos de él, acariciándole la cabeza, dirigiendo sus movimientos. Mientras su pierna se movía con sutileza rozando su miembro endurecido.

Leves gemidos acompañaban la respiración desbocada de ella.

Jorge volvió a ascender hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los de ella. Pegó su frente a la suya. Sus pechos se movían agitados por esa respiración desbocada.

Su mano derecha descendió lentamente, acariciándola a su paso, hasta llegar a su cintura. Siguió por el pantalón, deshizo el camino hasta quedar parado ante el botón. Lo desabrochó y con lentitud introdujo su mano en el interior. Rozó sus bragas hasta cubrir con la palma de su mano su monte de venus. Con destreza las apartó con su dedo índice y con el corazón exploró su vulva. Deleitándose en su clítoris. Lo acarició con maestría. Las piernas de ella se separaron para dejarle paso y su espalda se arqueó levemente por el placer que sentía.

- Hummm… Estás húmeda, chica de las abejas. Me encanta…

Ella dirigió su mano derecha hacia la bragueta de él cubriéndola por completo. Podía notar su erecto pene deseoso por salir. Deseoso de que alguien lo liberara de esa presión que ejercía la ropa sobre él.

Jorge, sin dejar de acariciarla, le impidió que siguiera. Cogió su mano y la puso por encima de la cabeza de ella, sujetándola con decisión.

- No es buena idea. Quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar. – le susurró al oído mientras pellizcaba su hinchado clítoris.

- Eso no es justo. – contestó con un leve gemido.

En un principio le resultó extraño ese comportamiento, pensó en resistirse ante la actuación de él, pero el placer que sentía era más fuerte que su vulnerable fuerza de voluntad y dejó que él hiciera, se rindió al deseo que sentía.

La penetrante mirada de Jorge se había tornado de un verde oscuro, hasta ahora desconocido para ella. La observaba con detenimiento mientras sus dedos jugaban con maestría a su antojo, humedeciéndola cada vez más.

Elisabeth fijó su mirada en él. Sus ojos la observaban a la vez que los de ella lo desafiaban.

Mordiéndose el labio inferior intentaba retener sus ganas de dejarse ir por completo al placer. Retenía, cada vez con más dificultad, el momento de llegar a la cima de ese recorrido que parecía no tener fin. Excitada, cómo no recordaba haberlo estado nunca, luchaba por contener esas ganas de explotar. Mientras él, incansable, hacía que eso fuera cada vez más difícil. Sabía que la tenía a su merced. Podía notar cómo su cuerpo estaba al borde de ese abismo tan placentero.

Le excitaba verla disfrutar en silencio. Creía tener el control de la situación, aunque esos ojos marrones le advertían que eso no era del todo así. La mirada de ella lo retaba a seguir, a la vez que le advertían que el final de todo ese juego no llegaría cuando él quisiera. Le advertían que no tenía el control absoluto.

- Déjate ir. Córrete para mí. – le dijo con autoridad.

- Aquí no. – gimió.

- Aquí. En mi mano. Lo estás deseando. Lo noto. – le volvió a desafiar intensificando sus movimientos.

- No.

Jorge podía ver la excitación en sus ojos. Y aun sabiendo que la tenía a su entera voluntad, no lograba conseguir su acometido. Le sorprendió su autocontrol. En su vida, tan sólo una mujer antes que ella, había logrado permanecer impune a sus deseos. Eso no lo había vuelto a encontrar en ninguna otra de las muchas con las que había compartido una noche de sexo.

Al final se rindió. Sacó su mano del interior del pantalón de ella y con una sensual lentitud acercó sus dedos a los labios de ella. Acarició su boca con la humedad aún latente en ellos. Elisabeth los chupó con descaro y luego lo besó, obligándolo así a saborear su interior.

- Y ahora… Si no tienes un plan mejor, acabemos lo que hemos empezado. Pero no aquí. ¿No crees, abogado? – le propuso con una sonrisa triunfal.

Se montó en el coche y antes de arrancar hizo una llamada.

- Hola. ¿Jaime? Soy Elisabeth. – conversó por el móvil.

- ¿Elisabeth? ¿Qué te ocurre? – le contestaron desde la otra punta de la

línea.

- ¿Cómo está tu abuela? – le preguntó.

- Mi abuela, está noche durmiendo. – le contestó con asombro.

- Dile que iré a visitarla en un rato.

- ¿Tú? ¿Esta noche? – se sorprendió por la petición.

- Sí. Yo, ¿algún problema? – preguntó seria.

- No, ningún problema. Mi abuela te estará esperando. – le respondió Jaime.

- Estupendo. En veinte minutos estaré con ella.

- Entendido.

Mientras, Jorge escuchaba atento la conversación.

- Listo. Nos vamos. – dijo Elisabeth después de colgar el móvil.

- Un momento. ¿No pensarás llevarme a visitar a una anciana en este estado? – preguntó sin entender nada.

- Jejejeje… La abuela de Jaime es encantadora. Ya lo verás. – le aseguró con una sonrisa.

- Me das miedo, chica de las abejas.

Condujo con prisas recorriendo las calles que separaban el pub del hotel dónde trabajaba. Estacionó su coche en el parking de empleados.

Jorge se asombró al descubrir que volvían al hotel. A su hotel. Comprendió que el final del trayecto sería una habitación de este. Su intranquilidad creció al darse cuenta que alguien podría reconocerlo. Tenía por seguro que Elisabeth no era consciente de su verdadera identidad, pero temía cruzarse con alguien que si supiera quién era él en realidad. Eso estropearía lo que prometía ser una gran noche. Eso, sin tener en cuenta la reacción de ella al descubrir la verdad.

La siguió con cautela, observándolo todo a su alrededor. Llegaron a una puerta trasera. Elisabeth tecleó un numero en el dispositivo de seguridad y el sonido de la cerradura al abrirse les indicó que podían entrar.

Primero ella, seguida por él, accedieron a un pequeño hall. Caminaron por los pasillos iluminados por los pilotos de seguridad hasta llegar a la

recepción. Elisabeth, se dirigió al mostrador. Con disimulo Jorge se quedó rezagado en un segundo plano, intentando ocultar su rostro. De reojo pudo ver cómo ella conversaba con el chico de recepción y este le entregó una tarjeta. Volvió hacia él y lo condujo hasta el ascensor de servicio.

- Te has quedado callado. – le dijo observando la tensión en él.

- Nos estamos colando en el hotel, ¿no?

- Si tú quieres verlo así… - le respondió con tranquilidad.

- ¿Se puede ver de otra forma?

- Sí. Esta es la última habitación que alquilarían en caso de overbooking.

- ¿Y la tenéis a vuestra disposición? – preguntó con curiosidad.

- Podría decirse que sí. Es uno de los privilegios de trabajar aquí.

- ¿Los jefes os ceden una habitación para vuestros pinchos de fin de semana? – preguntó a sabiendas de que eso no era así.

- No. No exactamente. Pero no le hacemos daño a nadie. La empresa no quebrará porque tú y yo la ocupemos esta noche.

Por un momento estuvo tentado a confesar su verdadera identidad, solamente por el placer de ver la cara que ella pondría al averiguar que se estaba colando en una habitación del hotel con el dueño de este. Una sonrisa se dibujó en sus labios al ser consciente de la situación. Estaba entrando a escondidas en un hotel de su propiedad.

La habitación estaba al final de un largo pasillo. Elisabeth introdujo la tarjeta en la cerradura y la puerta se abrió. Entraron en el interior.

Ella se deshizo de sus zapatos, Jorge dejó su chaqueta sobre una butaca y se dirigió hacia el mini bar.

- ¿También tenéis barra libre? – preguntó con curiosidad.

- No. ¿Por quién nos tomas? No somos tan manguis. Todo lo que se consume se paga. – le respondió seria.

- Ah, perdona. No sois tan manguis. Disfrutáis de una habitación que no os pertenece sin abonar su precio, pero no gorreáis las bebidas.

- Exactamente. Tú lo has dicho.

- Es todo un detalle por vuestra parte. – dijo sonriente. - ¿No has pensado que puede que algún día descubran este tejemaneje?

- Pues la verdad es que no. Pero si eso sucediera esta noche, la ventaja es que la comparto con un abogado. Me harías un buen precio en mi defensa, ¿no? – le respondió con cara de inocencia.

- ¿Sueles hacer esto muy a menudo? – se interesó.

- ¿Hacer qué? ¿Disfrutar del sexo opuesto, o de esta habitación?

- … las dos cosas.

- ¿Sinceramente?

- Claro, sinceramente.

- Pues, sinceramente… Confieso que es la primera vez que hago uso de esta habitación. Sabía de su existencia, pero antes de esta noche, nunca. Y sobre el otro punto… La frecuencia con la que disfruto del sexo opuesto, me la reservo para mí. Chafardero. Supongo que es deformación profesional el que preguntes tanto, ¿no?

- Jejeje… No veo el problema a responder.

- Problema ninguno. Pero, ¿te he preguntado yo a cuantas féminas te has cepillado este mes?

- No.

- Pues… deberías hacer tú lo mismo.

Elisabeth lo guio hasta sentarlo en la cama. Ella se puso encima de sus piernas. Acarició sus cabellos y se deshizo de su blusa.

- Señor abogado… Tiene un caso a medias. Debería transfórmalo en caso cerrado.

- Ese caso…, lo prefiero abierto. – le contestó acariciando sus hombros y retirando las tiras del sujetador.

Liberó sus pechos y los cubrió con sus manos. Su piel era suave, tibia. Inmóvil dejó que sus manos se movieran al compás de la respiración de ella. Lentamente acercó los labios a su boca y la saboreó. Sus lenguas se entrelazaban con lentitud, buscando la complicidad del otro.

Una mano de Jorge se paseó por ella hasta llegar a su nuca. Con tierna decisión, la rodeó, mientras que su boca descendía por el cuello

lamiéndola, haciendo que sus poros se erizaran al sentir el roce de su húmeda lengua. Sus fosas nasales se inundaron de ese aroma tan personal. El embriagador perfume de su piel y sus movimientos acompasados lo estaban volviendo loco.

Detuvo su recorrido deleitándose en sus pechos. Envolviendo sus pezones endurecidos con su lengua y rozándolos con sus dientes, propinándole tiernos mordiscos que hacían que la espalda de ella se tensara dejándolos totalmente expuestos a los deseos de ese hombre que la devoraba con maestría. Con su otra mano recorría su columna masajeando cada una de sus vertebras a su paso.

Después de unos interminables minutos abandonó sus senos y continuó su descenso por el abdomen. Trazaba círculos sobre su piel, descendiendo, hasta llegar a su ombligo dónde se entretuvo unos instantes antes de continuar su camino y llegar al borde de sus pantalones. Desabrochó el botón, bajó la cremallera y se deshizo de ellos.

Tendida sobre la cama, con su cuerpo vestido tan solo por sus minúsculas braguitas, esperaba con ansiedad que él continuara.

Cogió entre sus manos el pie izquierdo de ella y lo masajeó con la yema de sus dedos. Continuó el masaje ascendiendo por la pierna hasta llegar a sus ingles. En ellas se detuvo y acercó su boca a ellas. Respiró profundamente hasta embriagarse del aroma que desprendía ese tesoro cubierto por delicados encajes de color negro. Mordió el lateral de las braguitas y la despojo de ellas, dejándola totalmente expuesta.

Jorge paseó su mirada por el cuerpo desnudo de ella, tumbada encima de esa cama desconocida, excitada y con la respiración acelerada.

Volvió a besar sus ingles y ella separó las piernas dejándole acceso a sus partes más íntimas. Jorge paseó la lengua por su depilado monte de venus hasta abordar sus labios y llegar a su interior. Estaba húmeda. Una embriagadora calidez lo recibió mientras la lamia con deleite. Envolvió su clítoris, una y otra vez, con su lengua, mientras ella gemía y acariciaba su cabeza con los dedos demandándole más intensidad.

Succionó su punto de locura mientras sus dedos se abrían paso hacia su interior. Entraban y salían buscando profundidad y proporcionándole un placer que la excitaba hasta límites desconocidos para ella. Ascendía rápidamente por ese sendero de placer y deseaba no llegar a su final. Deseaba que esa excitación no acabara nunca. Deseaba permanecer en ese limbo de deseo embriagador. Ese limbo de sensaciones salvajes.

Jorge sabía que la tenía a su merced. El cuerpo de ella le dejaba ver que

esta vez no podría resistirse a los deseos de él.

- Ahora no me lo puedes negar. Quiero saborearte entera. Quiero saborear tu interior. Córrete y sacia mi sed, Elisabeth.

Los músculos de ella se tensaron, su espalda se arqueó sobre el colchón. Separó más sus piernas. Sus manos dejaron de acariciar los cabellos de él, extendió los brazos sobre el colchón.

- No pares. – le suplicó en medio de un gemido.

Jorge dirigió sus dedos hacia su endurecido clítoris y lo pellizcó mientras lo masajeaba en círculo. Le cubrió con la boca la entrada de su vagina y acarició su interior con la lengua.

Los músculos de Elisabeth se convulsionaron y la humedad cubrió los labios de Jorge que excitado le demandaba más.

Lejos de detenerse, continuó con su acometido. Elisabeth entrelazaba sus manos con las sabanas, mordía su labio inferior intentando contener, sin éxito, los gemidos de placer que se abrían paso desde su interior hasta salir de ella.

- Fóllame. Ahora. Necesito sentirte dentro de mí. – le suplicó.

Excitado por la demanda, Jorge se incorporó, se deshizo de sus pantalones, mientras ella le arrancaba la camisa y acariciaba su pecho.

Elisabeth admiraba ese cuerpo perfecto. Esos músculos perfectamente tallados. Dirigió su mirada hacia el erecto miembro mientras él lo cubría con un preservativo.

Con prisas, se dejó caer sobre ella y comenzó a devorar ese cuello que lo volvía loco. Sin espera, se dirigió hacia la entrada de ella y la invadió.

Excitado, sintió el calor que emanaba el interior de Elisabeth, noto cómo su vagina envolvía su pene. La humedad hacía que resbalara hasta llegar a lo más profundo de su interior.

Los brazos de ella le rodearon la espalda demandándole más.

La empalaba con fuerza y sin descanso mientras los sensuales gemidos de ella retumbaban en su tímpano excitándolo más. Tal era la envergadura que estaba alcanzando su excitación, que su autocontrol se tambaleaba y se derrumbaba por segundos. Sabía que no aguantaría ese ritmo por mucho tiempo. Pero no quería parar. No quería contener sus ansias, su

deseo.

Elisabeth cerró sus ojos y clavó sus dedos en la espalda de él.

- Abre los ojos. Mírame. – le exigió él. – Enséñame tu interior, chica de las abejas.

Una nueva oleada de intenso placer la azotó. Su vagina se contrajo absorbiendo el hinchado pene de él y una nueva ola de humedad descendió de su interior.

- … Jordi…. – gimió en medio del clímax.

- Eso es…, mírame. Quiero ver tu mirada mientras tu interior se derrite para mí.

Intensificó sus movimientos buscando, ahora, su propio placer, llegando a la cúspide de su agonía en medio de un bronco grito de placer.

Extasiados, ocupaban cada uno una parte de la cama. Sus mentes, aturdidas por el momento vivido, intentaban centrarse y recuperar la normalidad. En silencio miraban hacia el techo blanco de la habitación.

Jorge se giró y admirando su cuerpo desnudo comenzó a acariciarle los desordenados rizos.

- Odio los silencios. – le confesó.

Elisabeth dibujó una sonrisa en sus labios al oír el comentario.

- ¿En qué piensas? – preguntó de nuevo.

- A ti te lo voy a decir, jejeje… - le respondió sonriente.

- ¿No me he ganado ese privilegio?

- Ese privilegio no se gana con un simple polvo. – le respondió con seguridad.

- ¿Esto ha sido un simple polvo para ti, chica de las abejas? – se asombró.

- No… Esto ha sido el mejor polvo de mi vida y ahora necesito que me jures amor eterno. – contestó en medio de una risa.

- ¿Eso es sarcasmo? – le preguntó sonriente

- ¿Tú qué crees? – contestó girándose hacia él.

- ¿No tienes pareja? – se interesó, intentando indagar en ella.

- Oyeee! ¿Por quién me tomas? Si tuviera pareja, no estaría revolcándome contigo en esta cama de hotel. ¿Y tú, tienes pareja?

- No, yo no tengo pareja. No entra en mis planes.

- Chico liberal. – comentó Elisabeth. – Yo tampoco tengo pareja. Ni tampoco entra en mis planes.

- ¿Nunca has tenido? – continuó su interrogatorio.

- Sí, claro que he tenido pareja. Pero ahora no. Hace mucho tiempo que no pertenezco al grupo de emparejados de nuestra sociedad. ¿Y tú?

- Yo también he tenido pareja. Pero de eso hace mucho tiempo, también.

- ¿Separado? ¿Divorciado? ¿O no llegaste a casarte?

- Viudo. – contestó serio.

- Vaya… Lo siento. – dijo con la voz entrecortada.

- ¿Sorprendida?

- Hombre…, algo si. No voy a negártelo. A tu edad, no es lo normal.

- Y, se puede saber, ¿cómo una chica como tú, no tiene pareja? ¿Tan mal está el mercado de tu zona?

- Podría hacerte la misma pregunta, ¿no crees? Cuando alzas la vista para ojear y ves la oferta…, es cuando te alegras de estar en la situación en que te hallas. Das gracias al todopoderoso por mantenerte sola. Gracias por haberte deshecho de lo que renunciaste y por no darle la oportunidad a ninguno de los que hay de entrar en tu vida. Ese es el mercado de mi zona.

- Abre fronteras.

- ¿Abrir fronteras? Entre el trabajo que tengo y mi vida, no tengo tiempo ni ganas de ampliar fronteras. Estoy bien cómo estoy. Pero lo tuyo es más preocupante. Abogado, simpático, agradable, buen porte… ¿dónde tienes la tara? Porque de no ser así, no creo que te falten opciones.

- Me has pillado… Ronco por las noches. Por eso es por lo que no

encuentro a nadie que me aguante. – le confesó sonriente.

- Eso no es problema para mí. No pienso dormir contigo. – le contestó poniéndose sobre él a horcajadas. – Esta noche me gustaría emplearla en otros pormenores, señor abogado. – le confesó a la vez que paseaba la yema de sus dedos por su pecho, masajeándolo.

Lentamente movió sus caderas sobre él, a la vez que dirigía los labios hacia los suyos. Sus bocas se fundieron y los brazos de Jorge atraparon su cuerpo desnudo.

La temperatura de sus cuerpos empezó a subir de nuevo hasta quedar envueltos en una sensual y excitante calidez que los embriagaba haciéndoles perder el sentido.

Excitados y deseosos de más, se amaron nuevamente. Sus cuerpos respondieron a la salvaje demanda del otro. Sus acompasados movimientos compartían una complicidad capaz de complacerse mutuamente a la vez que encontraban el suyo propio. Dando rienda suelta a sus deseos más ocultos.

Después del tercer asalto, visitaron la ducha, y bajo el agua hicieron frente a una cuarta abatida.

- Tengo hambre. – dijo Jorge abandonado el lavabo con una toalla cubriendo su cintura.

- Hay cacahuetes de cortesía. – le contestó Elisabeth dejándose caer sobre la cama vestida con un albornoz.

- ¿Este hotel no tiene servicio de habitaciones? – preguntó con sarcasmo. – Tenía entendido que es un cinco estrellas.

- Este hotel tiene servicio de habitaciones. Pero, para los clientes. Y te recuerdo que ni tú ni yo somos clientes. – le aclaró.

- Es verdad, lo había olvidado, jejeje… Me conformaré con los cacahuetes. ¿Quieres? – le ofreció abriendo una bolsa.

- No, gracias.

Tumbada en la cama, lo observaba cómo comía. Decidió cerrar los ojos por lo que ella pretendía que fuera unos momentos, pero el cansancio pudo con ella y se durmió.

A su lado, Jorge permanecía sentado en la cama, le acariciaba sus rizos

con ternura mientras contemplaba su rostro dormido.

Una mezcla de sentimientos y confusión lo asaltaron. Ella era diferente a todas las mujeres que había conocido en los últimos años. A su lado se sentía a gusto. Se sentía él mismo. A penas sabía nada de ella y unas desconocidas ganas de averiguar más sobre esa chica lo invadían. Ella era simple, sencilla, natural. Y puede que fuera eso lo que tanto le llamaba la atención.

Salió a la terraza y se sentó en una silla. Allí, en el silencio de la noche, con la mirada perdida en el horizonte, fumaba un cigarro, mientras analizaba todos esos sentimientos encontrados.

Por un momento pensó que eso no sería correcto. Estaba en la terraza de una habitación que supuestamente estaba vacía. Podrían descubrirlos. Sonrió al darse cuenta que ese temor era infundido. ¿Qué más da que los descubrieran? Él era uno de los propietarios del hotel y tenía todo el derecho de ocupar una de sus habitaciones cada vez que le viniera en ganas.

Los primeros rayos de sol lo sorprendieron. Continuaba sentado en la terraza de la habitación, con la mirada perdida en el infinito, mientras ella dormía plácidamente.

El sonido de una alarma rompió la tranquilidad.

Elisabeth se removió entre las sabanas. Giró su cuerpo quedando boca arriba. Abrió lentamente los ojos y al ser consciente de dónde se hallaba, dio un brinco. Quedó sentada sobre el colchón, observando su alrededor. Mientras la alarma continuaba sonando.

- ¡Mierda, mierda! ¡Joderrrr! – Maldijo abandonando la cama con prisas.

Con desespero buscaba su bolso que reposaba en una silla. Lo cogió y buscó en su interior hasta encontrar su móvil. Lo sacó y apagó la alarma. Mientras, Jorge, observaba la escena desde la terraza.

- Me he dormido. ¡Mierda, mierda! – continuó maldiciendo.

Cogió su ropa y, con prisas, comenzó a vestirse.

- Creía que hoy no trabajabas. – comentó Jorge apoyado en la puerta del balcón.

- Y no trabajo. Pero tengo otras obligaciones a parte de mi trabajo, señor abogado. ¿Por qué has dejado que me durmiera? – le reprochó.

- ¿Yo? Ni tan siquiera me comentaste que no lo hiciera. – contestó divertido al ver la escena.

- Llego tarde. ¡Mierda!

Echó un rápido vistazo a la habitación, comprobando que no se olvidaba nada.

- Tengo que irme, llego tarde, tardísimo… Tienes que abandonar la habitación antes de las diez. No llames mucho la atención al salir, por favor. Recuerda que ni tú ni yo deberíamos estar aquí. – le aclaró acercándose a él y dándole un beso en los labios. – Ha sido un placer, Jordi.

- Me debes un desayuno, chica de las abejas. – le dijo sonriente.

- Te llamaré. Lo prometo. – le respondió después de volver a besarle los labios y alborotarle sus cabellos dorados. - ¡Mierda, llego tarde! – volvió a maldecir antes de abandonar la habitación.

Jorge quedó de pie, en medio de la habitación. Sorprendido por la divertida escena que había presenciado. Sin borrar la sonrisa de sus labios se dirigió a darse una ducha.

Sin saber por qué se sentía feliz. Se sentía bien con él mismo y con el mundo que lo rodeaba. Hacía mucho tiempo que no comenzaba un nuevo día con esa sensación de bienestar que inexplicablemente lo invadía. Divertido, recordaba la cara de Elisabeth vistiéndose a toda prisa y sin dejar de maldecir por haberse quedado dormida. Se preguntaba el porqué de su prisa. ¿A dónde llegaba tarde?

Con tranquilidad abandonó la habitación.

Capítulo 7

7

- Buenos días, señor Kraufh. – le saludó su secretaria.

- Buenos días, Gloria. ¿Está Carlos en su despacho? – preguntó con seriedad.

- Sí, señor. ¿Le hago saber que ha llegado?

- No, no te preocupes. Iré yo mismo. ¿Alguna novedad? ¿Algún recado para mí? – se interesó.

- Sí. Su hermano ha llamado tres veces. Me ha dicho que quiere hablar con usted, es urgente.

- Gracias, Gloria. Si vuelve a llamar dígale que en cuanto pueda lo llamaré.

Con decisión dirigió sus pasos hacia el despacho de su amigo. Llamó a la puerta y entró sin esperar contestación.

Carlos estaba sentado frente a su escritorio repleto de papeles, hablaba por teléfono. Jorge tomó asiento frente a él y mientras esperaba que la conversación telefónica finalizase, ojeó los documentos que Carlos le extendió sin darle ninguna explicación.

- Buenos días, señor Kraufh. – Le saludó después de colgar el teléfono. - ¿Qué tal le fue la noche? No esperaba verlo tan temprano.

- Buenos días Carlos. La noche bien, gracias.

- ¿Sólo bien? Me decepciona oír esa respuesta. Esperaba otra mucho más pomposa.

Los labios de Jorge se arquearon, dibujando una pícara sonrisa, al recordar la noche pasada.

- ¿A si? ¿Esperabas otra respuesta?

- Sí. Esa respuesta me lleva a pensar que puede que estés perdiendo tus cualidades de Don Juan. – se burló de su amigo.

- Pues déjame informarte que mis cualidades de Don Juan permanecen intactas. La noche fue a pedir de boca. Demasiado corta para mí gusto.

- ¿Y bien? ¿Se puede saber quién es esa chica misteriosa? – se interesó.

- Elisabeth. Se llama Elisabeth. – le respondió sin poder borrar esa sonrisa de su cara.

- Elisabeth, un nombre con personalidad. – observó Carlos.

- Le sobra personalidad y carácter. Hacía mucho tiempo que no conocía a nadie cómo ella.

- ¿Cómo se lo tomó al enterarse de quién eres en realidad? – le preguntó su amigo.

- No se lo tomó. No le he dicho quién soy. Para ella sigo siendo Jordi, un abogado que llevaba mucho tiempo fuera de la ciudad. – le contestó con tranquilidad.

- ¿Cómo dices? ¿No le has dicho quién eres? ¿Por qué? – se sorprendió.

- Siento que si le digo cuál es mi verdadera identidad, todo cambiará. – le confesó.

- ¿Todo cambiará? ¿Qué es lo que tienes miedo que cambie?
Ella. No te entiendo, Jordi. No pillo dónde quieres ir a parar.

- Es natural, espontanea, divertida. Es sincera. Y me encanta su humor negro a la hora de hablar. ¿Crees que si supiera quién soy en realidad, todo eso continuaría igual?

- ¿Por qué no?

- Joder, Carlos. Tú mejor que nadie sabes que todas las tías que se me acercan lo hacen con el mismo fin. Sorprenderme con su fantástica personalidad, su falsa simpatía y su desinterés fingido. Ella no es así. Actúa de manera natural. Y eso me gusta. Si supiera quién soy, posiblemente esa arrolladora naturalidad desaparecería.

- No tiene por qué ser así.

- ¿Ah, no? Olvidas el detalle de que trabaja en el Succulent y que casualmente el Succulent es de mi propiedad. Soy su jefe. – Carlos lo observaba con detenimiento mientras escuchaba su explicación. – Anoche me estuvo criticando. Me llamó niño pijo malcriado, vividor.

- Hombre…, siempre has tenido tu punto bondage, eso te pondría. – se cachondeó Carlos.

- No se refería a mí. Hablaba de su jefe. – le aclaró.

- O sea, que te puso de vuelta y media. Debió ser divertido. Escuchar cómo criticaba a su jefe, ignorando que realmente lo tenía delante. Jejeje… Divertido, sí señor. ¿Tú qué contestaste?

- Nada. Simplemente la dejé hablar.

- ¿Y no crees que es una posición un poco cabrona? La tuya, me refiero.

- No, es una posición divertida. Así puedo conocer cómo es en realidad.

- Joder… - dijo sorprendido Carlos.

- ¿Qué ocurre? – preguntó Jorge al oír a su amigo.

- "Así puedo conocer cómo es en realidad" ¿Te has oído? – preguntó con sorpresa.

- Sí. Estoy interesado en conocerla. Ya te he dicho que es diferente.

- Tienes que presentarme a esa misteriosa chica. Tú, interesado en conocer a una tía, más allá del catre. Esto es nuevo, amigo. – confesó sorprendido Carlos. – Y, explícame, ¿qué hicisteis anoche, jugar al parchís? – se burló.

- Fuimos a tomar algo. Fue divertido, acabamos bailando en medio de la pista cómo dos energúmenos.

- ¿Tú bailando? Definitivamente, tienes que presentármela. ¿Estás seguro que no te drogó con la bebida?

- Eso no fue todo. Si te cuento dónde he dormido… - le dijo sonriente.

- Sorpréndeme.

- Tenía claro que no quería que la noche acabara con un simple adiós hasta la próxima. Pero algo me frenaba. No sé el qué, pero me cortaba el lanzarme.

- Espera, espera… ¿He oído bien? ¿Estoy entendiendo correctamente? ¿Algo te frenaba, te daba corte? – le interrumpió Carlos sorprendido.

- ¿Me vas a dejar explicártelo? ¿O te mando directamente a la mierda y

paso de contarte nada más? – le preguntó molesto.

- Sigue, sigue, por favor. Esto se está poniendo de lo más interesante. Tú cortado al asaltar a una fémina…

- Pues eso, pero, sin esperármelo fue ella la que tomó la iniciativa. Se lanzó a comerme la boca. Tuve que contenerme para no cogerla y encerrarla en el lavabo del garito. Aun así, no supe por dónde seguir. Entonces ella propuso ir a terminar la noche. Hizo una llamada y, ¿adivina dónde acabamos?

- Después de oír esto, me he perdido. – contestó Carlos expectante porque continuara el relato.

- Nos colamos es el Succulent. – le confesó triunfante.

- ¿Os colasteis en el Succulent? ¿Cómo? ¿Cómo puedes colarte en algo que es de tu propiedad?

- ¿Sabías que hay un tejemaneje interno entre los trabajadores? Tienen una habitación a su disposición los muy jodios. La usan a escondidas para su propio disfrute. – le explicó Jorge.

- …Jejejeje…. Sorprendente. Te colaste en tu propio hotel para echar un polvo. Jodidamente original, cabrón.

- Imagínate mi sorpresa al descubrirlo.

- Y, ¿qué piensas hacer?

- Nada. Tampoco le hacen daño a nadie. Ahora, me dejó bien claro que la habitación se podía usar por la cara, pero que el mini bar no se tocaba. Todo lo que se consumiera había que pagarlo. Jejeje…

- Pues para haberte colado en una habitación por la geta, no la has aprovechado. Son las nueve de la mañana y ya estás aquí.

- Sí. Eso ha sido una pena. Mi idea era haber aprovechado la mañana de otra forma pero los planes se torcieron. Ha tenido que irse a toda prisa, bien temprano.

- ¿Y eso?

- No sé. Lo único que sé es que llegaba tarde. Pero no me preguntes a dónde.

- Esa chica empieza a recordarme a Cenicienta. Aparece y desaparece por

sorpresa.

- … jejeje. Hemos quedado otro día para desayunar.

- ¿Ah, sí? – se sorprendió nuevamente Carlos.

- Sí. Ha quedado en llamarme. – le aclaró Jorge.

- ¿Ha quedado en llamarte? ¿Le has dado tu número? – preguntó sorprendido.

- No. – contestó serio Jorge al darse cuenta de la situación.

- Entonces tendrás que llamarla tú, ¿no crees?

- No tengo su número. – confesó serio.

- Ah… Curioso. Habéis quedado para desayunar otro día, pero ni tú tienes su número, ni ella el tuyo. Curioso. ¿Señales de humo, tal vez? – se burló de su amigo.

Jorge calló en la cuenta que lo que su amigo decía era la realidad. No se habían intercambiado los números. Él no solía dar el suyo, pero casi siempre preguntaba el número de teléfono a su cita. En la mayoría de ocasiones por cortesía, una estrategia más para quedar bien, aunque en el fondo no tuviera la intención de volverla a llamar nunca. Pero, esta vez era diferente. Esta vez sí que quería volver a ver a su chica de las abejas. Quería seguir averiguando cosas de ella. Quería volver a sentirla cerca, ver su sonrisa, compartir su humor negro.

Sabía dónde trabajaba, pero eso de poco le servía. No podía presentarse allí a buscarla si pretendía seguir ocultándole su identidad.

Paseó su mano por la cabeza, enredando los dedos en sus cabellos, intentado buscar una solución.

- Llama a recursos humanos. Necesito la ficha de una trabajadora. Elisabeth, trabaja de friegaplatos en el Succulent. – le ordenó a Carlos cambiando su voz, adoptando un tono de mando.

- Elisabeth, ¿qué más? – le preguntó.

- No sé. No sé cuál es su apellido. – le confesó nervioso.

- Muy bien. Lo que yo te diga. Esto parece el cuento de la Cenicienta. – protestó.

- No creo que sea tan difícil. Elisabeth no es un nombre de los más corrientes. No creo que haya más de una Elisabeth en la sección de lavado de la cocina.

- Esto…

- Carlos, no me jodas. Has conseguido imposibles. Esto es pan comido para ti. Conseguir la ficha de una simple trabajadora.

- ¿Por quién me tomas? Claro que es pan comido. No es a la dificultad a lo que me refiero. – le aclaró molesto.

- ¿Entonces? – quiso saber.

- Hay un tema que se llama protección de datos. No puedes usar la ficha de los trabajadores para tus intereses privados. – le explicó con un molesto sonetillo en su tono.

- ¿Ah no? ¿Y quién va a enterarse que es para mis intereses privados? – le retó.

- ¿Ella? Cuando la localices. – le advirtió.

- Localízame su teléfono y házmelo llegar. – le ordenó. – Estaré en mi despacho. Tengo que llamar al pesado de mi hermano.

- Cambiando de tema. Necesito tu aprobación para la documentación que te he enseñado. Es urgente.

- De eso me encargaré luego.

- Es urgente.

- Lo sé. Pero hay algo que no me acaba de cuadrar. Quiero mirarlo con detenimiento. Hazme llegar una copia. - Jorge abandonó el despacho de Carlos.

Sentado en la butaca de su despacho, ojeaba con detenimiento esos documentos, cuando llamaron a la puerta.

- Adelante. – contestó con autoridad.

- La tengo. – le dijo Carlos triunfante.

- ¿Qué es lo que tienes? – preguntó fuera de juego.

- La ficha de tu trabajadora.

- Te superas día a día. Qué rapidez. Veo que no te ha costado.

- Soy el mejor. Por eso me pagas, ¿no? – contestó divertido.

- Acabo de tener una bronca de cojones con mi hermano. Si no fuera por lo que es… lo mandaría a tomar por culo y abandonaría este tema de una puta vez. – le comentó enfadado.

- ¿Y qué esperabas? Anoche desapareciste en mitad de la reunión sin dar explicaciones. – le recordó.

- La reunión estaba más que acabada. De allí no podíamos sacar más de lo que sacamos. – protestó Jorge.

- Tú no podías sacar más. Pero tu hermano tenía previsto que os presentarais a los trabajadores.

- Eso es secundario. Los trabajadores tienen que trabajar, que para eso se les paga. No tienen que intimar con los jefes. – dijo de mal humor.

- ¿Y eso me lo dices tú? – preguntó con sarcasmo.

- ¿Qué has averiguado? – preguntó con impaciencia, desviando el rumbo de la conversación.

- La verdad, me ha sorprendido descubrir que no eres el único que miente en esta "relación" – le confesó.

- ¿A qué te refieres?

- He hablado con recursos humanos y tan solo hay una trabajadora con el nombre de Elisabeth en la cocina del Succulent. Y no es precisamente una friegaplatos. – le dijo a la vez que le extendía la ficha.

- ¿Segunda? – preguntó sorprendido Jorge al leer lo que en ella ponía.

- Si, amigo. Tu misteriosa chica te ha mentido. Fregar platos no es exactamente a lo que se dedica. – le aclaró con seguridad.

- ¿Seguro que esto está correcto? – preguntó incrédulo.

- Seguro. ¿Cuándo te he entregado yo una información que no estuviera contrastada, que no fuera correcta? Nunca. Yo me he sorprendido tanto cómo tú. He pedido que me lo confirmasen a recursos, pensando que era

un error. Pero no lo es. Tu chica misteriosa es jefa de cocina, de friegaplatos nada.

- Escuredo nunca quiso mujeres al mando de sus cocinas. Eso era una norma inquebrantable en él. – dijo sorprendido.

- Pues parece ser que esta chica es la excepción a esa norma inquebrantable. He hablado con González, de recursos humanos, y me ha dicho que Elisabeth es buena, la mejor. Lleva trabajando aquí dos años, y me ha asegurado que es lo mejor que ha pasado por estos fogones en mucho tiempo. Me ha explicado que a la sombra del chef ha conseguido reinventar el restaurante. Y que si se lo hubiera propuesto, que si realmente le hubiera interesado, habría conseguido desbancarlo. Realmente tiene que ser muy buena para que tu padre la aceptara como jefa de cocina.

- … No lo llames mi padre… - dijo Jorge sorprendido por la información que acababa de recibir. – Entonces… ¿Por qué me dijo que era una simple friegaplatos? – se preguntó a sí mismo.

- Pues… a lo mejor por el mismo motivo por el que tú le dijiste que eras abogado. – comentó Carlos con ironía.

- Te recuerdo que yo soy abogado. – le aclaró molesto.

- Si…, y ella trabaja en la cocina.

- No pone nada sobre su estado civil. – observó Jorge.

- Claro que no. Eso no es un dato primordial en la ficha de ningún trabajador. Ahí tienes su teléfono y su dirección. ¿Qué más quieres? Solo espero que tengas cabeza al usar esos datos. Te puedes meter en un lio, lo sabes. Se supone que tú no eres tú, recuérdalo si piensas seguir ocultándole tú verdadera identidad. – le advirtió Carlos.

- ¿Qué pretendes decirme con eso?

- Jordi, te conozco. No sé qué habrás visto en esa chica, pero ten cuidado.

- Y se puede saber ¿de qué tengo que tener cuidado?

- De ti. Ese interés…, es nuevo. Desde que Anna se fue, nunca te has interesado por nadie. ¿Por qué esta vez sí?

- No lo sé, Carlos.

- Ten cuidado. No sé qué coño es lo que está ideando esa cabeza tuya, pero no vas de frente. Eso no está bien.

- No te pago para que ejerzas de consejera sentimental conmigo.

- Pretendo ejercer de amigo, gilipollas. Esto nada tiene que ver con el contrato laboral.

Carlos se marchó, dejándolo solo en su despacho. Recostado en su butaca, con la ficha de Elisabeth entre sus manos, leía una y otra vez la información que allí se reflejaba.

No entendía el por qué le había mentido. ¿Qué motivo le habría llevado a no decirle realmente a qué se dedicaba? Ser una de las jefas de cocina de un restaurante cómo el Succulent no era algo para avergonzarse. En los dos últimos años había conseguido su segunda y tercera estrella Michelin consecutiva. Trabajar en una cocina con semejante palmarés era algo con lo que la mayoría de cocineros soñaban, sin embargo ella, se lo había ocultado.

Capítulo 8

8

- Consigue ese contrato, Carlos. Haz lo que sea. – le ordenó con seriedad. – Mueve cielo y tierra, pero vuelve con ese contrato firmado.

- Jordi, no lo veo claro. Una cosa es allanar el camino y otra muy diferente lograr que firmen este contrato. No tienes una base segura.

- La tendré. – le aseguró.

- La tendrás, muy bien. Pero de momento no la tienes. No puedes arriesgar de este modo. ¿Por un momento has pensado que sucedería si nuestros planes no salen cómo esperamos? Ese contrato podría arruinarte si no respondes. Y te recuerdo que para responder a él necesitas…

- Ya sé lo que necesito para responder a ese contrato.- Le interrumpió Jorge sin dejar que acabara la frase. – Pero si tenemos ese contrato, nos será más fácil presionar para conseguir nuestra meta. Son cosas complementarias. Una nos ayudará a conseguir la otra y viceversa. – le explicó Jorge a su amigo a través del teléfono.

- No lo veo Jordi, no lo veo. – se quejó Carlos.

- No te pido que lo veas. Consigue que firmen ese contrato. Eso es lo que te estoy pidiendo. – le dijo con autoridad y voz de mando.

- Como usted diga señor Kraufh. – se despidió Carlos.

Sobre las once de la mañana, llegó a las oficinas centrales de la cadena hotelera de la que junto a su hermano y Sheila era socio.

Atravesó el hall. Nada había cambiado. Hacía más de cinco años que no las visitaba, pero su aspecto seguía igual. La misma decoración, la misma distribución.

Subió en el ascensor hasta la última planta y cuando las puertas se abrieron se dirigió hacia el despacho de su hermano.

- El señor Rubén me espera. Si es tan amable puede comunicarle que su hermano ha llegado. – le indicó a la secretaria que asombrada por lo que

había descubierto le miraba.

- Enseguida, señor Escuredo. – le contestó con eficiencia.

- Kraufh. Señor Kraufh, si no le importa.

- De acuerdo señor Kraufh. Enseguida le comunico su llegada al señor Escuredo. – contestó aún más sorprendida.

En cuanto la secretaria le indicó que sería recibido, dirigió sus pasos hacia el despacho de su hermano. La secretaria, con amabilidad lo acompañó y abrió la puerta.

- No se preocupe, puedo yo solo. Gracias. – le dijo Jorge adelantándose a ella.

Entró con decisión, dirigiéndose hacia la mesa donde su hermano esperaba.

- ¿Qué te trae por aquí? ¿Tus propios negocios te han dejado hueco para nosotros? – le preguntó con sarcasmo Rubén.

- No me jodas, Rubén. No he venido a discutir. No tengo ganas. – le contestó serio.

- Pues, tú dirás entonces. – dijo Rubén fijando su mirada en él.

- Esto es lo que me ha traído hasta aquí. – le dijo a la vez que lanzaba un dosier sobre la mesa.

- ¿Qué es esto? – se interesó Rubén.

- Eso son los números de la cadena en el último año. – le aclaró.

- No deberías haberte molestado en imprimirlos. Los tengo presentes.

- ¿Los tienes presentes? – preguntó enfadado.

- Sí. Este año ha disminuido nuestro superávit, pero no es algo alarmante. El mercado se ha vuelto mucho más competitivo. Eso es todo. Ya hemos tomado las medidas necesarias para mejorar nuestro ejercicio este año.

- ¡Los cojones! ¿Con quién crees que estás hablando, Rubén? – preguntó elevando el tono de su voz.

- No sé, dímelo tú.

- Junto a ti, soy el accionista mayoritario. Creía que eso me daba el derecho a que no se me mintiera. ¿Creías que no me iba a dar cuenta? ¿Cómo coño has podido llegar a esto? Joder, pensaba que eras un tío listo. Lo tuyo siempre han sido los números. Y ahora descubro esto. ¿Cómo es posible, Rubén?

- Te vuelvo a repetir que el superávit ha sido menor pero…

- ¡Quieres dejar de venderme la moto! ¿Superávit? ¡Pérdidas, Rubén! Eso es lo que reflejan estos números. Las reformas del último año os han llevado a una situación crítica. ¿Cómo puede ser? Si esos costes se reflejaran en la totalización, ¿sabes cuál sería el resultado?

- Lo sé perfectamente. – contestó serio Rubén.

- Perdidas. Eso es lo que reflejarían. Y esa es la realidad. Lleváis tres años con pérdidas. A día de hoy esta empresa camina sobre la cuerda floja.

- No pretendas descubrirme América. Porque América ya está descubierta. Dime algo que no sepa, Jorge.

- ¿Quién autorizó los presupuestos para esas reformas? Esos presupuestos son una aberración. En los tiempos que corren no hubiera sido difícil conseguirlos por la mitad de lo que aceptasteis. ¿Cómo es posible?

- En su momento perdí toda voz y voto en ese tema. Fue Sheila la que se encargó de ello.

- ¿Y Escuredo lo autorizó? Su costumbre era tener la última palabra en todos los asuntos. No puedo creerme que no fuera consciente de los números.

- Escuredo, como tú lo llamas, no era la misma persona que tú dejaste hace cinco años. En el último año había cambiado hasta quedar irreconocible. Perdió por completo el interés en los negocios. Delegó su mando a Sheila. Y esa puta no desaprovechó la ocasión. Sé que esos presupuestos son una barbaridad. Y más en el momento económico por el que pasa la empresa. Pero no hubo forma de hacérselo ver a papá. En principio los números que se presentaron no fueron esos. Se presupuestó una cosa que fue cambiando conforme avanzaban las obras, y al final el resultado es lo que reflejan esos documentos. – explicó Rubén con preocupación.

Jorge lo escuchó con atención. No podía creer que esa arpía se hubiera hecho con el control de la empresa, delegando a su hermano a un segundo plano. ¿Qué experiencia tenía esa Barbie de mercadillo en el

negocio de la hostelería?

- He visitado los hoteles en los que se hicieron las reformas. Los números no cuadran con las obras que allí se han realizado. – le dijo Jordi.

- Lo sé. – confesó Rubén.

- Eso solo puede significar una cosa. Lo sabes, ¿no?

- Claro que lo sé, Jorge. Pero no he podido probarlo. A día de hoy no he podido probarlo. Esa arpía tiene los cabos bien atados. No hay forma de pillarla.

- Quizás eso, ya no importe. No conseguirás que nada cambie aunque demuestres el fraude por parte de ella. La justicia en este país es muy lenta. Para cuando se resuelva, en el caso de que pudieras demostrar que eso es así, la empresa ya estaría en banca rota.

- Eso también lo sé, Jorge.

- Si los números no cambian durante este año, todo será mucho más difícil. Los proveedores están a punto de cerrar el grifo.

- Por mi parte lo he apostado todo a una sola carta. – le confesó Rubén.

- Y, ¿puede saberse que carta es esa? – se interesó.

- El Succulent. – contestó con decisión.

- ¿El Succulent? – preguntó Jorge a la vez que a su mente venía la imagen de Elisabeth nada más oír ese nombre.

- Sí. Si este año consigue hacerse con otra estrella, eso nos daría un respiro para poder afrontar los pagos durante una temporada. Sin contar con el prestigio que eso supondría. Tres estrellas seguidas durante los últimos tres años. Sería un record en el mundo de la restauración. – le explicó Rubén con entusiasmo, aferrándose a la última oportunidad que tenían para lograr mantener a flote la empresa.

- El Succulent es el único hotel de la cadena que tiene superávit. – dijo Jorge.

- Sí. Y eso, en parte es gracias al restaurante. Tenemos una lista de espera de meses. – le explicó.

- Vale, eso está muy bien. Pero no puedes pretender mantener a flote toda la cadena gracias a él. Eso puede que funcione durante un tiempo

pero…, al final lo arrastraría también a la quiebra.

- Es lo único que tenemos. Por el momento. – dijo Rubén con resignación.

- ¿Por qué no se le da el mismo enfoque al resto de hoteles?

- Lo hemos hecho, pero…, esas cosas tardan en dar sus frutos. Deberías saberlo.

- Lo sé. – respondió pensativo. - ¿Quién está al mando del restaurante? – preguntó a sabiendas de la respuesta.

- Arturo Harguindey es el chef. – Jorge sonrió al oír la respuesta. - ¿Qué te hace tanta gracia? – se interesó Rubén al ver su cara.

- Nada. Había oído que una mujer ejercía de segunda. Aunque nunca le di crédito al comentario. A Escuredo nunca le gustaron las mujeres al mando en sus fogones.

- Lo que has oído es cierto. Una mujer ejerce de segunda.- respondió serio.

- ¿Y ese cambio? ¿Cómo ha sido posible? ¿También se la pasaba por la piedra? – preguntó Jorge con interés.

- ¿A Hernández por la piedra? Jejeje… No. Ni mucho menos. – respondió Rubén entre risas

- ¿Hernández?

- Elisabeth Hernández. Es la segunda de la cocina del Succulent. Y no, no se acostaba con Escuredo. Puedo garantizártelo.

- ¿Entonces? No me dirás que se trata de ti. – se aventuró a indagar.

- Por supuesto que no. ¿Por qué piensas que su puesto se lo ha ganado pasando por la cama de alguien de nosotros?

- No se. Me sorprende hallar a una mujer en su cargo, conociendo de antemano los pensamientos del viejo.

- Hace algo más de dos años se presentó a las pruebas de acceso para ese puesto. Escuredo las supervisó personalmente y lo dejó sorprendido. Le sorprendió su rapidez de respuesta ante situaciones límites. Su tenacidad y su carácter. Sin embargo, no todo fue tan fácil para ella. Ya conoces los pensamientos de Escuredo al respecto. – Rubén hizo una pausa en su relato y observó la cara de interés de su hermano. – Decidió entrevistarse con ella personalmente para comunicarle que no había sido

aceptada. Y fue esa entrevista lo que le hizo cambiar de parecer.

- ¿Qué pasó exactamente? – le apremió Jorge.

- La recuerdo cómo si hubiese sucedido ayer. Yo estuve presente. Escuredo se dirigió a ella de forma muy acometida en todo momento. Resaltó sus cualidades y su carácter de superación. Le reflejó sus aptitudes positivas y lo contento que se sentía al haber podido conocer a alguien con todas esas cualidades. Ella, a pesar de estar escuchando el saco de halagos que le estaba lanzando, no varió un ápice el gesto de su rostro. Ni tan siquiera apareció una leve sonrisa en su cara, más bien todo lo contrario. En todo momento lo miró con desconfianza. Para finalizar Escuredo, le dijo que a pesar de todo ello, no había sido elegida. Le tendió un sobre y le informó que dentro había una carta de recomendación firmada por él mismo. En lugar de hacer lo que cualquier otro hubiera hecho en su situación, agradecerle su gesto y marcharse, se lo quedó mirando fijamente, y fue en ese momento cuando sus labios reflejaron una sarcástica sonrisa. Sin coger el sobre que papá le ofrecía, le preguntó: "¿Podría decirme que pone en esa carta de recomendación? ¿Que me he presentado a las pruebas pero no las he superado? ¿O simplemente se limita a recomendar a alguien en la que no confía para que trabaje en sus cocinas? Sea franco y dígame sinceramente el por qué a pesar de ser tan buena, como me ha dicho hace unos instantes, no soy apta para ocupar el puesto. Dígame que por el hecho de ser mujer no puedo acceder a él. Le agradezco su carta, pero no me hace falta. Me gusta entrar en los puestos de trabajo por méritos propios y no por la recomendación de alguien que no confía en que mi profesionalidad sea suficiente para ello. No estoy en el paro, ¿sabe? Quería entrar a formar parte del equipo de su restaurante, pero si no es posible, no necesito que me recomiende a ningún otro" Eso fue lo que le soltó del tirón y sin ni tan siquiera inmutarse. Escuredo la miró de arriba abajo detenidamente. Esa chica le acababa de hacer un desplante que ningún otro hasta el momento se había atrevido a hacerle. Había rechazado su carta de recomendación y le había plantado cara a su decisión. Escuredo, muy serio, le preguntó qué es lo que ella podía ofrecer a su cocina que a él se le había pasado por alto. "Frescura, dinamización y lograr que tradición y vanguardia vayan de la mano. Cosa que está a años luz de conseguir reflejar en sus platos a día de hoy." Respondió con una seguridad que hasta a mí me dejó sorprendido. Escuredo se quedó sin palabras y tras guardar unos minutos de silencio en los que supongo que estaría sopesando su respuesta le ofreció quince días de prueba. "Un mes." Respondió ella retándolo. "Deme un mes y le demostraré lo que podría llegar a conseguir de un restaurante como el del Succulent." Escuredo accedió a su petición, no sin antes pensarlo. Si te soy sincero, sé que en el fondo le concedió ese mes de prueba para poder regodearse aún más de su triunfo. Pero se equivocó. En un mes esa chica consiguió cambiar el enfoque de la carta. Aumentaron las reservas y consiguió reducir los costes. Como te he dicho antes, de eso hace algo más de dos años. La verdad es que es un genio. Ha sabido manejar a su antojo al

personal, cambiar la carta con el consentimiento de Arturo y todo eso con una mano derecha y una seriedad envidiables. Realmente ella es la responsable de que nos adjudicaran las dos estrellas. Y lo más sorprendente de todo es que le gusta trabajar en la sombra, detrás del telón. A todos los efectos, Arturo es el responsable de todos los logros, al menos cara al público. – relató Rubén.

- Sorprendente. ¿Me estás diciendo que esa chica consiguió que se tragara sus propias palabras y sus pensamientos sobre las mujeres en las grandes cocinas? – preguntó Jorge.

- Más o menos. La verdad es que ha sido uno de los mejores fichajes de los últimos tiempos. Por no decir el mejor.

- Interesante. Pero ese no es el tema que me ha traído hasta aquí. Esos números no pueden seguir así, Rubén. Tú mejor que nadie deberías saber que esta situación es insostenible.

- Lo sé, Jorge. Al morir Escuredo he tomado seriamente cartas en el asunto. Confío en que den sus frutos pronto.

- Esto no es una cosecha de melocotones subvencionada por la comunidad europea, Rubén. ¿Te has planteado que si las cosas no cambian a corto plazo habría que pensar en la posibilidad de vender? – Jorge dejó caer la propuesta cómo un jarro de agua fría a su hermano.

- ¿Vender? ¿Quién compraría la cadena en semejante situación? No. Por el momento, aunque surgiera la ocasión, descarto esa solución. Además, en estos momentos esa decisión no dependería solamente de mí. Estás tú, Sheila y los accionistas minoritarios. Sé que en el fondo esa sería la mejor solución para ti. Seguramente tú estarías dispuesto a vender al mejor postor. De eso no me cabe la menor duda. Y Sheila…, ella vendería a su madre por un buen puñado de billetes. Pero yo me he deslomado en esta empresa. No voy a dejar que esto acabe tan pronto. No sin intentarlo todo. – le contestó enfadado.

- ¿Qué te hace suponer que yo quiero vender?

- No me hagas reír, Jorge. Esta empresa no te ha importado nunca lo mas mínimo. No nos engañemos, tienes tus propios negocios. Esto solo supone una piedra en tu camino. Y ahora, conociendo la realidad, estarás deseando deshacerte de tus acciones.

- No debiste ocultarme algo así. ¿Qué te hacia suponer que no lo descubriría? – le preguntó Jorge.

- No se… Si te soy sincero, me ha sorprendido tu interés mostrado en todo este asunto. Pensé que después del entierro, después de la lectura del

testamento, volverías a desaparecer. – le confesó con vergüenza.

- Pues te equivocaste. Estoy dispuesto a luchar hasta el final. Pero puedo asegurarte que no me hundiré con la cadena. Esto ha sido un regalo envenenado. Esta manzana está bastante podrida. Y tú mejor que nadie lo sabes. – explicó Jorge con decisión.

- La mayoría de accionistas minoritarios se están planteando deshacerse de sus acciones. – le confesó Rubén.

- Eso no debería preocuparte.

- ¿A no? Sheila está detrás de ellas. Al final conseguirá hacerse con ellas. – le comentó con preocupación.

- Aunque eso sucediera, no cuenta con la mayoría de las acciones. La suma de las nuestras supone más del cincuenta por ciento de ellas. Eso hace que las decisiones dependan de nosotros. – le aclaró Jorge.

- ¿Nosotros? ¿Insinúas que esto es el comienzo de una sociedad? – preguntó Rubén sorprendido.

- ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si me he interesado en este asunto no es para dejar en manos de esa puta las decisiones de la cadena. Aunque si tienes una solución mejor, soy todo oídos. – le contestó a su hermano.

- No, no tengo ninguna solución mejor.

- Pues entonces, hagamos que esos números cambien. Algo se podrá hacer. – en el rostro de Rubén apareció una leve sonrisa. – Ahora si me disculpas, he de atender otros asuntos. – dijo Jorge levantándose de la silla. – Y una última cosa, no se te ocurra ocultarme ningún dato más. – concluyó antes de abandonar el despacho de su hermano.

Se montó en su coche y puso rumbo a la zona residencial, a las afueras de la ciudad.

Capítulo 9

9

Aparcó delante del número diecisiete de la Avenida de la Libertad.

Desde allí podía ver con claridad la casa número veintiocho sin salir de su vehículo, sin ser visto. Desde su posición, veía perfectamente la entrada y el jardín delantero. Podía controlar los movimientos de entrada y salida.

Era una casa unifamiliar de ladrillo visto, al igual que la mayoría de las de la calle. Lo que la hacía diferente del resto era el jardín. Le llamó la atención lo meticulosamente cuidado que se encontraba. Unos setos, milimétricamente cortados, bordeaban un lateral. En el lado izquierdo, un olivo cortado en forma de balanza. Rodeado de pequeños haces de flores de distintos colores. Un caminito forrado de piedra, unía la verja con la entrada principal de la vivienda. Al otro lado de este, césped. Un tupido césped que más bien parecía una alfombra. Pensó que posiblemente era artificial. La uniformidad de su color lo llevó a pensar que eso era así.

Dos ventanales custodiaban cada uno de los lados de la puerta principal. Delante de ellos dos jardineras con margaritas blancas. Todo ello cuidado hasta el más mínimo detalle.

Se encontraba embobado, observando los detalles de la casa, intentando averiguar algo más que le hiciera saber cómo podría ser la vida dentro de ella, cómo sería el día a día de ese hogar, cuando a lo lejos vio acercarse a alguien.

Una niña caminaba dando pequeños saltitos, cogida de la mano de una mujer.

Aguzó su vista y por fin pudo reconocerla. Era ella.

Vestida con unos tejanos azules, una sudadera rosa y unas zapatillas de deporte blancas. Su pelo recogido en una cola.

La niña llevaba el uniforme escolar. Por la hora que era, supuso que venían del colegio.

Llevaba más de una hora aposentado en aquel estratégico lugar. Sabía que hoy era su día de fiesta y había decidido montar guardia ante su casa. Había decidido dedicar el día a espiar sus movimientos. Si algo podía averiguar sin ser visto, era ese día. Ella no trabajaba y lo normal, pensó, es que le fuera más fácil poder coincidir con ella entrando o saliendo de su

casa.

Casi había perdido la esperanza de lograr su propósito, cuando la vio acercarse calle abajo.

Su sorpresa fue verla aparecer con esa niña cogida de la mano. ¿Sería su hija? ¿Tenía una hija? No tenía por qué ser así. Podría ser una sobrina, la hija de una vecina, de una amiga. Esas preguntas y muchas más rondaban su mente sin encontrar una respuesta.

Ella le había dicho que no estaba con nadie. Pero, podría haberle mentido. Si eso fuera así, la historia se tornaba diferente.

Se las veía charlar apaciblemente, mientras caminaban rumbo a la casa. La niña gesticulaba continuamente explicando algo que desde su posición era imposible escuchar. Ella sonreía y dirigía su mirada hacia la menor.

Al llegar a la altura de la verja se detuvieron. Elisabeth metió la mano en su bolsillo y sacó unas llaves. Estas se le cayeron.

Al agacharse para cogerlas dirigió la vista hacia donde Jorge estaba estacionado. Por un momento pareció quedarse mirando extrañada hacia su coche.

Temió ser descubierto. Puede que hubiera aparcado demasiado cerca. ¿Qué haría si lo descubría?

De pronto, un coche llegó. Aparcó delante de la casa y de su interior salió un hombre.

La niña corrió hacia él y lo abrazó.

Era un hombre alto de pelo canoso. Vestido con un mono grisáceo. Se acercó a Elisabeth, que había apartado la mirada del coche de Jorge, y le dio dos besos. Uno en cada mejilla. Los tres entraron al interior de la vivienda.

¿Quién sería ese hombre? Tenía que averiguarlo. Y quería averiguarlo cuanto antes.

Aunque tan solo habían sido unos minutos los que los había observado, su comportamiento había sido el de una familia unida que regresa a casa para comer a mediodía.

Decidió continuar en su posición, observando los movimientos de la casa.

Poco después de las dos y media el hombre abandonaba la casa junto con la niña. Ambos se montaron en el coche y desaparecieron calle abajo.

Dedujo que la llevaba de vuelta al colegio.

No apreciaba movimiento en la casa. Aunque sabía a ciencia cierta que ella se encontraba en el interior.

Antes de posicionarse en su localización había dado un par de vueltas a la manzana y había comprobado que la casa no tenía ninguna otra salida. Es más, podía ver con claridad el coche de ella aparcado en la esquina. Ella seguía dentro de la casa.

Mentalmente analizó la situación y decidió abandonar su vehículo para dirigirse hacia la casa. No tenía claro cómo actuaría en el caso de que ella saliera y lo encontrara. No sabía cómo reaccionar si ella lo descubría, no sabía que excusa utilizaría si eso sucedía, pero aun así, se acercó decidido a espiar el interior a través de los setos.

Pasó por delante de la entrada mirando de reojo hacia el interior, rodeó la casa intentando escuchar algún ruido. A través de los setos intentaba divisar algún movimiento en el interior. Todo estaba en calma, tan solo el leve sonido de una melodía se podía escuchar a través de las ventanas cerradas. Esos acordes le eran familiares. Esa música ya la había oído antes. Aguzó su oído para intentar escuchar con más claridad esa melodía. De pronto el sonido aumentó. Pudo verla saliendo al jardín trasero, dejando la puerta abierta. Entonces reconoció la melodía. Se trataba de una pieza de Ludovico Einaudi.

¿Cómo no reconocerla? Su madre era una ferviente admiradora del pianista. Sin contar que se trataba de un amigo de la familia desde tiempos inmemoriales. Le sorprendió que ella escuchara ese tipo de música.

La observó moverse con soltura por el jardín, reuniendo varias herramientas. Una brocha, lijas, una lata de pintura… Después se dirigió hacia una caseta de madera que se encontraba en la parte más alejada del jardín y entró en ella. No tardó en salir cargada con una pequeña mesita a medio restaurar. Tomó asiento en el suelo y comenzó a trabajar en ella.

Jorge la observaba con detenimiento. Una aureola imaginaria la rodeaba mientras lijaba con pausados movimientos la pata de la mesita. Su cara reflejaba serenidad.

De pronto el móvil de Jorge comenzó a temblar en su bolsillo. Era una llamada de la oficina.

- Kraufh. – contestó con decisión.

- Señor Kraufh, sé que me dio órdenes de que no se le molestase. Pero tiene una llamada de la oficina de Verona. – le comunicó Gloria, su secretaria.

- Esas fueron mis órdenes Gloria. – respondió con dureza.

- Lo sé, señor Kraufh. Es la tercera vez que intentan ponerse en contacto con usted. Les he dicho que estaba reunido que no se le podía molestar pero insisten en que es un tema importante. Insisten en que necesitan hablar con usted lo antes posible. Siento haberle molestado, pero ya no sabía qué hacer.

- Está bien, Gloria. Pásame la llamada. – le ordenó.

- Ahora mismo, señor. – respondió con eficacia a la vez que desviaba la llamada a su móvil.

- Buon pomeriggio signore Kraufh. Scusa la mia insistenza. – dijo una voz desde la otra punta de la línea.

- Cosa sta succedendo Jovanna? – se interesó de mal humor.

- Ho bisogno della documentazione firmata che ho chiesto. – le comunicó su secretaria en Verona.

- ¿Qué necesitas la documentación que me pediste firmada? – preguntó sorprendido.

- Si signore. Il periodo di consegna si riunisce in due ore.

- Ya sé que el plazo de envío cumple en dos horas. Pensaba que esa documentación estaba enviada hace días. – protestó en un perfecto italiano.

- No signore. Non l'abbiamo ricevuto da te. – le aclaró.

- ¿Cómo que no se ha recibido por mi parte? Hace días que se reenvió firmada. – le contestó elevando el tono de voz. - Non può essere! – gritó. – Come mai non sono stato informato prima!!! - elevó el tono de voz de la conversación, sin ser consciente de la situación en la que se encontraba, y continuó protestando a través de su móvil.

Elisabeth oyó las voces desde su jardín. Eso la desconcentró. Oía cómo alguien protestaba sin cesar en italiano. Le extrañó el hecho de escuchar solamente una voz. Nadie replicaba a las protestas continuadas de ese individuo. Supuso que hablaba por teléfono.

De pronto se dio cuenta de que esa voz le era familiar y prestó más atención a la conversación. No entendía nada de lo que ese hombre decía. Sin embargo, esa voz…

Dirigió su mirada hacia el lugar de dónde provenían esos gritos, aunque los setos le impedían ver quién se encontraba tras ellos.

Se levantó y encaminó sus pasos hacia allí. Intentó mirar a través de ellos pero lo único que veía era a un hombre trajeado de espaldas a ella.

Deshizo el camino y fue a buscar una silla. La acercó al seto y se subió en ella para poder ver con claridad de quién se trataba.

Asomando la cabeza por encima de la valla lo descubrió.

Discutía con alguien por teléfono. Su mano derecha sostenía el móvil mientras que la izquierda no cesaba de gesticular. Cómo si lo pudieran ver, cómo si eso hiciera que sus palabras tomaran más sentido.

Sonrió al descubrir que se trataba de Jordi. "Que casualidad. Volvían a coincidir.", pensó. Sin bajarse de la silla continuó observándolo.

Él se encontraba de espaldas a ella, así que no fue consciente de la situación hasta que después de colgar oyó su voz.

- El mundo es un pañuelo. – dijo Elisabeth atrayendo su atención.

Por un momento había perdido la consciencia de dónde y por qué se encontraba allí. Su descuido había provocado que le descubrieran.

Levantó la vista hacia el seto y allí la vio. Sonriente, con la cabeza asomando por la parte superior.

- Te has quedado mudo señor abogado. Hola. – le volvió a decir.

- Hola. – contestó un tanto fuera de sí.

- ¿Se puede saber a quién gritabas con tanta energía? – preguntó intentando romper el hielo.

- Menuda coincidencia. ¿Qué haces ahí asomada? – esquivó la pregunta.

- Unos gritos en italiano llamaron mi atención. Porque ese era el idioma en el que berreabas hace unos instantes, ¿no? – contestó sonriente.

- Sí. Italiano. Veo que has dado el último estirón. Te recordaba más

bajita. Ahora tu estatura supera la valla.

- Pues yo te seguía recordando tan gilipollas cómo hasta ahora. ¿Acabas de insinuar que soy bajita?

- … Jejeje … ¿Se puede saber qué haces ahí? – volvió a preguntarle.

- Eso mismo es lo que me gustaría saber de ti. ¿Qué haces por este barrio? Yo vivo aquí.

- ¿Vives en esta casa? – preguntó fingiendo ignorancia.

- Comparto caseta con el perro. Pero tengo derecho a usar el jardín.

- No tenía ni idea de que vivieras en este barrio. Y menos en esta casa.

- Claro. ¿Por qué habrías de saberlo? Pero aún no has contestado a mi pregunta, abogado. ¿Qué haces por aquí?

- He venido a visitar a un cliente. – contestó con decisión.

- ¿Un cliente? ¿Cuál de mis vecinos se ha metido en líos?

- Eso es secreto profesional, chica de las abejas. En realidad no es cliente mío. He venido a hacerle un favor a un compañero. El cliente en realidad es suyo, no mío.

- Que amable. – se burló Elisabeth.

- Ludovico Einaudi.

- ¿Cómo dices?

- La música. El piano. Es Ludovico Einaudi, ¿verdad?

- Me sorprende que lo sepas. ¿Te gusta?

- No te imaginaba escuchando este tipo de música.

- Yo a ti tampoco. ¿Quieres entrar y tomar algo? – le preguntó Elisabeth.

Tras formular la pregunta, quedó tan sorprendida cómo él por la proposición que acababa de hacerle. Estaba invitando a entrar en su casa a alguien que prácticamente no conocía. Estaba abriendo su espacio privado a un desconocido. Eso en ella no era normal. Interiormente se preguntaba por qué lo había hecho. Se preguntaba si no se había

precipitado en su invitación.

No era la primera vez que se veían. Incluso habían acabado juntos en la cama. Habían compartido algo más que un café. Pero invitarle a entrar en su casa…

- Vale, acepto. – contestó.

- La entrada está por la otra calle, girando la esquina. – le indicó.

- Espero no perderme. – le contestó sonriente a la vez que emprendía la marcha.

De sobras sabía dónde estaba la entrada principal, aunque eso no se lo podía confesar.

Elisabeth atravesó el jardín y le abrió la verja.

- Pasa. – le invitó asomando la cabeza y dirigiendo su vista hacia el coche de Jorge que seguía estacionado en el mismo lugar.

- ¿Ocurre algo? – preguntó extrañado ante la actitud de Elisabeth.

- No, nada. Simplemente miraba si seguía ese coche ahí. – le aclaró. – No es del barrio. Lleva aparcado ahí mucho rato. Incluso cuando he llegado a mediodía me ha parecido ver a alguien en el interior. Es extraño. – le explicó sin retirar su mirada del vehículo.

Por un momento estuvo tentado de confesarle que el coche era suyo. Pero desistió de la idea. Puede que fuera un coche demasiado caro para un simple abogado como le había hecho creer que era.

- Aunque no sea de nadie del barrio no veo qué tiene de extraño que esté ahí aparcado.

- Eso es demasiado coche para este barrio.

- Es simplemente un Mercedes. – le aclaró.

- No es simplemente un Mercedes. Es un clase C Coupe. Y por la pinta que tiene debe estar equipado con todos los extras.

- ¿Sabes cuánto vale ese coche?

- Bastante, creo. – dijo con incomodidad.

- Tú lo has dicho, bastante. Pasemos dentro.

Atravesaron el jardín y se dirigieron a la parte de atrás. Jorge observaba todo con detenimiento mientras caminaba tras ella.

Llegaron a una puerta y Elisabeth con un gesto de su mano le indicó que entrara.

Lo que apareció ante sus ojos fue la cocina. Era una estancia bastante amplia. Las paredes estaban forradas de azulejos color crema, una hilera de muebles blancos colgaban de la parte derecha, a media altura una encimera de mármol negro y bajo esta más muebles. En el centro, una mesa de madera del mismo color que los muebles, rodeada por cuatro sillas. Un jarrón con flores naturales la adornaba.

- ¿Qué te apetece tomar? ¿Has comido? Puedo prepararte algo. – preguntó Elisabeth.

- No es necesario, gracias. Pero, si te apetece cocinar…

- Me refería a algo rápido. No pretenderás que prepare una Perla Negra

- ¿Una Perla Negra?

- Es un plato ganador de una estrella Michelin.

- Interesante.

- ¿Qué es interesante?

- Que estés al tanto de ese tipo de platos.

- Trabajo en el Succulent, ¿recuerdas?

- Si, lo recuerdo. ¿Cómo olvidarlo? – dijo en un susurro mientras fijaba su mirada en ella recordando su último encuentro. – Entonces, sabes cocinar.

- Me defiendo.

- Trabajando allí, algo habrás aprendido, ¿no?

- Algo, aunque me considero bastante autodidacta.

- Se me está ocurriendo una idea. Podríamos quedar esta noche para cenar y me preparas uno de esos fabulosos platos que se ofrecen en tu

trabajo. – le sugirió Jorge.

- Si, claro.

- Entonces hazme una lista con lo que he de comprar. – dijo con decisión.

- Esta noche trabajo, abogado. – le mintió esquivando su invitación.

- ¿Trabajas? ¿Esta noche? – preguntó asombrado a sabiendas de que le estaba mintiendo.

- Si. Trabajo. – le aseguró con convicción. – No me has dicho aún qué te apetece.

- Un café.

- De acuerdo. ¿Solo? ¿Con leche?

- Solo, gracias.

Elisabeth se dirigió hacia la encimera, abrió un armario y extrajo dos capsulas de café. Las introdujo en la cafetera y pulsó un botón. Mientras, Jorge observaba todos sus movimientos.

- ¿Llegaste muy tarde? – le preguntó él.

- ¿Llegar tarde? – preguntó Elisabeth sin saber a qué se refería.

- Sí. La otra mañana te fuiste muy deprisa, maldiciendo que llegabas tarde. – le aclaró.

- Ahhh, bueno… Llegué con un retraso socialmente aceptable.

- ¿Y Tú? ¿Tuviste algún problema para salir del hotel? Espero que no te viera nadie salir de la habitación.

- No, nadie me vio. Tuve cuidado de ello.

- Quise llamarte por la tarde, para ver cómo te había ido, si habías tenido algún problema. Pero, no tenía tu número. Se me pasó preguntártelo.

- Sí, me di cuenta de ello. Aunque creía que esa era una estrategia para librarte de invitarme a desayunar, cómo me prometiste.

- Puede ser, ¿se notó mucho? Jejeje….

- Pero esta vez no te librarás. Ahora mismo me darás tu número de teléfono y yo te entregaré una de mis tarjetas para que me tengas

presente. – dijo a la vez que metía su mano en el bolsillo de la chaqueta.

Acto seguido se dio cuenta de que esa no era una buena idea. En sus tarjetas ponía su nombre y apellidos. Si hacia eso, descubriría quién era en realidad.

- Ups, no llevo ninguna encima. Así que tendrás que anotar mi número.

- ¿Qué abogado que se precie no lleva tarjetas? – preguntó graciosa.

- Pues por lo visto yo.

Elisabeth le dijo su número de móvil y anotó el de Jorge. El café estaba listo.

- Perdona, debería hacer una llamada urgente. Si me disculpas.

- Claro. Puedes pasar al salón si quieres. – le indicó.

Jorge agradeció el ofrecimiento y una vez allí marcó el número de su oficina. Con tono tajante dio las órdenes pertinentes para que esos documentos que reclamaban desde Verona, llegaran con tiempo suficiente para ser reenviados a su destino.

Desde la cocina, Elisabeth pudo oír el tono autoritario de su voz y la pertinente bronca que le echo a su interlocutor.

Con disimulo, lo observaba a través de la puerta. Estudió su silueta vestida por un impoluto traje negro. Sus movimientos eran resolutos y autoritarios.

Recordó la noche que pasaron juntos en la habitación del Succulent. Ella era conocedora de cada milímetro de piel que la tela de ese traje caro ocultaba.

Un escalofrío recorrió su columna mientras las imágenes de ese cuerpo rozando el suyo volvían a su mente. Se mordió el labio inferior intentando encontrar la cordura perdida.

Estaba en su casa. Ese no era lugar para dar rienda suelta a ese tipo de imágenes. Sabía que eso no le llevaría a nada bueno.

De pronto Jorge se giró y ella con disimulo apartó la vista de él, fingiendo que miraba a través de la ventana.

La llamada acabó.

Al volver hacia la cocina, el ruido de un crujido hizo que se detuviera y que Elisabeth mirara hacia él con rapidez.

- ¡Oh Diosss!!!! – exclamó levantándose con rapidez y acercándose hacia él. - ¡No te muevas! – le ordenó.

- Lo siento. No lo he visto.- se disculpó mientras intentaba mantener el equilibrio con una pierna medio alzada.

- Joderrrr… Se ha roto. – se lamentaba Elisabeth arrodillada a sus pies.

- Lo siento. Lo siento. – continuó disculpándose.

- No es culpa tuya. Esto no debería estar aquí. – le explicó con preocupación.

- Algo se podrá hacer. – le dijo arrodillándose a su lado y comprobando el estropicio que había hecho.

- Creo que no. Está totalmente destrozado. – se lamentó con los pedazos de plástico en su mano.

- Y eso era…

- Esto son los restos del patinete de la Barbie. El juguete preferido de mi hija. Ufff… - le explicó acariciándose los cabellos con preocupación.

- El patinete de la Barbie. Ah.

- Sí. El dichoso patinete de la Barbie.

- Lo siento. Le compraré otro. No lo he visto y cuando me he dado cuenta lo había pisado.

- No, ya te he dicho que no es culpa tuya. Le he dicho mil veces que recoja los juguetes después de jugar. Esto habría pasado tarde o temprano. Este trasto siempre está por en medio.

- Así que, tienes una hija.

- Sí. Cristina. Tiene seis años. – le explicó alzando la vista hacia él. - ¿Sorprendido?

- No, simplemente… la otra noche no me lo contaste.

- Claro que no. Hay muchas cosas que no te conté la otra noche. ¿Qué

quieres, una biografía detallada antes de echar un polvo?

- Que bruta eres…

- ¿Y eso me lo dices tú? El que de un zarpazo ha destrozado un supermegaguay patinete de la más grande. Jejeje… Mi hija es la fan numero uno de la dichosa muñeca.

Ambos entrelazaron sus miradas, allí, arrodillados en la entrada de la cocina.

- El café se enfria, abogado. – interrumpió Elisabeth.

- Vayamos a tomar ese café.

Tomaron asiento frente a las tazas de café humeante que esperaban.

Elisabeth dejó el juguete roto a un lado de la mesa y empezaron una conversación, aunque sus mentes estaban distantes.

Ambos se miraban de forma lasciva, deseando que esa absurda situación cambiara. Deseando no estar en ese instante en ese lugar, rememorando la noche de pasión vivida.

De pronto la voz de Cristina se oyó acercarse a toda velocidad.

- Mamaaaa!!!! – gritaba mientras correteaba hacia la entrada trasera. – Mamaaa, estás aquí. – dijo al entrar en la cocina y lanzarse a sus brazos.

- Cristinaaaa. ¿Cómo te ha ido la tarde en el cole, mi princesa? – le preguntó con cariño mientras la besaba.

- Bien. – contestó escuetamente la niña fijando la mirada en Jorge. - ¿Quién es él? Nunca lo he visto.

- Este es Jordi, un amigo. – le explicó Elisabeth.

- ¿Un amigo? ¿De dónde? ¿Del tlabajo? ¿Este es tu jefe? – preguntó inocente.

- No, jejeje… Este no es mi jefe, cariño. Es un amigo.

- Ah, vale. Pero tu jefe viste cómo él también, ¿veldad? – preguntó.

- Supongo, cariño.

- La otla noche oí como le explicabas a Marta que ahora tu jefe era un chico remilgado con tlaje. – explicaba Cristina, mientras Jorge disfrutaba

interiormente de lo que estaba oyendo. – Le dijiste que era un niño calgado de dinero.

- Si, cariño. Pero eso ahora no es importante.

- Hola, Cristina. Yo me llamo Jordi. – se presentó tendiéndole la mano.

- Ya lo se, me lo ha dicho mi mami. ¿Y edes muy amigo de mi mami?

- Si, supongo.

- Mi mami solo invita a melendar a sus muy muy amigos. ¡Mi patineteeeee! ¡Esta rotoooo!!!! – exclamó al verlo sobre la mesa.

- Cristina, lo has dejado en medio de la entrada de la cocina. – le regañó Elisabeth.

- ¡Noooo!!! – protestó con lágrimas en los ojos.

- Ha sido culpa mía, Cristina. No lo he visto y lo he pisado sin querer. Pero prometo comprarte uno igual. Lo prometo. – intentó consolarla Jorge al ver como sus ojos se inundaban de lágrimas.

- ¿Me lo plometes? – preguntó la niña con desconfianza, fijando sus ojos en él.

- Te lo prometo.

- Cristina, Jordi no tiene porque comprarte otro patinete. La culpa ha sido tuya por dejarlo en medio del paso. ¿Cuántas veces he de repetirte que recojas tus juguetes? – le explicó Elisabeth a su hija.

Jordi observaba a la niña. Era un pequeño ser menudo que radiaba energía. El color de pelo era idéntico al de su madre, aunque al contrario que el de ella, era totalmente liso. Sus ojos eran de un tono mas claro que los de Elisabeth, y tras unas pequeñas gafas fucsia podía observarse la misma mirada.

- Buenas tardes. – saludó Pablo al entrar en la cocina.

- Hola papá.

- ¿Se puede saber por qué lloras? – se interesó al ver a la niña.

- Jordi me ha roto el patinete de la Barbie. – le explicó Cristina a su abuelo.

Pablo dirigió la mirada hacia él y por un momento se quedó observándolo.

- Pero me ha plometido que me complará otro nuevo. – continuó explicando Cristina entre los brazos de su madre.

- Él es Jordi, papá. Mi padre, Pablo. – los presentó.

- Hola. – saludó Jordi extendiéndole la mano.

- Yo soy Pablo. – le contestó después de unos segundos en los que paseó su mirada por él.

Pablo se extrañó al encontrar a su hija tomando café con alguien que él no conocía, en la cocina de casa.

Elisabeth era reacia a llevar a su casa a gente que no estuviera dentro de su estrecho círculo de amistades. Y su círculo de amigos era bastante limitado. Tan limitado que los que formaban parte de él, eran gente que conocía de toda la vida. No era muy dada a hacer nuevas amistades y menos aun a llevarlas a casa.

- ¿Cristina te parece que vayamos a merendar a la cafetería? – propuso Pablo a su nieta.

- No. Mamá me plometió que hadíamos cleps para merendar. – contestó Cristina con energía.

- Pero eso lo podéis hacer otro día. – insistió Pablo.

- No. – volvió a negar la niña.

- Eres una cabezota.

- ¿Creps? Me encantan las creps. – comentó Jorge.

Elisabeth le dirigió una mirada de asombro. ¿Se estaba auto invitando a merendar?, pensó.

- Pues quédate, mi mami hace las mejores cleps del mundo mundial.

- Cristina, seguro que Jordi tiene cosas que hacer y no puede quedarse. – contestó Elisabeth.

- No, la verdad es que no tengo nada que hacer esta tarde. – contestó con inocencia.

- Pues te quedas y meriendas con nosotras. ¿Vale mami? – dijo Cristina.

Elisabeth dirigió una mirada de asombro a Jorge.

- ... Si no tienes nada que hacer, puedes quedarte a merendar con nosotros.

- ¡Biennnn! – gritó la niña dando pequeños saltitos de alegría.

- Bueno, pues yo me marcho. Tengo trabajo en la floristería. Han llegado los últimos encargos y he de comprobar que todo esté correcto. – dijo Pablo sorprendido por la escena que había presenciado. – Encantado de conocerte, Jordi. – se despidió abandonando la estancia.

- Lo mismo digo, señor Pablo. – contestó cordial.

- Puedes llamarme Pablo, a secas. Y tutéame, por favor. – le corrigió con desenfado.

Elisabeth observaba la escena sin saber muy bien cómo reaccionar.

Por casualidad había vuelto a coincidir con Jordi, y lo más asombroso es que sin ser totalmente dueña de la situación, se encontraba en su casa a punto de preparar creps para su hija y para él.

No entendía por qué él había querido compartir con ella y su hija la merienda. Tampoco llegaba a entender la reacción de su hija al invitarlo a merendar. Cristina no era una niña abierta con la gente que no conocía. Su reacción ante él la había sorprendido.

- Pues, preparemos esas creps, ¿no? – dijo Elisabeth levantándose de la mesa.

- Me parece estupendo. – respondió Jorge levantándose al unísono.

Elisabeth lo miró sorprendida.

- Ven Jordi. Plimero hay que lavarse las manos. Si no lo hacemos mami no nos dejará ayudarla. Ella siemple dice que antes de tocar los alimentos hay que lavarse las manos. – dijo Cristina cogiéndolo de la mano y guiándolo hacia el fregadero.

- Si piensas ayudar, lo primero que debes hacer es quitarte esa americana. Tiene pinta de ser cara y no pienso responsabilizarme de ella. – propuso Elisabeth con una sonrisa.

Jorge obedeció y la dejó sobre el respaldo de una silla.

Elisabeth fue abriendo los armarios de la cocina, buscando los ingredientes y utensilios necesarios para hacer las creps.

- Ven, tenemos que ponelnos un delantal. Buscaré uno para ti también. – dijo Cristina. – Estos de plincesas son mis favoritos. Toma, este es para ti.

Cristina le entregó un delantal con el dibujo de Blancanieves, La Bella, Cenicienta y Pocahontas. Jorge lo cogió y se lo puso.

- Ven, te ayudo a anudártelo. – le dijo a Cristina.

Ambos, con sendos delantales puestos, se dirigieron hacia donde Elisabeth esperaba.

- Plimero hay que romper los huevos en este bol. – explicó Cristina a Jorge. – Y luego batirlos. ¿Verdad mamá?

- Si. – respondió Elisabeth sonriente, observando la escena.

- No quiero oír ni un solo comentario respecto al delantal, chica de las abejas. – advirtió Jorge al ver la mirada de Elisabeth.

- No sé si podré contenerme. Lo que me estás pidiendo es…. – comentó conteniendo su risa.

- Ni un solo comentario, chica de las abejas. – le repitió con seriedad.

- Lo intentaré, abogado. – aseguró sonriente.

Jorge posaba con su traje cubierto en parte por ese divertido delantal, demasiado pequeño para cubrir su metro noventa de estatura.

Él, un empresario con reputada fama, caracterizado por su seriedad y su sobriedad, en medio de esa cocina, vestido con un delantal de princesas Disney dispuesto a preparar masa para creps. Toda una estampa que más de uno pagaría por ver.

Cristina comenzó a cascar los huevos y verterlos dentro del bol, no sin dificultad.

- Toma, estos son para ti. – le indicó Cristina señalándole tres huevos.

Jorge obedeció las indicaciones de la niña, mientras Elisabeth observaba la

escena divertida.

Miraba a su hija, subida de rodillas en una silla para poder llegar a la mesa sin dificultad, junto a Jorge, ese impresionante hombre de anchos hombros vestido con su impoluta camisa, los dos intentando romper esos huevos sin que acabasen encima de la mesa.

- ¿No piensas colaborar? – preguntó Jorge al sentirse observado. – No pretenderás que nosotros hagamos todo el trabajo, ¿no?

- Ejerzo de jefa de cocina, abogado. Alguien tiene que llevar el mando.

- En eso tendrás experiencia. – le insinuó.

- ¿Cómo dices? – preguntó extrañada.

- En tu trabajo debe haber varios jefes de cocina. Algo se te habrá pegado. Una cocina como la del Succulent ha de tener al menos dos jefes de cocina, ¿no?

- Sí. Dos. – contestó analizando el comentario que acababa de hacer Jorge.

- Ya está, mami. ¿Puedo batirlos yo? – preguntó Cristina.

- Yo empiezo y tú sigues, ¿de acuerdo?

- Vale.

Elisabeth se acercó hacia ellos con un batidor manual y comenzó a batir enérgicamente. Después de unos segundos, cedió el batidor a su hija para que continuara, aunque los huevos estaban totalmente mezclados, Cristina continuó batiéndolos.

- Ya está, mami. Ahora la harina, ¿verdad?- dijo alegre Critina.

- Sí, pero antes hay que tamizarla y mezclarla con el azúcar.

Jorge las observaba.

- ¿Sabes tlamizar la harina? – le preguntó la niña.

- La verdad es que no, Cristina. – contestó.

- Tlamizar es pasar la harina por un colador para que se despegue.

- Ahhh… - le contestó asombrado porque la niña supiera eso.

- Ven, aguanta esto. – le dijo señalando un gran colador.

Jorge obedeció, mientras Elisabeth, sin ser consciente del todo de la situación, enchufaba la crepera a la corriente.

Aguanta fuelte. – le ordenó la niña.

Cristina volcó el paquete sobre el colador, vertiendo todo su contenido de golpe, lo que provocó que una nube de harina saliera despedida con violencia, cubriéndolos en parte y haciendo que empezaran a toser.

Elisabeth se giró y comprobó el desastre que su hija había ocasionado.

Sus cabellos y sus caras habían quedado cubiertas por el polvo de harina, y los pantalones de Jorge habían perdido su color negro, pasando a tomar un tono grisáceo.

- ¡Cristinaaa! – le regañó acercándose hacia ellos.

Jorge y Cristina continuaban tosiendo.

Elisabeth cogió a su hija en brazos y corrió a darle agua.

Cuando la niña se hubo calmado, volvió hacia donde Jorge se encontraba tosiendo aún.

- Ten bebe un poco de agua. Te calmará la tos. – le dijo tendiéndole un vaso.

Cristina observaba a Jorge desde un segundo plano. De pronto comenzó a reír.

¡Cristina! – le regañó de nuevo su madre.

- Palece un fantasma. – dijo en medio de carcajadas.

Jorge se miró a sí mismo y comenzó a reir.

- Pues tú te pareces a Casper, listilla. – le contestó entre risas.

Elisabeth los observaba sin saber qué decir. El caro traje de Jorge había quedado totalmente cubierto de harina, eso sin contar su cabello embadurnado por el blanco polvo.

- ¿Quién es Caspel? – preguntó la niña.

- ¿No sabes quién es Casper? – le respondió Jorge.

- No.

- ¿Nooo?

- Jordi, tiene seis años. Esa película es muy vieja. Es de nuestra infancia.

- ¿Me estás llamando viejo, chica de las abejas? – le preguntó divertido.

- No. Pero, no me negarás que esa película tiene sus años. Los niños de hoy en dia no ven eso.

- Pues ellos se lo pierden. Es una película estupenda. De hecho, es mi película favorita.

- ¿Me vais a explical quién es Caspel? – preguntó Cristina observando a esos dos adultos discutir entre risas.

- No solo te lo voy a explicar, Cristina, sino que un día te invitaré a ver la peli. Verás cómo te encanta. Casper es un pequeño fantasma al que le pasan un montón de aventuras divertidas.

- Vale, mola. – contestó la niña.

- Intentemos remediar este desastre y continuemos haciendo esas creps, cocinillas. – propuso Elisabeth.

Entre los tres, divertidos, hicieron las creps, embadurnándose de masa y harina. Hubo un momento que se desencadenó una pequeña batalla de masa. Sus caras quedaron manchadas por esa mezcla blanquecina.

Después de merendar, Cristina le propuso a Jorge colorear dibujos de princesas. Y él, encantado aceptó. Los tres sentados alrededor de la mesa de la cocina, daban color a esas princesas Disney dirigidos en todo momento por la niña que, sin ser consciente, había tomado el mando de la situación. Divertida daba órdenes a su madre y a Jorge.

Sin darse cuenta la tarde llegaba a su fin.

- He de irme. Se hace tarde. – dijo Jorge. - ¿Me llamarás?

- Lo intentaré. – contestó Elisabeth.

- Eso no me sirve. – le sonrió. – Recuerda que tengo tu número. Si tú no

me llamas, lo haré yo.

Posó su verde mirada sobre el rostro de ella. Por unos segundos quedó embobado contemplando esa cara que tanto le transmitía.

- Ha sido un placer, Cristina. Me alegro de haberte conocido. Me lo he pasado muy bien esta tarde.

- Yo también. – le contestó sonriente.

- Recuerda que tenemos pendiente ver esa peli juntos. Cuida a tu mami, ¿vale?

Elisabeth los observó en silencio.

Capítulo 10

10

Cerró la puerta de su apartamento tras él.

Al pasar al lado del equipo de música lo encendió y una tímida melodía invadió el espacio. La voz desgarrada y triste de Álvaro Urquijo inundó hasta el último rincón. Se dirigió al lavabo. Se deshizo de su traje manchado de harina y se dispuso a darse una ducha.

El agua cristalina resbalaba por su piel. Cerró los ojos e involuntariamente las imágenes de Elisabeth lo asaltaron. No encontraba una explicación sensata a lo que esa chica provocaba en él. No entendía el por qué no podía deshacerse de esas imágenes que lo invadían cuando menos se lo esperaba.

Perdió el cómputo del tiempo que estuvo bajo el grifo. Al salir, enrolló una toalla alrededor de su cintura.

Se dirigió hacia el espejo, empañado por el vaho del agua caliente. Pasó la palma de su mano por él. Su rostro se reflejó y tras él pudo ver la imagen de Anna.

Se la quedó mirando a través del espejo.

- *¿No piensas decirme nada?* – le preguntó sonriente.

- ¿Qué debería decir?

- *No se. Si estoy aquí es porque tú así lo has querido.*

- Anna…, yo…

- *Tú estás hecho un lio, ¿verdad? Sentir no es malo, Jordi.*

- Pero esta vez…

- *Esta vez te han sorprendido. Sin darte cuenta, sin proponértelo, has dejado de ser el cazador y has pasado a ser la presa cazada.* - le dijo seria.

- ¿Cazador? ¿Esa es la imagen qué tienes de mí?

- Es lo que llevas reflejando desde hace tiempo, quizás demasiado tiempo. Pero esta vez es diferente. Intentas obviar la realidad, pero eso es imposible.

- ¿Por qué esta vez ha de ser distinto?

- Porque ella es distinta. Eso lo cambia todo.

-Pues no debería ser así.

- Pero lo es. Ella es diferente a todo lo que has conocido hasta ahora. Puede que sea la primera persona en mucho tiempo que te trata cómo un igual. La primera mujer en mucho tiempo que no se interesa por tu fortuna. Eso la hace diferente, ¿no?

- Olvidas un detalle. Ella no sabe quién soy en realidad. Puede que si eso no fuera así, todo cambiara. - protestó intentando negar una realidad.

- El único responsable de esa situación eres tú. Deja de jugar al gato y al ratón. Llámala. Se tú mismo. Llevas demasiado tiempo fingiendo ser quién no eres. ¿No crees qué eso debería cambiar?

De pronto su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y en ella vio reflejado el nombre de Sandra. Desvió su mirada, no pensaba contestar, pero la insistencia de ella lo hizo cambiar de opinión. Sabía que Sandra no desistiría de su intento.

- Kraufh. – dijo con seriedad.

- Hola cariño.

- ¿Cuántas veces he de repetirte que no me llames así? – le rectificó tajante.

- Cómo eres, Jorge. Hace días que no se nada de ti.

- ¿Desde cuándo he de darte explicaciones sobre mi vida, Sandra?

- Intuyo que no estás de muy buen humor. Aunque eso es la tónica general en ti. Me apetece verte esta noche. – le propuso con voz melosa.

- Esta noche no, Sandra. Tengo cosas que hacer.

- ¿Mejor que una noche salvaje a mi lado?

- Cosas importantes.

- Podrías posponer esas cosas importantes. Esta noche tengo ganas de ti, cariño. Había pensado que podíamos ir a …

- Sandra, tengo asuntos que resolver. Busca en tu agenda, seguro que encuentras a algún pretendiente dispuesto a sofocar tus ganas.

- Jorge…, esta noche mis ganas sólo sabrías sofocarlas tú. Lo que necesito esta noche… - insistía.

- Sandra, ¿qué parte de la frase, tengo cosas importantes que resolver, no has entendido? Te creía más avispada.

- Pero Jorge…

- Sandra, tengo que dejarte. – se despidió antes de colgar.

Dejó el móvil y se giró buscando la imagen de Anna. Pero ella ya no estaba.

"Llámala. Se tú mismo". Esas palabras con la voz de su difunta esposa retumbaban una y otra vez en su mente.

Vestido con un desgastado chándal, corría sobre la cinta. El sudor empapaba su camiseta. Con el propósito de pedirse más y más a si mismo aceleró el ritmo de la máquina, en un intento fallido por deshacerse de esa extraña sensación. En un intento fallido por olvidar, por alejarla de su mente.

Dio un repentino puñetazo sobre el tablero de los comandos y la cinta se detuvo bruscamente. Apoyó sus manos en las rodillas e intentó calmar su acelerada respiración.

Esta noche el ejercicio no estaba resultando de ayuda. En otras muchas ocasiones saciaba sus ganas de sexo con una buena sesión en el gimnasio de su casa.

Cogió la toalla que reposaba en un lateral de la máquina y secó su frente. Abandonó la estancia dirigiéndose hacia el comedor. Al llegar abrió el mueble bar y se sirvió un whisky. Miró su reloj. Las once de la noche. Con decisión se acabó la copa de un sólo trago.

Cogió su móvil y marcó su número.

- Dígame. – contestó dubitativa una voz al otro lado de la línea.

- Buenas noches, chica de las abejas. ¿Ya has acabado tu jornada de trabajo? – preguntó a sabiendas de que esa noche no trabajaba.

- Yo… Si, acabo de llegar a mi casa. - le respondió sorprendida.

- ¿Te apetece salir a tomar una copa conmigo?

- Señor abogado, ¿sabe qué hora es?

- Las once y tres minutos. Una hora perfecta para montarme en mi coche y pasar a buscarte por tu casa.

- Pero…

- No me digas que no, por favor. Sé que es precipitado, sé que no habíamos quedado, pero… Esta noche no me apetece estar sólo. He pensado que quizás podríamos compartir una copa y una buena conversación. Por favor, Elisabeth acepta mi invitación.

Guardó silencio ante esa petición que tan sincera sonaba. Por un momento la enérgica voz de Jorge se tiñó de melancolía, de tristeza.

- Es usted un descarado, señor abogado. No son horas de llamar a casa de una señorita cómo yo con una proposición cómo la que me ha hecho. – contestó con voz seria.

- Lo siento, yo… Perdona. – se disculpó.

- ...Jejeje. Acepto. ¿Dónde nos vemos? – preguntó en mitad de una divertida risa.

- Tú y tu humor negro. Paso a buscarte por tu casa. Te llamo cuando esté llegando, ¿de acuerdo? – le dijo con alivio.

- Nooo… - protestó Elisabeth.

- He dicho que paso a buscarte. Estarás cansada de trabajar. Yo conduzco y tú descansas.

- Pero…

- Nos vemos en un rato, chica de las abejas. – zanjó la conversación.

Elisabeth dejó su móvil sobre la mesita de noche con una sonrisa dibujada

en su rostro.

Aquella llamada la había dejado fuera de juego. Ni en lo más remoto de su imaginación pensó que recibiría tan pronto una llamada de aquel chico desconocido para ella hace tan sólo unas semanas y que sin saber muy bien cómo había pasado la tarde en su casa, merendando y dibujando princesas junto a ella y su hija.

Se levantó de la cama y dirigió sus pasos hacia el armario. Abrió las puertas y buscó en su interior una indumentaria más apropiada para salir que el pijama de pingüinos que llevaba.

Al pasar por el comedor, camino de la salida, pudo comprobar que la televisión continuaba encendida. Se acercó al sofá.

- Papá. Papá, despierta. Te has vuelto a quedar dormido con la tele encendida.

- Eh… ¿qué? ¿Qué ocurre, Eli? – le preguntó abriendo los ojos sobresaltado.

- No ocurre nada, papá. Te has vuelto a quedar dormido frente a la televisión. Es tarde, deberías ir a descansar.

- ¿Qué ocurre?

- Voy a salir un rato, papá.

- ¿Salir? – le preguntó mirando su reloj de muñeca.

- Sí. He quedado con Marta para tomar algo.

- Está bien. Diviértete, hija. – le deseo abandonando el comedor camino de su dormitorio.

…..

- ¿Qué tripa se te ha roto?

- Carlos, necesito que me prestes tú coche. – le pidió Jorge.

- ¿Mi coche? ¿Qué ha ocurrido con el tuyo? – preguntó asustado.

- A mi coche no le ocurre nada. Pero esta noche necesito que me dejes tu coche. Por favor.

- ¿Y se puede saber a santo de qué?

- Mañana te lo explicaré. ¿Estás en casa?

- Sí, estoy en mi casa.

- Paso por allí, te dejo mi coche y me llevo el tuyo, ¿de acuerdo?

- Sí, de acuerdo. ¿Tengo otra alternativa? – le dijo con resignación a su amigo.

Veinte minutos después llegaba a casa de Carlos e intercambiaban los coches.

Después de quedar con Elisabeth, pensó que no sería buena idea ir a recogerla montado en el coche que tantas sospechas había levantado en ella aquella misma tarde. Eso lo dejaría al descubierto. Eso le haría tener que dar demasiadas explicaciones, que por el momento, prefería evitar.

Entregó las llaves de su Mercedes a su amigo y montado en el Audi A3 de Carlos, puso rumbo a casa de Elisabeth.

Después de aparcar en la puerta de su casa la llamó.

- Dime. – contestó al segundo tono.

- Estoy en la puerta.

- Vale, salgo enseguida.

Instantes después apareció vestida con unos ajustados tejanos negros, una camisa beig lisa, unas botas negras que le llegaban casi a la rodilla y una chaqueta de piel negra. Llevaba el pelo suelto y sus rizos se contoneaban suavemente con el movimiento de sus pasos. Al llegar a la altura del coche se dirigió hacia la puerta del copiloto, la abrió y entro.

- Buenas noches. Y bien, ¿puede saberse dónde pretendes llevarme? – preguntó sonriente.

Jorge se quedó observándola unos instantes. Le fascinaba su energía, su sencillez.

- A tomar una copa. Eso ya te lo he dicho.

- Sí, eso ya me lo habías dicho.

- No es un tablao flamenco, pero… Espero que te guste el sitio.

Arrancó el coche y puso rumbo a la parte alta de la ciudad.

Elisabeth pulsó el botón de encendido de la radio y Cadillac Solitario de Loquillo irrumpió a todo volumen. Sobresaltada, por el exceso de voz, intentó sin éxito bajar el volumen. Jorge sonrió ante la cómica escena. Con tranquilidad, pulsó un botón del volante y el volumen descendió.

- Joder… Qué susto. – Jorge continuaba sonriendo. – No te rías. Me he asustado.

- Si, ya me he dado cuento de ello.

- Hacía años que no escuchaba esta canción.

- Yo también. – contestó sin pensar.

- ¿Tú también? – preguntó extrañada. – Pues está sonando en un cd de la radio de tu coche.

- Si, bueno… A veces la música suena pero no la oigo. – intentó rectificar.

- ¿Problemas de oído? – preguntó cómica.

- Muy graciosa.

Continuaron esa conversación sin mucho sentido y antes de darse cuenta llegaron. Jorge introdujo el coche en el parking. Caminando, uno al lado del otro, llegaron a la entrada del local. El portero los saludó y les abrió la puerta.

El local estaba decorado con motivos irlandeses. Una larga barra de madera en la parte derecha, al otro lado varias mesas con bancos alrededor. Dispersos al final del local podían verse varios reservados limitados por tupidas cortinas de terciopelo rojo. La iluminación era tenue y la música sonaba acorde con el conjunto.

Una docena de personas bailaban en lo que parecía ser la pista, situada con disimulo en el centro del local.

Jorge la cogió por la mano y se dirigieron a una mesa que estaba libre. Tomaron asiento y una camarera hizo acto de presencia con una libreta en sus manos.

- Buenas noches, ¿Qué tomareis? – les preguntó.

- Yo lo de siempre. – contestó Jorge.

La camarera dirigió su mirada hacia Elisabeth, a la espera de su petición.

- …Yo… Lo mismo también. – contestó sin pensar.

La camarera tomó nota y se fue.

- ¿Lo mismo? – preguntó extrañado.

- Si, ¿Por qué no? – contestó a la defensiva.

- Porque ni siquiera sabes lo que yo he pedido. Por eso.

- Bueno…, me arriesgaré. – dijo con inocencia.

Jorge se la quedó mirando sonriente.

La camarera volvió a aparecer cargada con una bandeja. Sobre la mesa dejó dos pintas de cerveza, dos vasos de chupito y una botella de whisky. Después de eso, desapareció de nuevo.

- Veo que vas fuerte, abogado. Cerveza y whisky.

- Si no te parece bien, puedes cambiar. Estás a tiempo. – la retó.

- Por mí, no hay problema. – contestó con seguridad.

Jorge abrió la botella de whisky y llenó los dos vasos.

- Por nuestras casualidades. – brindó levantando su vaso.

Elisabeth chocó su chupito e imitándolo engulló de un trago el anaranjado líquido.

- ¿Estás cansada? ¿Has trabajado mucho? – se interesó Jorge.

- Lo normal. Ha sido una noche bastante tranquila. – le mintió.

La observaba, buscando alguna señal que evidenciara que lo que había dicho era falso. Pero el rostro de Elisabeth permaneció inmune. Sabía a ciencia cierta que no había trabajado aquella noche, pero no llegaba a entender el sentido de su mentira, no lograba comprender el por qué no le decía la verdad.

- Me ha sorprendido tu llamada, Jordi. – le confesó tras dar un trago a su cerveza.

- ¿Por qué? Te dije que te llamaría.

- Sí. Pero no esperaba que lo hicieras tan rápido.

- No me apetecía estar solo esta noche. – le confesó.

- ¿Y tus amigos?

- Mis amigos… ellos son diferente a ti. Me apetecía conversar con alguien. Y tú eres una buena interlocutora.

- No sé si sentirme alagada por esa confesión.

- Pues deberías. – le dijo sonriendo.

- Muchas gracias, abogado. ¿Y qué te ha hecho decantarte por mí? – preguntó Elisabeth.

- Estás fuera de mi mundo.

- Vaya, eso hace que me sienta cómo un mono de feria.

- No tendrías por qué.

- ¿A no? Acabas de decirme que lo que te llama la atención de mi es el que estoy fuera de tu mundo.

- Puede que no haya sabido expresarme bien. Hay muchas cosas en ti que me llaman la atención. Por eso es por lo que te he llamado. Me gustaría conocerte mejor. - esa respuesta la sorprendió. Jorge percibió una señal de alarma en su mirada. – Me gusta tu forma de tratarme. No me juzgas.

- ¿Por qué debería hacerlo?

- La mayoría de gente, así lo hace.

- Yo no soy la mayoría. No suelo juzgar a los demás. Para eso debería empezar conmigo misma. – guardo unos instantes de silencio. – Intuyo que vienes mucho por aquí. – dijo cambiando el rumbo de la conversación.

- Sí. Hace años que vengo a este local. La verdad, es de los pocos locales que no han cambiado con el paso del tiempo. Permanece igual. Eso me

gusta. Volver a tu ciudad y comprobar que al menos algo sigue intacto.

- Con tanto viaje los habrás visto de todos los colores.

- Sí. Pero este conserva su esencia. Hace muchos años que lo descubrí y al entrar en él es cómo volver a casa. La verdad es que me trae muchos recuerdos.

- ¿Qué tipo de recuerdos? – se interesó Elisabeth.

- Recuerdos agradables.

- Venías aquí con ella, ¿verdad? – se aventuró a preguntarle.

- ¿Con ella?

- Con tu esposa.

- Sí.

- La querías mucho, ¿no es cierto?

- Sí.

- Y aún la sigues queriendo.

- Sí. Me cuesta pasar página, lo confieso. – se sinceró.

- ¿Cuánto hace que falleció?

- La semana que viene hará cinco años.

- Y no hay día que pase sin que pienses en ella. ¿Cómo se llamaba?

- Anna.

- Bonito nombre. Sencillo y con fuerza. ¿Sabes que no encontraras ninguna otra Anna, verdad?

- Sí.

- Pero la sigues buscando.

- No se trata de eso. Simplemente, no busco a nadie. Nadie que la sustituya.

- Nadie podría sustituirla. – le aseguró Elisabeth.

- … Jorge… ¡Qué sorpresa! – gritaron con énfasis desde su espalda.

- Hola Sandra. – la saludó sin ganas.

- Veo que has podido solucionar esos asuntos importantes. – dijo con segundas en su tono.

- ¿Qué tal estás? – preguntó incómodo.

- He de confesarte que eras la última persona que esperaba encontrar esta noche.

- Casualmente, coincidimos en algo. – contestó Jorge con sequedad.

- Soy Sandra, ¿Tú eres? – preguntó dirigiéndose a Elisabeth.

- Elisabeth.

- Encantada. – la saludó con dos besos. – Estaremos en aquel reservado, si os animáis estáis invitados a una copa. Ha sido un placer conocerte, Eli.

- Igualmente. – le contestó un tanto fuera de lugar.

Sandra imponía a primera vista. Su metro ochenta de estatura, su esbelta figura y su cabello dorado hacían que no pasara desapercibida. Sin embargo, su forma de hablar, su forma de gesticular delataban sus modales de niña pija.

Elisabeth la siguió con la mirada hasta que desapareció camino de los servicios. Cogió su cerveza y dio un nuevo trago.

- Menudo maniquí. – comentó.

- ¿Maniquí? – preguntó Jorge sonriendo.

- Sí. Es cómo las Barbies de mi hija.

- Jejeje… Puede que sea la mejor descripción que he oído jamás de Sandra.

- ¿Acaso no llevo razón? Menudo tipazo, y su ropa…

- Fachada. No deberías dejarte impresionar. Es tan sólo fachada. Cómo tú has dicho, es cómo las Barbies de tu hija. Silicona, ropa cara y nada más.

– le explicó indiferente Jorge.

- Si tú lo dices.

- Doy fe. – le aseguró llenando nuevamente sus chupitos.

- Brindemos por la silicona y la ropa cara. – propuso Elisabeth alzando su vaso.

- Mejor brindemos por la gente de verdad. Por las personas sin máscaras, por las personas sinceras. – le propuso él.

Elisabeth mantuvo su vaso en alto, dudando ante la propuesta de brindis que había hecho. Las personas sinceras. Puede que eso no fuera del todo con ella. Estaba fingiendo ser quién no era en realidad. Le había dicho que era una simple friegaplatos de uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad. Cuando en realidad era la segunda de una de las cocinas más envidiadas del sector. En su poder tenía dos estrellas Michelin.

Sacudió su mente, alejando esos pensamientos. Tampoco había que descubrir todas las cartas de la baraja. Se habían conocido por casualidad y sus encuentros habían sido más bien fortuitos. Si aquella extraña historia continuaba, ya le confesaría la verdad, más adelante.

Chocó su vaso con el de Jorge.

- ¿De qué os conocéis? – se atrevió a preguntar.

- Tenemos amistades en común.

- Ya. – refutó seca.

- Hace tiempo que nos conocemos. Hemos compartido algo más que amistades. Eso es todo. – le confesó. - ¿Contenta?

- ¿Por qué debería estar contenta? ¿Por qué me hayas confesado algo evidente? Hubiera sido más fácil no haber intentado dar ese rodeo para llegar al mismo sitio. Se ha acercado a la mesa cómo una gata en celo. Te ha tocado los hombros marcando su territorio. Estaba claro que compartís algo más que amistades.

- ¿Estás celosa, chica de las abejas? – le preguntó sonriendo.

- ¿Yooo? Nooo. ¿Por quién me tomas? Entre tú y yo no hay más que un tropezón en el cementerio, una noche de sexo y una tarde haciendo creps. Se necesita algo más para poner celosa a otra persona, ¿no crees?

- ¿Y tú, no compartes amistades con nadie? – le preguntó directo.

- Cómo todo el mundo, supongo. Cuando mi estrés de vida me lo permite. Una no es de piedra.

- ¿Y qué buscas con ello?

- Sexo. – Jorge se atragantó con la cerveza al oír esa respuesta tan tajante. - Supongo que esperabas oír la pantomima de la búsqueda del amor, la búsqueda de tu otra media naranja. Siento decirte que estoy de vuelta de todo eso. No creo en príncipes azules, las naranjas suelen resultar pomelos y las flores se me mueren. Así que prefiero aprovechar el tiempo con una buena sesión de sexo y dejar de buscar imposibles. Ese, es el único vertiente de mi vida que no pueden rellenar las personas que me rodean, así que es lo único que busco en las amistades en común, como tú las llamas. ¿Sorprendido?

- Un poco, la verdad.

- ¿Acaso tú buscas algo más?

- No. Yo nunca lo hubiera descrito mejor. ¿Entonces qué hacemos tú y yo aquí? - preguntó insinuante.

- Tomar una copa y charlar. De momento.

Sus miradas se entrelazaron, mientras que sus dedos se movían nerviosos acariciando los vasos vacíos. El silencio los envolvió, instalándose entre ellos.

- Bailemos. – propuso Elisabeth cogiéndole la mano con decisión y arrastrándolo hacia la pista. – La otra noche me dejaste claro que sabes hacerlo, así que vayamos a bailar.

- Pero…

- Abogado, se me está durmiendo. – le dijo sonriente.

Se alejaron de la mesa, danzando hacia la pista de baile. Bailaron despreocupados, ajenos a las miradas que desde uno de los reservados los observaban. Sandra, desde su posición privilegiada, no les había quitado el ojo de encima. Sorprendida por ver bailar a Jorge con aquella chica desconocida. Con ella eso no había ocurrido nunca. Jamás habían bailado juntos. Los observaba mientras un ataque de celos la invadía. Lo veía despreocupado, sonriente mientras paseaba sus manos por la silueta de ella, rozando sus cuerpos sin el más mínimo pudor.

- Creo que deberíamos irnos, chica de las abejas. Se hace tarde. Mañana ambos trabajamos.

- Sí. Es duro volver a la realidad.

Caminaron hacia la mesa para recoger sus pertenencias. Elisabeth cogió su bolso y con la chaqueta colgada de su brazo, se dirigieron a la barra. Jorge sacó la cartera para abonar la cuenta.

- No voy a dejar que lo pagues todo. – dijo Elisabeth buscando su monedero en el interior de su bolso.

- La idea de salir ha sido mía, así que yo pago. – contestó Jorge dejando un billete sobre la barra.

- No estoy de acuerdo. – protestó ella.

- Me da igual si estás o no de acuerdo. Esta noche pago yo y no pienso discutir contigo.

La camarera recogió el importe.

- Necesito ir al lavabo. Recoge el cambio. Deja propina y espérame aquí, por favor. – le ordenó Jorge y sin darle tiempo a protestar se encaminó hacia los servicios.

Elisabeth quedó de pie frente a la barra. Mientras esperaba el cambio aprovechó para ponerse la chaqueta.

- ¿Elisabeth, no? – preguntaron desde su espalda.

Se giró y vio de pie, frente a ella, a Sandra, mirándola con descaro.

- Sí. - contestó con cautela.

- Nunca te había visto por aquí.

- Es la primera vez que vengo.

- ¿Te ha gustado? – le preguntó con superioridad.

- No está mal.

- Claro que no está mal. Este es uno de los locales más exclusivos de la ciudad. Aunque, supongo que eso, tú no lo sabrás. Se te nota que estás un poco fuera de lugar. Fuera de tu ambiente. – le comentó Sandra con

desprecio.

- Si, en eso llevas razón. – le contestó a sabiendas de que esa conversación no acabaría en buen puerto. – No suelo frecuentar locales en los que te asaltan Barbies marcando territorio cómo gatas en celo. Por lo demás, no creas que dista mucho de los locales que suelo frecuentar. – le dijo fijando su mirada en ella.

- Creo que te estás equivocando, guapa. No sé quién coño te crees que eres para hablarme así.

Ambas quedaron una frente a la otra, con sus desafiantes miradas fijas y sus cuerpos en tensión.

- Jorge es una pieza demasiado exclusiva para alguien de baja alcurnia cómo tú. Se ve a legua que estás fuera. Esta noche me ha sorprendido. Sus gustos son peculiares, pero nunca suelen ser tan… ¿Cómo decírtelo sin que te ofendas, Eli?

- Elisabeth, mi nombre es Elisabeth. – protestó.

- ¿Cuál es el tema de conversación, chicas? – preguntó Jorge acercándose a ellas y rodeando con sus brazos la cintura de Elisabeth. La apretó contra su cuerpo con decisión.

- Sandra me preguntaba si me había gustado el local. – contestó Elisabeth a la vez que hundía su cabeza en el hombro de él. – También tenía mucho interés por saber de qué nos conocíamos.

- Sandra es así. Le gusta estar al tanto de todo, ¿verdad? – comentó Jorge. – Elisabeth y yo coincidimos en un evento, fue ahí donde nos conocimos.

- Veo que os marcháis ya. Es temprano, chicos. – dijo Sandra.

- Por eso mismo, queremos aprovechar la noche. – le contestó Jorge. - ¿Nos vamos? – le propuso a Elisabeth.

- Claro, cómo tú quieras. – respondió Elisabeth con tono sumiso.

- Buenas noches, Sandra. – se despidieron.

Elisabeth se acercó a ella para despedirse.

- De momento, esta noche la que está fuera eres tú, preciosa. Ha sido un placer conocerte, Sandra. – le susurró con disimulo al oído mientras que

le daba dos besos.

Salieron del local y se dirigieron hacia el coche. Caminaban en silencio, separados.

- ¿Puedo hacerte una pregunta? – dijo Elisabeth.

- Claro.

- ¿Sabías qué iba a estar ella en el local?

- No. Claro que no. ¿Por qué preguntas eso?

- No me gustaría que me utilizaras para darle celos a nadie. Y en el caso de que eso fuera así, me gustaría saberlo de antemano.

- ¿Por quién me tomas? ¿Qué coño te ha dicho esa víbora?

- No se trata de lo que me haya dicho. Más bien se trata de tu comportamiento al acercarte a nosotras. Has actuado cómo si entre tú y yo hubiera algo. Me ha dado la impresión que querías demostrarle algo. – dijo algo molesta.

- No tengo nada que demostrarle, ni a ella ni a nadie. Al acercarme, he oído el tono de voz con el que te estaba hablando. Conozco a Sandra y no hay que ser ningún lince para poder averiguar lo que te estaba diciendo. Simplemente me pareció divertido quedar encima de ella. Sandra tiende a confundir los límites. – le explicó con total tranquilidad.

- Pues deberías dejarle claro cuáles son esos límites.

- He dado por perdida esa batalla. – dijo con resignación.

Llegaron al coche y entraron en su interior. Jorge ocupó el asiento del conductor, introdujo la llave en el contacto y sin girarla se quedó quieto, escuchando el silencio que los envolvía. Elisabeth se acariciaba las rodillas con la palma de sus manos, nerviosa, con la mirada perdida en el salpicadero del coche.

Jorge se giró y se quedó observándola. Una extraña aura la envolvía. Continuó mirándola en silencio.

- Odio los silencios, chica de las abejas… ¿En qué piensas? – preguntó a la vez que le acariciaba un mechón de pelo que caía sobre su rostro.

- Eso tiene fácil solución. Gira la llave y Loquillo invadirá nuevamente el

habitáculo, deshaciendo este silencio que te incomoda, abogado.

- Prefiero escuchar tu voz explicando todo eso que pasa por tu cabeza en estos momentos. – le volvió a sugerir insinuante.

- Eso es pedir demasiado. Esos pensamientos que tanto te interesan, son de mi propiedad.

Fijó sus ojos en él y sus miradas se entrelazaron, dejando ver un deseo oculto.

Jorge paseó la yema de sus dedos por sus pómulos, descendiendo lentamente hasta llegar a la frontera de sus labios. Recorrió la fina línea que bordeaba su carnosa boca.

Ella pellizcó con sus dientes su labio inferior, todo ello sin apartar su intensa mirada de esos ojos verdes que la observaban.

Jorge traspaso esa imaginaria barrera y paseó su dedo índice por el labio superior. Insinuante, ella separó sus labios, dejando paso a su lengua húmeda. Dibujó círculos, envolviendo el dedo, mordisqueándolo, para luego introducírselo levemente en su boca, acariciándolo con sus labios y chupándolo insinuante con su lengua.

Jorge enredó los dedos de su otra mano en su melena, acariciándola, llegando hasta su nuca, donde se perdió, acariciando su piel.

Retiró el dedo de sus labios, sustituyéndolo por su boca que ansiosa buscaba saciar ese deseo que sentía. Sus lenguas se entrelazaron, buscándose sedientas, con desespero. Sus cuerpos se acercaron todo lo que el habitáculo del coche les permitía. Sus manos se perdieron en el cuerpo del otro, entre caricias que traspasaban la ropa que cubría sus cuerpos incandescentes.

La temperatura se elevó, sus constantes se elevaron acelerando su pulso. Les faltaba el aire, pero eran incapaces de separar sus bocas. Incapaces de dejar de beber esa lujuria que ambos se servían.

Las manos de Elisabeth descendieron por la marcada espalda de él hasta llegar a su cintura. La rodeó y con maestría le desabrochó el cinturón, seguido del botón, bajó la cremallera del pantalón e introdujo la mano en el interior de sus calzoncillos.

Allí encontró su miembro latente, caliente y desesperado por ser liberado de la presión que la ropa ejercía sobre él. Lo rodeó con sus dedos y cerró su mano envolviéndolo. Lo apretó, ejerciendo una leve presión sobre él. Ascendió, descendiendo después. Un leve gemido salió de la garganta de Jorge, abriéndose paso entre los labios de ambos que seguían su

particular lucha.

Repitió lentamente el mismo movimiento, esta vez ejerciendo más presión. Pudo notar cómo continuaba creciendo con cada caricia. Notó cómo las venas se marcaban a través de la fina piel que lo envolvía.

Jorge no pudo soportar por más tiempo. Separó sus labios de los de Elisabeth y apoyó su cabeza en el asiento del coche, a la vez que se bajaba los pantalones, dejando al descubierto su erecto pene. Separó las piernas, quedando totalmente expuesto a ella.

Elisabeth dirigió la mirada a su entrepierna.

Abrió su mano liberando el sexo de él. Comenzó a acariciarle los muslos, rozándole el escroto.

Al igual que el mástil de una bandera, permanecía erecto. El fino dibujo de las venas lo recorrían, duro cómo una piedra, la cresta bajo el glande y unos tonos más oscuros de la piel embellecían la punta.

Jorge permanecía con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, sus ojos cerrados y sus labios levemente entreabiertos, dejando salir silenciosos jadeos desesperados.

Elisabeth continuó acariciándole los muslos con una mano, mientras que con la otra cubrió su escroto endurecido. Sus dedos rozaron la entrada de su ano y un gemido de placer salió de la garganta de Jorge.

Al ser consciente del efecto que eso había provocado en él, dirigió sus dedos a su boca y los humedeció. Volvió a rozar su ano con las mojadas yemas de sus dedos, recorriéndolo lentamente. El resultado no se hizo esperar. Jorge separó más sus piernas. Continuó rozándolo, dibujando círculos a su alrededor.

La respiración de él se aceleró más aún. Mordía sus labios, intentando contener los gemidos de placer que luchaban por salir.

Elisabeth miraba con lascivia ese hinchado glande, deseosa de saborearlo, de tenerlo entre sus labios.

Bajó su cabeza hacia la entrepierna de Jorge. El erecto pene quedó a escasos centímetros de su rostro. Podía percibir su aroma. Olía a lujuria, a deseo, a sexo en estado puro. Podía sentir el calor que emanaba. Abrió su boca y paseó su lengua por la punta. Su tacto era sedoso, cálido. Lo envolvió con sus labios y lo introdujo dentro de su boca, mientras que su lengua lo acariciaba sin descanso.

Aspiró hasta tenerlo prácticamente rozando su garganta. Deshizo el camino y volvió a comenzar.

Sus glándulas salivares trabajaban sin descanso, lubricando su boca y haciendo que resvalara más y más en cada nueva acometida, humedeciendo el miembro a punto de estallar.

Lo degustó sin descanso, mientras que sus dedos acariciaban insaciables la entrada a la parte más íntima de ese hombre que a su lado gemía, perdiendo toda compostura.

Las manos de Jorge se enredaron en su melena, rodeando la parte trasera de su cabeza y ejerciendo una leve presión sobre ella, exigiéndole más profundidad.

Lentamente introdujo un dedo en su interior y un gemido de placer inundó el interior del coche.

Sin abandonar el interior, lo movió en círculos, intentando dilatarlo. Momentos después, introdujo un segundo y continuó con movimientos circulares, buscando profundidad. Comenzó a acariciar la fina pared de piel interior. Notó cómo su boca se llenaba aún más después de ese asalto.

Jorge ejerció más presión sobre su cabeza a la vez que levantaba sus caderas.

- …Eso es… Fóllame. No pares. – gimió Jorge.

Esas palabras hicieron que la excitación de Elisabeth creciera. Dirigió su mirada hacia el rostro de él. Continuaba con los ojos cerrado, sus labios entreabiertos y su respiración cada vez más acelerada.

Pudo ver la excitación y el placer reflejados en su rostro.

Sin una explicación aparente, le excitaba verlo disfrutar. Gozaba sabiendo que lo tenía a su merced. Ella tenía el mando de la situación.

Continuó saboreando esa fruta prohibida, a la vez que acariciaba esa cueva de deseo.

Intensificó sus movimientos. Sus labios apretaron con más fuerza ese pene que con movimientos certeros chocaba contra su garganta, intentando abrirse paso más allá de los límites.

- Elisabeth… me voy a correr… joder… Para… - le suplicó entre gemidos.

Ella, desobedeciéndolo, intensificó sus movimientos. Estaba tan excitada cómo él. No podía, ni quería parar. Lo tenía a sus deseos. Quería seguir saboreándolo, quería degustarlo por completo.

- … Joder Elisabeth… - volvió a gemir.

Al ser consciente de que sus suplicas no serían atendidas, se rindió al deseo. Presionó la cabeza de ella contra su entrepierna, haciendo que su miembro invadiera por completo la boca de ella. No la dejó retroceder. Levantó sus caderas buscando aún más profundidad. Golpeando con su glande la garganta de ella.

Elisabeth aceleró el movimiento de sus dedos, lubricados por la saliva que desde su boca llegaba a la parte posterior de él.

- …No pares… Ahora no pares. Eso es, sigue, sigue… Cómetela, trágatela. – le suplicaba mientras separó un poco sus caderas y con una mano agarró fuerte su pene sin llegar a sacarlo de la boca de ella.

Un último gemido salvaje abandonó su garganta antes de correrse.

Elisabeth sintió cómo su boca la invadía un cálido caldo. Cerró sus labios alrededor del miembro y lo masajeó lentamente, mientras notaba cómo ese espeso líquido la llenaba.

Cuando las convulsiones de él cesaron, abandonó su ano y cubrió con delicadeza el latente escroto. Poco a poco liberó su boca, sin dejar escapar ni una sola gota del espeso semen que la colmaba.

Jorge abrió sus ojos observándola. Ella levantó la cabeza y dirigiéndole una perversa mirada, se tragó su semen, sin titubear, sin dudarlo. Luego acercó sus labios a los de él y lo besó, haciendo que saboreara sus jugos.

Lamió esos suaves labios, degustando esa mezcla con sabor alcalino que había adquirido la saliva de ella al mezclarse con los restos de su semilla.

Hacía mucho tiempo que Jorge no perdía el control de la forma en la que había sucedido esa noche. Era un maestro en el arte de dominar sus sensaciones. Conocía a la perfección las reacciones de su cuerpo ante el sexo y había aprendido a dominarlas y hacerlas actuar a su antojo. Pero esa noche, todo había sido distinto. Sin saber cómo, perdió el control de la situación y fue ella la que, en todo momento, lo manejó a su antojo cómo vulgar marioneta entre sus manos. Había conseguido nublar su entendimiento hasta hacer que se inhibiera y se abandonara a sus propios deseos sin control y todo ello con una maestría asombrosa.

Separó su boca de la de ella y la abrazó, aspirando su aroma embriagador. Un aroma de fresas y menta mezclado con lujuria y sexo

que emanaban todos y cada uno de los poros de su piel.

Después de unos segundos, se separó de ella y se recompuso la vestimenta.

Los pechos de Elisabeth se movían al compás de su agitada respiración. Dirigió sus manos a su melena, intentando recomponerla. Movida más por el nerviosismo que sentía que por intentar mejorar su apariencia.

Jorge se puso el cinturón y agarró el volante con decisión.

- Ponte el cinturón. Nos vamos. – le ordenó.

Elisabeth obedeció. Abandonaron el parking. Conducía con decisión, atravesando las calles de la ciudad, en silencio. Un incómodo silencio que se había instalado entre los dos.

Al llegar a la zona alta de la ciudad, detuvo el coche delante de la puerta del parking de un edificio de apartamentos.

En ese preciso instante, Jorge se dio cuenta que el mando de apertura del garaje se había quedado en su coche. Recordó que su amigo tenía uno. Supuso que lo llevaría en el coche, aunque no sabía dónde. Abrió la guantera y comenzó a buscarlo.

- Aquí está. – dijo al encontrarlo debajo de un montón de papeles. Ella lo miraba con asombro, extrañada.

Entraron hacia el interior y estacionó el coche.

- Hemos llegado. – le indicó Jorge.

- Y… ¿Dónde se supone que hemos llegado? – preguntó con tranquilidad.

- No es un hotel, pero nos servirá. – Elisabeth lo miraba dubitativa. – Es mi casa. – le aclaró a la vez que abría la puerta del coche.

Ella permaneció inmóvil.

- ¿Tú casa?

- Sí, eso he dicho. Baja, tenemos un asunto pendiente, chica de las abejas. – le dijo con decisión.

Elisabeth hizo lo que le pedía y ambos se dirigieron hacia los ascensores. Una vez dentro, Jorge introdujo una llave y pulsó el botón del ático. Cuando las puertas se volvieron a abrir, dejaron ver ante ellos un pequeño

rellano levemente iluminado. Jorge salió.

- Puedes estar tranquila. No pienso secuestrarte ni descuartizarte. – le dijo tendiéndole la mano al observar la latente desconfianza de ella en su mirada.

En el rellano solamente había una puerta. Introdujo una llave y la abrió. Entró y tecleó un código en un panel que había en la izquierda, después de un leve pitido, las luces se encendieron, iluminando un largo pasillo. Jorge camino por él seguido de ella. Al final, un gran comedor. Una gran chimenea a pie de tierra, ocupaba el centro de la pared izquierda. En medio un inmenso sofá de color blanco. Al otro extremo una larga mesa rectangular rodeada por sillas forradas del mismo género y color que el sofá. Ocupando la pared central, una gran cristalera, tras la que podía divisarse la inmensidad de la ciudad con sus cientos de luces centelleantes, igual que una gran postal.

Elisabeth lo analizó todo con disimulo. No había ni un solo detalle que indicara los gustos de su acompañante. Todo era muy impersonal, muy lineal. Reinaba el orden. Algo muy distinto a lo que sucedía en su casa. Asombrada, miraba el paisaje que se divisaba tras la cristalera.

Jorge pulsó el botón de un mando que reposaba sobre una vitrina y la música comenzó a sonar. Se dirigió a un mueble que había en una esquina, abrió una de sus puertas y sirvió dos wiskis con hielo.

Con paso decidido se acercó a ella, que permanecía de pie en medio de la estancia, y le ofreció uno de los vasos.

- Gracias. – le dijo al cogerlo.

La mirada de Jorge se paseaba con descaro por su cuerpo. Sus ojos inyectados de lujuria dejaban ver un coctel de deseos prohibidos que hacían que los nervios de ella florecieran.

No era la primera noche que acababa en casa de alguien con el único propósito de dar rienda suelta a sus necesidades carnales. Pero esta noche se sentía nerviosa. Quizás se había expuesto demasiado a ese hombre prácticamente desconocido. En otras ocasiones había sido de una forma totalmente anónima, un encuentro sin compromiso más allá de esa noche. Fijó su mirada en él, intentando disimular su nerviosismo, esperando que él diera el primer paso.

- Desnúdate. – le ordenó Jorge.

Elisabeth no se movió. Le desafió con su mirada.

- Desnúdate, por favor. – volvió a decirle.

Dejó su vaso sobre una mesita que había a su derecha y, sin apartar su mirada de él, obedeció.

Se deshizo de su chaqueta y lentamente se desabrochó la blusa, dejándola caer al suelo. Sus pechos cubiertos por un sujetador negro, quedaron expuestos. Continuó con sus pantalones y las botas. Frente a la atenta mirada de Jorge posó unos instantes en ropa interior, antes de deshacerse de ella, de una forma sensual e insinuante. Después de quitarse el tanga, enderezó su cuerpo y sin pudor quedó frente a él. Sus pezones se endurecieron al sentir el frio ambiente del comedor.

Jorge se deleitó, inmóvil frente a ella, mirando el cuerpo desnudo y totalmente depilado de ella. Notó cómo su entrepierna se endurecía.

- Eres preciosa. – le confesó tras dar un largo trago a su bebida.

Con paso lento se acercó hacia ella. La rodeó lentamente, admirándola. Observando todos y cada uno de los pliegues de su cuerpo. Admirando sus curvas perfectas.

Quedó frente a ella y dirigió su mano derecha a sus pechos. Los acarició con delicadeza. Los notó duros y deseosos de ser manoseados. La respiración de ella se aceleró levemente y notó cómo se humedecía tras sentir el tacto de esa mano sobre su piel. Continuó tocándolos, entreteniéndose al rodear la aureola de sus pezones. Atrapó uno de ellos entre sus dedos y con maestría lo pellizcó, tirando suavemente de él.

Una corriente eléctrica atravesó la columna de Elisabeth y le hizo cerrar los ojos.

- Abre los ojos. – le ordenó tirando más fuerte del pezón. – Quiero que me mires. Quiero que veas todo lo que soy capaz de hacer contigo. Todo lo que puedo hacerte sentir. Quiero ver tu mirada pidiéndome más.

Elisabeth fijó su mirada en los ojos de él. Unos ojos encendidos por el deseo.

Continuó pellizcando sus pezones, alternando los movimientos, hasta conseguir que se endurecieran igual que vulgares astas de toro. Dio un nuevo trago a su copa, atrapando uno de los hielos en su boca. Dejó el vaso. Con sus dedos se sacó el hielo y lo paseó por los pezones con movimientos circulares. El calor que emanaban hizo que el agua volviera a su estado líquido y las gotas resbalasen por su piel hasta caer al abismo, chocando contra el suelo.

La creciente excitación le provocaba pequeños espasmos en su vientre. Sus labios entreabiertos dejaban escapar pequeños gemidos de placer ocultos entre su acelerada respiración.

- ¿Te gusta? – le preguntó con descaro.

Le rodeo la nuca con su mano, acariciándola, y acercó su boca a los deseosos labios de ella. La besó con autoridad, con desespero. Después de acariciar su lengua insaciable, le mordisqueó el labio inferior. Enredó sus dedos en la parte posterior de su melena y tiró de ella con suavidad, separando sus bocas, pero dejando atrapado el labio entre sus dientes.

Liberó su labio y volvió a tirar de su cabello, obligándola a tirar la cabeza hacia atrás. Paseó la lengua por su cuello, saboreando la suave piel hasta llegar a sus pechos. Los atrapó para luego saborearlos con devoción. Los chupaba y los mordía con desespero.

Los gemidos de Elisabeth se volvieron más sonoros mientras continuaba inmóvil frente a él, expuesta a todos sus deseos.

Jorge paseó su mano derecha por el abdomen de ella, sin que su otra mano abandonara su melena. Se abrió paso, con sensuales caricias, hasta llegar a su depilado monte de venus, acariciándolo. Exploró sus labios con los dedos.

- Estás muy húmeda. Eso me gusta, chica de las abejas. – le susurró sin abandonar su acometido.

Ella separó sus piernas dejándole vía libre. Deseaba que los dedos de él traspasaran la frontera de sus labios exteriores.

Lentamente llegó a su clítoris, que atrapó con la yema de sus dedos, masajeándolo. Los calambres que sentía en su vientre se intensificaron y utilizó todo su autocontrol para dominarlos e intentar prolongar ese estado de excitación, retrasando esa caída hacia el abismo del placer que parecía inminente.

Después de unos momentos que a ella le supieron a poco, la mano de Jorge abandonó su parte íntima. Aflojó la intensidad con la que tiraba de su melena, permitiéndole que enderezara su cabeza para mirarlo. Dejó de chuparle los pechos y dirigiéndole una mirada le ordenó:

- Tócate. Moja tus dedos en tu humedad.

Bajó su mano derecha y comenzó a acariciarse el clítoris.

- Métete los dedos. Mójalos. – le ordenó nuevamente mientras la

observaba.

Elisabeth introdujo dos dedos en su interior y comenzó a moverlos dibujando círculos a la vez que hacía que ascendieran y descendieran por su interior.

Continuó observándola hasta que decidió agarrar su muñeca e interrumpirla. Acercó los dedos de ella a su boca y se acarició los labios con ellos. Luego los introdujo en ella y los chupó.

- Me encanta tu sabor. Deberías probarlo. – le dijo acercando su boca a la de ella.

Elisabeth besó esos labios impregnados en su propio interior, degustándolos.

La mano de él volvió a descender hasta invadir su interior, sin dejar de besarla. Nuevos gemidos salían de la garganta de Elisabeth intentando abrirse paso entre esos desesperados labios que se continuaban comiendo mutuamente.

- Eso es… Gime. Hazme saber lo cachonda que estás. – susurró sin abandonar la boca de ella.

Esas palabras la hicieron reaccionar, rompiendo su inmovilidad. Levantó sus manos y enredó sus dedos en los cabellos de él, apretando su cabeza contra la de ella. Exigiéndole, de ese modo, más. Jorge aumentó la intensidad de sus movimientos.

Sin apenas autocontrol, Elisabeth se abandonaba a los deseos de su propio cuerpo por estallar, por alcanzar el clímax. Jorge notó cómo su vagina se tensaba y sin explicación aparente, de pronto paró. Sus dedos abandonaron el cuerpo de ella y separó su boca.

Con la respiración desbocada se lo quedó mirando desesperada. Los ojos de él seguían inyectados de deseo, pero su rostro dibujó una inexpresión que la descolocó, haciendo que su deseo diera paso a una ira desesperada.

- ¿Por qué has parado? – le preguntó con desespero.

- Porque no quiero que te corras. Aún no. – le contestó con tranquilidad.

- Pues precisamente es lo que quería.

- Lo sé.

- ¿Y si lo sabes, por qué has parado? – preguntó sin poder controlar su respiración.

- Me lo agradecerás. – le aseguró.

- ¿De qué coño vas? – preguntó enfadada.

- Quiero follarte.

- Pues nadie lo diría.

- Es lo que más deseo en estos momentos. Pero quiero que cuando te folle estés tan cachonda que al correrte te derritas por completo sobre mi polla. – le explicó a la vez que se deshacía de sus pantalones.

Lentamente se quitó los calzoncillos y su erecto miembro apareció bajo la atenta mirada de Elisabeth. Lo atrapó con su mano y comenzó a masajearlo, masturbándose. Elisabeth hizo lo mismo.

- Deja de tocarte. – le ordenó con autoridad.

- ¿Y si no lo hago? ¿Qué harás, azotarme? – preguntó desafiándolo.

- No. Simplemente no te follaré. Acabaré de hacerme esta paja y me correré. Me correré delante de tu mirada. Y te quedarás con las ganas de que te empale.

- ¿Nadie te ha dicho que eres un prepotente? – le preguntó sin dejar de tocarse.

- Sí, muchas veces. Pero eso no es lo que quiero oír en estos momentos.

- Y, ¿qué es lo que quieres oír?

- Lo que tú quieres. Dime lo que quieres, chica de las abejas. Dime lo que deseas.

- Quiero que me folles. Y lo quiero ahora. – le contestó abandonando su vagina.

Jorge paró al oírla y lentamente se acercó a ella. Le acarició una mejilla con delicadeza. Luego la besó. Ese beso fue distinto a todos los de esa noche. Era un beso pausado, tierno.

- No me gusta que me desafíen. – le confesó, abandonando su boca y fijando su mirada en sus ojos marrones.

- Y a mí no me gusta que me dejen a medias. – le respondió acercando nuevamente los labios a su boca.

- Al entrar he observado que te han gustado las vistas. – le comentó Jorge.

- Sí. Pero no sé a qué viene ese comentario. – le respondió asaltando nuevamente sus labios.

Jorge la condujo hasta el gran ventanal.

- Tienes la ciudad a tus pies. A la vez que estás expuesta a ella. – le susurró besando su cuello.

Elisabeth cerró los ojos al sentir nuevamente el calor de esos labios sobre su piel.

- Abre los ojos. Mírala, contémplala. – le dijo mientras acariciaba su culo. – No dejes de mirarla.

Situado a su espalda, le susurraba besando su cuello. Su mano izquierda asaltaba sus pechos, mientras que la derecha se paseaba por sus nalgas abriéndose paso hacia el interior de sus piernas. Dos dedos asaltaron su vagina, un nuevo gemido abandonó sus cuerdas vocales.

- Voy a follarte aquí. De pie, con la ciudad a tus pies.

Sus dedos continuaron jugando en su interior, mientras que rozaba sus nalgas con el hinchado glande.

Después de unos minutos, inclinó su cuerpo, presionando con la palma de la mano en su columna, haciendo que se curvara para permitirle la entrada.

Elisabeth se apoyó en el cristal con la palma de sus manos.

Él agarró su miembro y lo dirigió hacia la entrada. Lentamente la asaltó. La latente humedad de su vagina permitió que resbalara con facilidad hacia su interior.

- Ábrete para mí. – le pidió agarrando su melena.

Elisabeth separó más sus piernas y con la mirada fija en aquella exclusiva estampa de la ciudad bajo sus pies, inclinó la cabeza hacia atrás. Los acompasados movimientos de Jorge aumentaban su excitación por momentos. Podía sentir cómo las paredes de su vagina se ceñían a ese endurecido miembro que la penetraba una y otra vez, empalándola sin

descanso.

Cómo dos piezas de un mismo puzle, encajaban uno en el otro a la perfección.

La respiración de Jorge se había acelerado. Ante él tenía el cuerpo de esa mujer a la que tanto deseaba y que sin saber cómo se había apoderado de su mente. Irrumpiendo en ella sin cita previa, sin aviso. Sentía que la tenía toda para él. En esos momentos se sintió triunfante, al tenerla totalmente expuesta bajo su mirada. Rendida a sus deseos. Sintió lo que hacía mucho tiempo que no sentía con ninguna mujer con las que había estado. La sintió suya, a la vez que sabía que él no era su dueño.

Sus ojos descendieron hasta posarse sobre su culo. Contempló sus rosadas nalgas envolviendo un ano que se le antojaba apetitoso. Las acarició, abriéndose paso hacia su interior. Con sus yemas acarició su entrada, pidiendo permiso. Lentamente introdujo su dedo índice por el estrecho túnel.

El cuerpo de Elisabeth lo recibió gustoso. Poco a poco se dilató, lo que permitió la entrada de otro dedo más. Movía los dedos, buscando profundidad, a la vez que no paraba de bombear sobre ella. Notó cómo las paredes de la vagina de ella se tensaban, ciñiéndose alrededor de su erecto pene. Pequeños espasmos hacían aparición en el interior de ella. Aflojó el ritmo.

- No pares ahora. Sigue…

- Dime lo que quieres. – le preguntó con lascivia.

- Quiero que sigas follándome. Más fuerte, por favor. Más fuerte... Estoy a punto de correrme, no pares por favor. – le suplicó.

Tiró de su cabello hacia atrás y volvió a intensificar los movimientos. La sentía a su merced. Podía notar cómo se acercaba lentamente hacia ese abismo de deseo al que él la conducía.

Él también estaba cerca del final y tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no dejarse ir.

- Ohhh…. Así, sigue…

- Córrete, mójame la polla con tu leche. – le ordenó.

Esas palabras hicieron que su cuerpo se convulsionara dejando escapar sus jugos interiores, elevándola a un nivel de placer que jamás había experimentado. Se paseó por la cima de esa montaña de placer hasta descender vertiginosamente por sus laderas, en un descenso que le

pareció infinito, un descenso del que no veía el final. Gritó de placer, alcanzando un orgasmo cómo no recordaba haber alcanzado nunca.

Jorge pudo sentir cómo su miembro se humedecía y cómo esa humedad llegaba hasta sus ingles. Eso lo excitó de sobremanera. Continuaba el asalto, ahora buscando su propio placer.

Con sus dedos había conseguido dilatar su otra entrada. Los sacó y agarrando su pene lo introdujo por él. Su pene estaba tan húmedo que resbaló hacia el interior sin ninguna complicación.

Un alarido de placer salió de la garganta de Elisabeth, mientras que roncos gemidos abandonaban el cuerpo de él. Ella se inclinó un poco más, facilitándole la entrada.

- Eres mía, pequeña. Toda mía. – le dijo aumentando el ritmo.

- Toda tuya. Para que goces.

Posó sus manos sobre su cintura para poder ejercer más presión. Su estrecho culo se cernía presionando su miembro. Haciendo que su excitación aumentase.

- Tienes el mejor culo que he probado nunca, pequeña.

La excitación de Elisabeth no había disminuido después de alcanzar el orgasmo. Al sentirse penetrada desde atrás, volvió a ascender por esa ladera que momentos antes había descendido. Frotaba su clítoris con sus dedos, buscando más placer. Sabía que él estaba a punto de llegar al final y su cuerpo le pedía más. Necesitaba correrse de nuevo.

- Me voy a correr, Elisabeth.

Unos nuevos gemidos acelerados acompañados de una nueva oleada de convulsiones que la hicieron dilatarse aún más, le indicaron a Jorge que ella había llegado de nuevo al clímax. Notó cómo estallaba. Cómo todo ese deseo contenido era liberado con una explosión de placer, vaciándose en su interior. No pudo contener un ronco grito.

Salió de ella y se deshizo del preservativo.

Exhausta y con la respiración acelerada, continuaba apoyada en la inmensa vidriera, su mirada estaba perdida en medio del laberinto de luces que centelleaban a sus pies.

Jorge la rodeó con sus brazos desde atrás, abrazándola. Acercando todo lo que pudo su cuerpo al de ella. Apoyó la cabeza en sus hombros y acercó su rostro a su cuello, aspirando el aroma que su piel desprendía. Cerró los

ojos y dejó que ese embriagador aroma cargado de lujuria y ternura entrara por sus fosas nasales ascendiendo hasta llegar a su mente, colapsando sus sentidos. Besó su piel con delicadeza.

- Eres maravillosa. – le susurró.

Elisabeth se giró y acariciándole el pelo se quedó con la mirada fija en la expresión de él.

- ¿Qué ocurre? – se interesó Jorge.

- Nada. – contestó con tranquilidad, sin dejar de observarlo.

- Me vuelves loco. Haces que no me sacie de ti. Haces que quiera más.

- Toma todo lo que quieras. – acercó sus labios a los de él y lo besó.

Jorge tomó su boca que devoró con ansia. Sus constantes se volvieron a acelerar y su excitación latente, aumentó.

Le cogió la mano y sin decir nada, la condujo hacia una de las habitaciones.

Una gran cama, presidida por un cabecero de torcidos hierros forjados, ocupaba el centro de la estancia.

- Quiero follarte de nuevo. – le dijo con lascivia.

- Y yo quiero que me vuelvas a follar.

La tumbó sobre la cama. Desnudo, de pie, a su lado la observaba.

Elisabeth fijó su mirada en aquellos ojos verdes que la contemplaban. Intentaba descifrar la expresión de su rostro. Una expresión que había adquirido una extraña calma.

Momentos antes, en el comedor, esa expresión era salvaje. Una expresión carnal que buscaba saciar un impulso animal salido de lo más interno de su ser. Una mirada que reflejaba saber muy bien lo que quería, una mirada que dejaba claro que tenía el control de la situación. Sin embargo ahora, algo había cambiado. Sus ojos reflejaban paz y serenidad. Aunque Elisabeth podía entrever que eso solamente era una cortina tras la cual se escondía el reflejo de un miedo.

Ella le sonrió. Jorge se tumbó a su lado, le acarició sus mejillas mientras no era capaz de apartar su mirada de ella. Acercó la boca y cubrió con sus

labios los de ella.

Enredaba sus dedos entre la melena de ella mientras continuaba besándola. Besos tiernos, calmados. Saboreaba su aliento, degustando la tranquilidad que ella le transmitía.

Paseó sus manos por los hombros, descendiendo por las costillas hasta llegar a su cintura. Le acariciaba el vientre con la punta de sus dedos, mientras que la piel de ella se erizaba al notar el tibio contacto de él sobre su cuerpo.

Entrelazó sus dedos con los de ella y lentamente le levantó los brazos hasta dejarlos extendidos por encima de la cabeza de ella. Con delicadeza colocó su cuerpo sobre el de ella.

Elisabeth se estremeció al sentirse atrapada debajo de aquel cálido cuerpo, al sentir el contacto de su piel rozándola.

Paseó sus labios por el cuello de ella hasta atrapar el lóbulo de su oreja entre ellos. Lo mordisqueó con delicadeza, consiguiendo que su sensual respiración la inundara llenándole todos sus sentidos.

Con una agónica lentitud la penetró haciéndola estremecerse. Su espalda se arqueó a la vez que sus muslos se separaron más, facilitándole el acceso a su interior. Jorge buscó profundidad con movimientos lentos y sensuales.

Tímidos gemidos de placer se abrían paso entre las cuerdas vocales de ella mientras se mordisqueaba los labios.

- … Hazme saber que te gusta…

- Me encanta... – le confesó.

El ansia salvaje mostrada por él momentos antes había desaparecido. Su comportamiento era totalmente distinto. Ahora se mostraba delicado, tierno, atento.

Liberó las manos de Elisbeth, apoyó sus codos en la almohada y acariciándole su melena continuó con sus movimientos sensualmente certeros.

Las manos de ella se dirigieron a su cintura, rodeándola y estrechándolo hacia ella mientras acariciaba su espalda.

Con maestría, lo desplazó hacia un lado de la cama, quedando encima de

él, haciendo que los papeles se invirtieran.

Ella, empalada sobre él, continuó moviéndose con sensualidad. Movía su cintura, haciendo que su endurecido miembro se deslizara por su interior sin llegar a abandonarla.

Con sus manos acariciaba su pecho, deslizando sus dedos entre el incipiente bello que rodeaba sus pectorales.

Notó cómo continuaba endureciéndose en su interior hasta colmarla por completo. Buscó profundidad y con movimientos certeros lo hizo enloquecer.

Él le cubrió las nalgas con sus cálidas manos mientras comenzó a gemir de placer.

Ambos se acercaban al unísono a ese abismo de placer por el que se dejarían caer cogidos de la mano. Unidos por la aspiración común de encontrar el placer mutuo.

Elisabeth arqueó su espalda al notar las convulsiones que anunciaban la llegada de ese ansiado clímax, mientras unos roncos y ahogados gritos le hacían saber que él también había alcanzado la cumbre.

Tumbados, cada uno a un lado de la cama, miraban al techo de la habitación, mientras intentaban recuperarse y calmar su agitada respiración.

- Es tarde, debería marcharme. – dijo Elisabeth rompiendo el silencio que se había instalado entre ambos.

- ¿Mañana trabajas? – le preguntó Jorge.

- Sí. ¿Tú no?

- Sí, claro.

Ambos giraron su cuerpo, quedando frente a frente con sus miradas hipnotizadas en el otro.

- ¿Te apetece una ducha? – le invitó Jorge.

- Hummm… tentador, abogado. – contestó sonriente.

- Pues no se hable más.

Con decisión se levantó de la cama y cogiéndola de la mano, ambos se

dirigieron al aseo de la habitación.

Abrió el grifo de la ducha y la invitó a entrar.

- Las damas primero. – dijo sonriente.

- Gracias.

Entró seguida de él y se colocó debajo del chorro de agua que emanaba por el grifo, intentando no mojarse el pelo.

Él cogió una esponja, vertió jabón en ella y comenzó a frotarle la espalda, masajeándola.

- Tienes una piel muy suave, chica de las abejas.

- Hummm… - cerró los ojos y se dejó sucumbir por las caricias de él.

La enjabonó con delicadeza, cubriendo su piel con la blanca espuma que desprendía el jabón.

Cuando acabó de lavar el cuerpo de ella, hizo lo mismo con el suyo. Se deshicieron de la espuma bajo el chorro de agua.

Después de unos relajantes minutos debajo del grifo, Jorge abandonó la ducha y de un estante cogió dos toallas. Le cedió una a ella. Ambos comenzaron a secarse.

- Me gustaría volver a verte. – le dijo Jorge.

Ella no contestó, simplemente le dirigió una mirada interrogante.

- ¿Qué te ocurre? – le preguntó ante el silencio de ella.

- ¿Por qué quieres volver a verme?

- ¿Por qué? Me siento cómodo contigo, simplemente. – ella guardó silencio. - ¿A qué se debe ese silencio? Desembucha.

- ¿Qué pretendes al querer volver a verme? – le preguntó con nerviosismo.

- No pretendo nada. No sé a qué te refieres.

- Sinceramente, y con el riesgo de sonar prepotente… No me gustaría que se confundieran las cosas. No busco a nadie. Mi vida está bien cómo está. Me gusta mi soledad. No pretendo buscar pareja, ni nada parecido. He desechado la idea de encontrar esa media naranja que todos buscan con

desespero. No me gustaría que tus intenciones fueran otras distintas a las mías. – le confesó.

- Jejeje… Puedes estar tranquila. No pretendo ser ningún príncipe azul. Mi vida también está perfecta tal y cómo es. Creo que en eso somos almas gemelas. Es precisamente por eso por lo que quiero volver a verte. Esa falta tuya de la búsqueda de compromiso es la que me hace sentirme a gusto a tu lado. No buscas utopías. Yo tampoco. – le explicó con tranquilidad.

- ¿Entonces?

- Me gustaría poder volver a llamarte sin ninguna otra pretensión que desconectar del mundo que nos rodea. Evadirnos de nuestra rutina diaria. Una cena, una copa, una buena charla y por qué no… Una buena sesión de sexo cómo la que hemos tenido.

- ¿Ha sido buena? – le preguntó Elisabeth.

- ¿Para ti no? Creo que nos complementamos bien. Podemos llegar a disfrutar mucho juntos. Tú sabes perfectamente lo que buscas, yo también.

- No ha estado mal… - le comentó con una sonrisa dibujada en sus labios.

- ¿Me estás vacilando? – le preguntó con sorpresa.

- No es mi intención. Simplemente… un abogado curtido en el mundo cómo tú… Debes haber probado decenas de camas.

- Por eso. Se de lo que hablo. – le contestó abandonando el baño.

- Ahora el que vacilas eres tú.

Jorge sonrió.

- ¿Qué haces? – le preguntó ella al verlo vestirse.

- Vestirme. No pretenderás que te lleve a tu casa en pelotas. – le contestó con ironía.

- No hace falta que me devuelvas a mi casa. Soy mayorcita. Llamaré a un taxi.

- No. Te acompaño a tu casa. No hay discusión que valga, testaruda.

- He dicho que llamaré un taxi. – le refutó.

- Y yo he dicho que te llevaré a tu casa. – contestó dando por zanjada la discusión.